

MITOLOGÍA INCA

El pilar del mundo



Javier Tapia

 **Plutón**
Ediciones

MITOLOGÍA INCA

El pilar del mundo

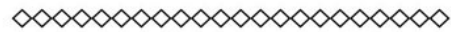


Javier Tapia

 **Plutón**
Ediciones

COLECCIÓN
MYTHOS

MITOLOGÍA INCA



JAVIER TAPIA

 **Plutón**
Ediciones

© Plutón Ediciones X, s. l., 2020

Diseño de cubierta y maquetación: Saul Rojas

Edita: Plutón Ediciones X, s. l.,

E-mail: contacto@plutonediciones.com

<http://www.plutonediciones.com>

Impreso en España / Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

I.S.B.N: 978-84-18211-10-2

Para Victoria de Colombia,

Simone de Ecuador,

Javier de Bolivia,

Edy de Perú

y Omar de Chile,

por abrirme las puertas

de sus leyendas.

Prefacio: Misterios sin resolver

*El que no sabe
es como el que no ve,
y no hay peor ciego
que el que no quiere ver.*

A primera vista parece que la mitología inca es una de las más sencillas, ya que cuenta con un panteón reducido de dioses y una cosmogonía de cuatro mundos, con un dios creador único, y unas leyendas muy definidas en cuanto a la ética, la moral y el orden social, que en algunos aspectos se acercan bastante a los conceptos occidentales nacidos en Grecia, en lugar de tener una relación más directa con Japón, cultura con la cual siguen teniendo una vinculación muy especial.

El Imperio Inca se extendió por buena parte de la cuenca del Pacífico en la zona sur del continente, desde lo que hoy es Ecuador hasta Chile, con un orden político, social, cultural y militar muy definido, y con una economía más centrada en sus poblaciones internas que en los recursos externos, y en el autoabastecimiento que en la dependencia o el intercambio.

Su sistema impositivo era moderado, pero tan amplio, que permitió a los señores incas acumular grandes riquezas. Buena parte de los tributos iban de los pueblos que tenían más hacia los pueblos que tenían menos.

A diferencia de los aztecas y mayas que cultivaron el comercio interno y externo en forma de tianguis y mercados, los incas no destinaron áreas físicas a esta actividad, con lo que la distribución e intercambio de bienes y productos tuvo que hacerse de otra manera. Gracias a la cerámica y a los tejidos, se sabe, por ejemplo, que el Puerto del Callao ha sido un punto de relaciones comerciales y culturales con Oriente y el norte del continente americano desde hace tres o

cuatro mil años, sin embargo en la época prehispánica no contaban con un área física destinada a un mercado propiamente dicho.

Aunque parezca un hecho simple, el no tener un mercado habla de una distribución transversal de productos, y una vida de relaciones sociales diferente y particular, sin un comercio como al que estamos acostumbrados en el resto de culturas prehispánicas, dando lugar a una paradoja en la que no se requieren riquezas ni valores de intercambio para gozar de ciertos productos, a pesar del clasismo y de la exagerada riqueza de las clases dominantes, según nos relata Pedro Cieza de León en su Crónica del Perú.

Buena parte de este comercio sui generis se llevaba a cabo vía marítima, y es muy probable que los incas hayan cruzado el océano Pacífico a menudo, como demostró el Kon-tiki en 1947, así como un fluido contacto con pueblos de la costa del Pacífico que la Corona Española prohibió taxativamente en los primeros años de la Colonia.

¿Hasta dónde llegaron los incas por el mar?

No se sabe, y durante mucho tiempo no se quería saber nada al respecto, incluso se negaba categóricamente la posibilidad de que los incas supieran hacerse a la mar, y que sus naves hechas de cuerdas, como las del lago Titicaca, aguantaran un viaje por el océano.

Durante siglos tampoco se quiso saber nada de la Gran Ciudad de la Vieja Montaña, Machu Picchu, hasta que en los años veinte del pasado siglo XX fue redescubierta para asombrar al mundo.

Lo que no se pudo destruir, se negó y se relegó al universo de los mitos y leyendas propio de las fantasías y los aires de grandeza de los nativos, hasta que la realidad, que es muy persistente, los sacó a la luz.

Desgraciadamente, buena parte de la memoria histórica y colectiva se ha borrado con el paso del tiempo, y nadie sabe quién construyó Machu Picchu o Tiahuanaco, o quiénes dibujaron las líneas de Nazca, entre muchas otras, dejando muchos misterios por resolver en materia incaica.

Como en el caso de los mayas, algunos de los vestigios hallados en el territorio inca carecen de paternidad, pues no se sabe quién los hizo, construyó o erigió, y el mito de la desaparición espontánea toma cuerpo, como en el caso de Amaru,

un dios blanco que se asentó en el lago Titicaca, creó una humanidad y luego decayó o desapareció, junto con su creación, para no volver más, dejando barcas y aperos de labranza y pesca como única huella de su paso por esta Tierra.

De los señores de Machu Picchu no se sabe nada, pero parece obvio y patente que alguien vivió en ella durante siglos para dejarla finalmente abandonada.

Para algunos fue construida en el siglo XV, aunque no se tiene la menor idea de cómo fue posible su construcción, como refugio para los gobernantes incas; para otros no hay fecha exacta, ni aproximada; no faltan los que la señalan como un centro ceremonial, y no como una construcción residencial, ni quien asegure que fue simplemente el capricho de un rey ante la inminencia profética de la llegada de los españoles.

Quizá fue la avanzada de una prospección minera que quedó en suspenso, ya que los incas eran mineros expertos en extracción de oro, plata y cobre; o un observatorio astronómico; un monasterio; o una residencia vacacional. Nadie lo sabe con certeza, pero la imaginación es libre y vuela, aunque a menudo en lugar de desvelar un misterio, lo aumenta, como hiciera von Däniken en su Mensaje de los dioses.

La fascinación que produce el mundo prehispánico, ya sea maya o azteca, se incrementa con los misterios sin resolver de la mitología inca, que le da la bienvenida a su enigmático laberinto.

Introducción: La noche de los tiempos

*A menudo la realidad
es más legendaria
que los mitos y leyendas
de la noche de los tiempos.*

A menudo la realidad es más legendaria que la mitología, y así ha sido en la confección y desarrollo de este libro, porque adentrarse en la mitología inca es como recorrer un laberinto que en un principio parecía sencillo, pero que, a medida que se avanza en su interior, se va haciendo más complicado e interesante, tanto, que llega un momento en el que ya no se quiere encontrar la salida, sino seguir inmerso y fascinado dentro de él, deseando recorrer más y más pasadizos llenos de maravillas y de sorpresas.

La perspectiva científica no es nada despreciable. La arqueología y la historia intentan seguir la estela de la más clara y pura realidad, tropezando a menudo entre ellas y consigo mismas, mientras que la mitología recorre otros senderos haciendo muchas preguntas y dejando abiertas muchas puertas, tanto a la imaginación como a la especulación, sin esperar más certeza que las incontables posibilidades de la leyenda y el mito, que al fin y al cabo son la sustancia de la que está hecha la realidad y, por supuesto, la ciencia.

Miles de kilómetros recorría el Imperio Inca. Miles de años de historia conforman su esencia. Cientos de pueblos, miles de voces, unas a favor del mito y otras en contra, que luchan por desmitificar las leyendas del pasado con las fajas académicas del presente, pretendiendo un futuro seco y sin imaginación, un pensamiento único y exacto, ad hoc a la modernidad y a la tecnología, al estilo de vida occidental, y que no está tan lejos de la forma imperial que practicaron los incas.

Los gobernantes incas pretendieron que en lo que hoy son Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y parte de Argentina y Chile, hablaran la misma lengua, creyeran en los mismos dioses, gestionaran sus bienes, productos y riquezas de acuerdo con las necesidades del Imperio, y se rigieran por las mismas leyes y reglas.

Por supuesto, no lo lograron, pero marcaron un hito en la América prehispánica por su capacidad de organización, superando por mucho a toltecas, aztecas y mayas en esta área del desarrollo humano.

Salvadas las distancias, se podría decir que los incas practicaban una especie de socialismo o estatismo, donde el pueblo gozaba de ciertas prerrogativas transversales, pero no tenía ninguna posibilidad de ascenso o movilidad social ascendente, mientras las élites vivían en la abundancia y la grandeza: muy pocos pobres, una gigantesca clase media productiva, y una élite hegemónica centralizada en Cuzco, pero con una gran capacidad de gobierno e influencia sobre todas sus provincias.

Los mayas tenían cientos de ciudades estado, pero no un estado. Toltecas y aztecas llegaron lejos, pero nunca dominaron del todo a los pueblos tributarios lejanos, y tampoco a los pueblos rebeldes cercanos.

Ni siquiera los conquistadores ejercieron tal dominio y hegemonía sobre los pueblos colonizados, a pesar de su barbarie y crueldad, de sus armas y de sus cruces.

Los historiadores sitúan el apogeo inca en los siglos XIV y XV de nuestra era, pero Cuzco, como Roma, no se construyó en un día, y en tres mil, o cinco mil años de desarrollo se convirtió en la civilización más avanzada del mundo.

Los españoles iniciaron la conquista de esta zona en el 1535, catorce años después de que cayera Tenochtitlan, y el mismo año en que se fundaba formalmente la Ciudad de México de la Nueva España. Hasta el año 1570 no se puede decir que la conquista del Perú y alrededores haya sido un éxito, y hasta nuestros días se puede observar que muchos pueblos andinos jamás fueron conquistados.

Organización política

La organización política y social del Imperio Inca que tuvieron oportunidad de ver directamente los conquistadores, parece más una leyenda que una realidad, y más cerca del mito de Shangri Lá que un hecho histórico, porque no había ningún otro lugar en el mundo donde millones de habitantes vivieran felices y contentos, con todas sus necesidades cubiertas y en continua expansión y desarrollo.

El Imperio Inca, con cuatro grandes provincias (Chinchaysuyo, Antisuyo, Contisuyo y Collasuyo) distribuía la riqueza entre todos y cada uno de sus súbditos, y entre todos y cada uno de sus pueblos, a través de la producción, la solidaridad y la educación. Donde hubiera una carencia, el estado proveía para subsanarla.

La agricultura, la ganadería y la minería estaban muy avanzadas, lo mismo que la arquitectura y la ingeniería. De Cuzco salían cuatro caminos reales que llegaban a todo el imperio. Sus calzadas eran amplias y empedradas incluso en las altas montañas andinas, y de ellas se desprendían un sinnúmero de caminos secundarios que llegaban a todos y cada uno de los asentamientos humanos, lo que permitía una gran movilidad de personas y de mercancías, así como una comunicación constante entre todos los pueblos Inca.

Si un poblado caía en desgracia, era rescatado de inmediato. Si necesitaba gente, se le mandaba gente para repoblarlo; si hacía falta evacuarlo y llevar a su gente a otra población, se les buscaba y daba asiento con sus vecinos. Como nos cuenta Pedro Cieza de León, donde no había ganado, se llevaba ganado; donde no había maíz, se llevaba maíz; pero no solo se daban bienes materiales, sino que además se enseñaba a cada población a sembrar, cosechar, esquilmar, explotar la tierra y sus minerales; tejer, bordar, hilar y fabricar sandalias. Nadie iba mal vestido, mal alimentado o mal calzado.

Aún no habían descubierto el hierro, pero trabajaban el bronce, el cobre, el oro y la plata con precisión, tanto para ornamento como para herramientas.

Las conquistas eran amables, ya que, aunque estaban respaldadas por poderosos ejércitos, se lograban vía diplomática e invirtiendo en los pueblos conquistados,

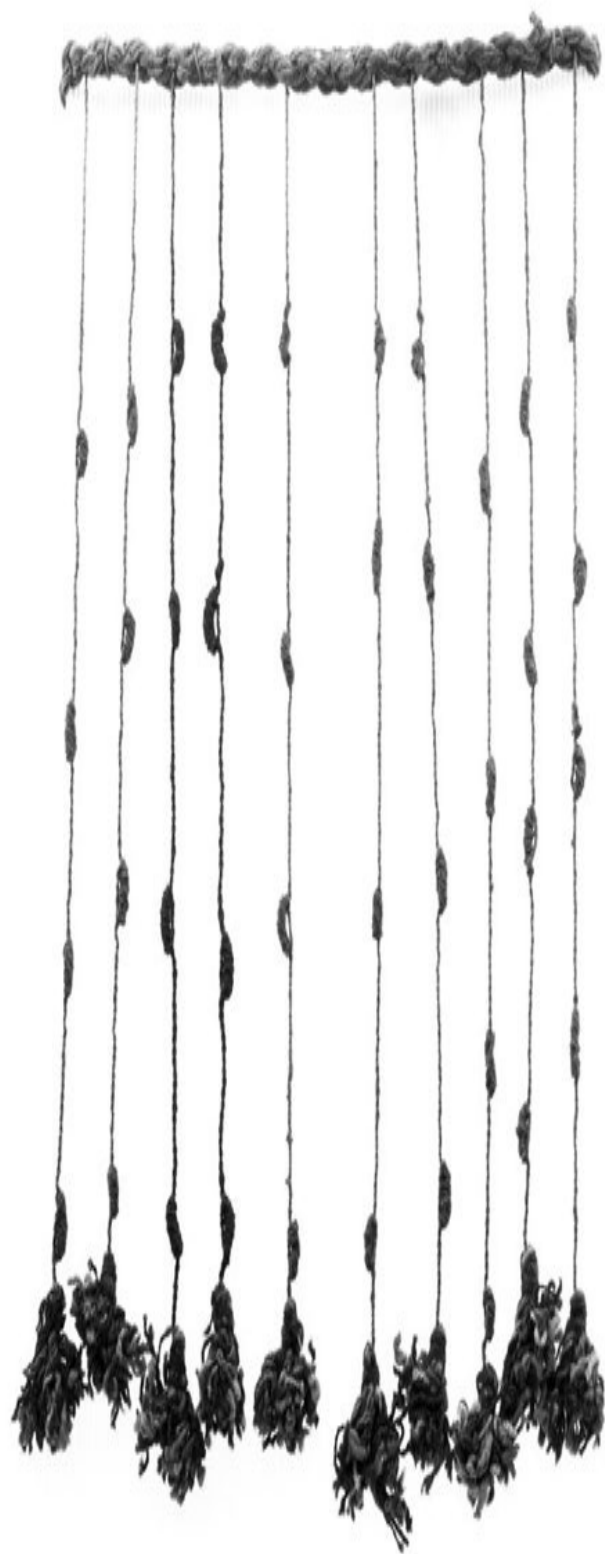
llevando infraestructura, educación, salud y métodos para crear riqueza.

Imponían sus leyes, costumbres, religión y lengua, pero no prohibían ni reprimían la cultura de los pueblos ocupados, sino que los llevaban por el camino de la unión y la cooperación mutua, de tal manera que cada pueblo hacía lo que le correspondía, cooperaba con los necesitados y recibía la ayuda que le hiciera falta.

Impulsaban la civilización y el desarrollo, pero no impedían los rituales ancestrales ni censuraban las creencias. Mantenían una hegemonía, y sus leyes eran claras y expeditivas, pero no impedían que cada pueblo emitiera sus propios juicios basados en sus tradiciones y en su cultura.

Cuzco invitaba de forma regular y organizada a todos y cada uno de los gobernadores de provincia, y les regalaba y proveía de placeres y riquezas durante sus visitas, para que volvieran a sus provincias y rigieran con gusto y lealtad.

Contaban con destacamentos militares en cada provincia, más para proteger a sus pobladores que para reprimirlos, lo mismo que con cuerpos policiales dedicados al orden y servicio de las comunidades, en lugar de corromperse y favorecer a los criminales. Las faltas graves se pagaban con la vida, pero las faltas leves se solucionaban con la redención y la recuperación de los trasgresores.



Quipu, ábaco y medio de comunicación

No tenían un medio de comunicación como la escritura que conocemos, pero usaban los quipus, cordones de colores anudados, tanto para hacer las cuentas de los tributos, como para enviar mensajes; y, como otras culturas prehispánicas, utilizaban pictogramas para hacer referencias, transmitir conocimiento y contar toda clase de historias. Por supuesto, la tradición oral milenaria era la base donde se erigía todo vestigio y documento.

Economía

La economía y la organización política estaban íntimamente ligadas por un orden de derechos y obligaciones que competía y afectaba a todos y cada uno de los habitantes del imperio.

Los pueblos que no tenían nada para dar al imperio en forma de tributo, se les educaba para que supieran que cada cuatro meses tenían que enviar algo al imperio, aunque solo fueran carrizos llenos de piojos, como cuenta Cieza, y así se acostumbraban a cumplir con sus obligaciones mientras el imperio les daba ganado, semillas y especialistas que les enseñaban a esquilar, cultivar y cosechar, o bien los recolocaba en una tierra más próspera.

El imperio contaba con un eficiente aparato recaudatorio, que a la vez tomaba nota de las carencias para darles puntual solución, manteniendo la bonanza del imperio y redistribuyendo la riqueza para que nadie careciera de abundancia.

No había grandes mercados, pero sí una distribución eficaz y un intercambio constante, sobre todo entre pueblos especializados, como los pescadores y los mineros, a los que les llegaban bienes y productos que ellos no producían, a cambio de pescado o mariscos, y metales como el oro, la plata, el cobre y el bronce.

El puerto del Callao goza de la fama de tener relaciones comerciales de orden internacional desde hace miles de años.

Orden social

Las élites vivían en el lujo y la abundancia, con líneas dinásticas y sanguíneas bien definidas, pero nunca cayeron en los excesos ni en los conflictos internos de traición y venganza, asesinato y golpes de estado, como era tan habitual en Europa.

En su estructura social la colla, o esposa oficial del inca, daba a luz al auqui, o heredero, con una nobleza de sangre participativa o panaca, es decir, parientes y familiares del inca reinante y de gobernantes anteriores; y una nobleza meritória compuesta por gobernantes de las provincias y sus familias, sacerdotes, militares destacados, jueces, contadores de tributos, maestros o sabios, y consejeros.

Todos ellos eran servidos y auxiliados por los yanaconas, especialistas en muchas materias, desde la cocina hasta la construcción, y desde traductores hasta observadores y porteadores que recorrían el imperio. Muchos yanaconas provenían de pueblos conquistados o invasores, e incluso de alzamientos y rebeliones, que eran reconvenidos, escogidos y empleados por el imperio gracias a sus habilidades, capacidades y conocimientos. Los yanaconas gozaban de muchos privilegios y riquezas, pero la corrupción, el robo o el abuso podía costarles la vida. Todos eran estrechamente vigilados, los jueces determinaban si había faltas o no las había, y el brazo policial ejecutaba las sentencias.

El pueblo, o ayllu, estaba formado por los hatun runa, campesinos, obreros y artesanos tributarios y por los mitimaes, emigrantes o desplazados de una zona a otra, que se encargaban de formar nuevas poblaciones o recuperar las que se habían perdido o venido a menos.

En el último escalón estaban los piñas, o prisioneros de guerra que no eran escogidos como yanaconas, o servidores directos del imperio, sino como simples trabajadores tributarios, si se redimían y aceptaban el mando del imperio.

Tanto los hijos de los gobernantes como los hijos de los plebeyos eran educados para que intentaran superar siempre a sus padres, aunque no por la vía de la traición y la ambición desmedida, como se hacía en Europa, sino a través de sus obras y sus avances, de sus construcciones, riqueza, conocimiento y desarrollo personal, así como del de los pueblos a los que pertenecían o que gobernaban.

La familia

Para los incas el linaje y la heredad eran muy importantes, tanto entre los señores y los gobernantes como entre el pueblo en general.

Contaban con una suerte de registro civil donde llevaban la cuenta de los que nacían y de los que morían, quién era hijo de quién y el número de componentes de cada familia, con el fin de mantener los linajes y repartir equitativamente las herencias.

La colla, o primera y oficial esposa, era la encargada del hogar y de escoger o dar a luz al heredero, siempre varón, que podía ser de otra mujer, pero con la sangre del jefe de familia.

Los matrimonios eran concertados desde muy temprana edad, con lo que aquella que iba a ser colla era educada en este sentido desde la infancia. Las que no eran escogidas como colla, pasaban a ser sus asistentas, o bien, si sus méritos y belleza lo permitían, eran enviadas como regalo o tributo a los señores de mayor rango o gobernadores, llegando las mejores a los aposentos del Gran Inca, donde sus hijos, si es que los tenían, pasaban a ser servidores reales y a estar bajo la protección de la corte, porque al fin y al cabo eran parte de la familia del monarca.

La soltería no estaba bien vista en los hombres, a los que prácticamente se les obligaba a formar familia. Las mujeres, de una o de otra manera eran parte de una familia, pero los hombres solteros no; ellos tenían que formar la suya propia y continuar el linaje de donde provenían. Un hombre sin colla no podía tener herederos aunque depositara su simiente en varias hembras, y tampoco podía

fundar su propio linaje.

Nacer hombre de madre soltera no era problema, porque el hombre al escoger colla fundaba su propia línea sanguínea; pero nacer mujer de madre soltera y no ser escogida como colla, condenaba a la mujer a ser moneda de cambio hasta que una familia la adoptaba como concubina o como servidora.

Donde faltaban mujeres, se llevaban de otras poblaciones donde sobraban, para que los hombres solteros pudieran escoger colla y formar familia.

La familia inca, en pocas palabras, era cuestión de estado y base de cohesión social y desarrollo de los pueblos incaicos, desde sus gobernantes hasta sus más humildes servidores.

Los observadores que recorrían todo el imperio daban buena cuenta de las necesidades familiares de cada zona, y se apresuraban a subsanar los problemas que cada población presentara, tanto en cuestiones de herencias y de linajes, como de matrimonios y concubinatos, con el fin de mantener el equilibrio, la armonía, la demografía y la paz social. Cuando los españoles llegaron no podían dar crédito a tanto orden y a tanta belleza; no podían comprender esa paz y estabilidad, esa riqueza de un mundo sin hambre, sin guerras, sin pobreza, con educación y ética.

¿Cómo llamar salvajes o reos de evangelización a unos seres que los superaban? ¿Cómo justificar la crueldad, la codicia, la envidia y la invasión malsana? ¿Qué dios podía amparar la destrucción de tanto orden, paz social, desarrollo urbano, equidad económica, conocimiento científico y belleza en sus artes y sus obras?

Religión

Solo había una religión, el culto al Sol, Inti, en la lengua ritual y sagrada, el Quechua, que se fue enriqueciendo con los mitos y leyendas de los pueblos ocupados, que le dieron una cosmovisión más allá del sencillo culto solar, como veremos más adelante.

Tal vez en las leyendas de los pueblos andinos, que hablaban de gigantes, hombres blancos como la cal, seres de cráneos alargados, duendes de las minas, demonios de los caminos, los lagos y los ríos, y no en el culto al Sol, Inti, que era prácticamente monoteísta, lo mismo que la figura del creador Viracocha, susceptibles de ser sustituidos por Jesús y por Jehová.





Mapa del Imperio inca y sus provincias

Los incas, ya como Tahuantinsuyo o Imperio de las cuatro provincias, contaban con una gran civilización, pero los conquistadores europeos tenían a su favor el hierro, la pólvora y la Biblia para llevar hasta la noche de los tiempos la engañosa claridad de un nuevo día. Una civilización mítica devastada por nuevos mitos, una mitología inca que sigue luchando el día de hoy contra la mitología occidental que se ampara con la academia, se camufla con las ropas de la ciencia.

La mitología inca es muy amplia, y en muchos aspectos una gran desconocida, que a menudo se queda en la superficie, en la entrada de ese laberinto que parece fácil, pero en el que pocos se atreven a deambular, ya sea porque es más cómodo quedarse con lo repetido mil veces, con lo visible, o por temor a quedarse dentro, fascinados por lo que se esconde en la noche de los tiempos.

Seis mil kilómetros de longitud y dos millones y medio de kilómetros cuadrados dan para muchas leyendas, con una lengua unificadora, el quechua, un solo gobernante y administrador, el gran Inca, un único culto religioso a Inti, el Sol, pero con una gran diversidad de mitos y tradiciones que van más allá de lo establecido, organizado y ordenado por el imperio.

A los españoles les costó treinta y cinco años justificar la masacre sobre los seres de carne y hueso que habitaban los Andes desde la noche de los tiempos, con la mente puesta en la mítica ruta de ciega codicia hacia El Dorado, en tierras que muy pocos habían penetrado, más allá de las montañas, en pleno Amazonas, donde sí había supuestos salvajes a los que se debía despojar de sus bienes materiales para salvar su alma, y a los que la selva ha protegido tanto de incas como de hispanos.

Este es el marco del laberinto de la mitología inca, y donde iniciamos nuestro viaje en el que esperamos que nos acompañe.

J.T.R.

I: Cosmogonía inca

*El mundo se levanta
sobre cuatro pilares,
en los Andes
está uno de ellos.*

La cosmovisión de los pueblos andinos, a pesar de los conocimientos astronómicos que constata su calendario, habla poco de la formación del universo y del mundo como lo hacen otras mitologías.

Por otra parte, la mitología inca debería dividirse al menos en tres periodos: la legendaria, a la cual le adjudican entre dos y tres mil años de historia; la pre estatal o pre-expansión, con novecientos años dentro de nuestra era; y la estatal o imperial, que va del siglo XIV hasta la llegada de los españoles, cuando Atahualpa, “el falso Inca”, jura devoción y sumisión a Carlos I de España.

Los conquistadores tardaron por lo menos treinta y cinco años en doblegar al Imperio inca, y lo hicieron siguiendo y copiando la organización existente, aunque de manera poco eficiente, para que los pueblos andinos no se les escaparan entre la selva y las montañas dejándolos sin tributos. Los pueblos andinos tenían que seguir creyendo en la cuasi divinidad y mando del gran Inca, su gobernante principal, para que los españoles pudieran medrar, recaudar y robar sus riquezas.

Tenochtitlan cayó en pocos días, entre otras cosas, porque su imperio tenía muchos enemigos dentro y fuera de sus fronteras, mientras que el Imperio inca contaba con la simpatía de los pueblos sobre los cuales se había expandido.

Según las leyendas, Manco Cápac fue dios y hombre, que junto con su esposa funda el primer Imperio inca en el Cuzco, un imperio que no conquista ni se

expande, pero que lleva la palabra de la creación y se preocupa por la educación de sus vecinos. Hay quien sitúa a Manco Cápac en el principio de los principios, pero según otros su reinado es relativamente reciente y debe situarse sobre el año 1200 de nuestra era.

Antes de esto, ya existen el Cuzco, Tiahuanaco, Nazca y Titicaca, e incluso el puerto del Callao, y es ahí donde se inician los mitos que nutrirán después la mitología inca, como es el caso de Viracocha, deidad de la milenaria Tiahuanaco, que va a ser recuperado en la época estatal del Imperio para darle cuerpo al rito solar, y aprovechado por la Iglesia católica para introducir el monoteísmo al asimilar a Viracocha, el Creador, con su Jehová, que también es un ser creador.

Por supuesto, el catolicismo en nuestros días está muy lejos de ser monoteísta con sus santos, vírgenes y ángeles, e incluso demonios, instalados en la corte celestial, pero en el siglo XVI la curia romana apostaba por un solo dios que era hijo y padre al mismo tiempo, y un espíritu santo que animaba a ambos y los unificaba, para que siendo tres, fueran solo uno; y Viracocha, que también tuvo un descendiente o reencarnación como dios del terremoto, Pachacámac, que si bien no era un ungido de elevadas convicciones morales, sí se le pudo asimilar con el Cristo de los Milagros, patrón de varios pueblos de la costa central del actual Perú.

De hecho, para la curia romana de nuestros días solo existen Dios y el hombre, ni siquiera la mujer, a pesar de que Juan XXIII les haya otorgado el alma en el Aggiornamento de 1959, Jehová y su creación masculina, nada más, por más que el Vaticano tolere, debido en buena medida a la Conquista y los sincretismos necesarios, a vírgenes, cristos y santos de todos los colores y dones.

Pilar del mundo

No faltan los grupos esotéricos, como los teosóficos y rosacruces, que se han sumado a la fascinación mágica del laberinto inca, y sitúan a los Andes en la categoría de pilar del mundo, lo mismo que al Tíbet, donde a menudo se reúne la

Hermanidad Blanca para decidir el futuro del planeta.

Si cae este pilar, el mundo se viene abajo, porque no es solo punto de reunión, sino centro energético que, unido a los otros tres pilares, crean una red electromagnética que protege al mundo de meteoritos y ataques extraterrestres.

No son pocas las leyendas que a lo largo y ancho del mundo hablan de una época oscura hace once mil años, es decir, nueve mil años antes de nuestra era, con guerras nucleares entre los dioses, o los humanos de aquellos tiempos, con inundaciones, terremotos y catástrofes de todo tipo, creando desiertos donde antes había selvas frondosas, como es el caso del desierto de Atacama en el norte de Chile, el del Sahara en África, y el del Gobi en Mongolia.



Las enigmáticas figuras del desierto de Atacama

Como en Nazca, Atacama presenta grandes figuras talladas en el suelo, entre las ciudades de Antofagasta y Arica, que miden entre diez y trescientos metros, y que nadie sabe qué significan ni quién las hizo, pero que pueden tener entre diez y doce mil años de antigüedad.

El misterio no queda ahí, porque tampoco nadie sabe exactamente cómo se formó un desierto tan árido y salino entre montañas de bosques húmedos y vegetación exuberante. Por supuesto, hay estudios y teorías científicas al respecto, que nos llevan a por lo menos tres millones y medio de años en la antigüedad, con el sistema de desiertos de los Andes y la Costa del Pacífico, y la posibilidad de que Atacama haya sido un lecho marino empujado tierra adentro por la acción de las capas tectónicas. Sin embargo, y en lugar de aclarar las cosas, estas bases científicas alimentan aún más las leyendas, ya que abren la puerta a la posibilidad de que la humanidad, o una humanidad anterior, haya vivido en aquellas épocas, conociendo tal vez a los últimos dinosaurios y dejando su impronta sobre el mismo suelo o en piedras labradas, como las de Ica, en pleno Perú, que tanta polémica han causado.



Piedra tallada de Ica

Para ser un fraude, las piedras de Ica son demasiadas, hay miles de ellas, están formadas por andesita, es decir, son piedras del mesozoico, era de los dinosaurios con cien millones de años de edad, por lo menos, labradas posteriormente, pero no se sabe cuándo, aunque sí se sabe que las piedras han sufrido el proceso natural de hacerse más calizas y blandas con el paso de millones de años, junto con el labrado, que en muchos casos resulta anacrónico, ya que en algunos casos las figuras de los dinosaurios van acompañadas de objetos voladores u operaciones quirúrgicas modernas.

La ciencia, por supuesto, no puede validarlas, porque al hacerlo tendría que aceptar que algunas leyendas son más ciertas que la realidad impuesta por el pensamiento académico, y eso, desde un punto de vista occidental y científico, simplemente no debe ni puede ser.

Pero las piedras están ahí, pueden verse y tocarse, analizarse y estudiarse, corroborar su edad y la edad de su tallado, por fuera de lugar que este parezca.

¿De qué estamos hablando?

¿De otras humanidades?

¿De la misma humanidad mucho más vieja de lo que parece?

¿De una humanidad que ha ido y venido de y hacia otros planetas cuando las cosas se han puesto mal en este mundo?

¿De vimanas sobre el Perú volando entre dinosaurios?

¿De guerras nucleares hace once mil años o mucho más?

¿De una historia que no es la oficial?

¿De uno de los pilares del mundo donde la humanidad ha renacido?

¿O simplemente de leyendas absurdas que no tienen fundamento alguno por más

que las evidencias físicas estén presentes?

El laberinto de la mitología inca parece no tener principio ni fin, ni orden lógico y cronológico por más que la religión en el periodo estatal intentara unificar creencias y criterios a través de ritos y cantares que la gente se aprendía de memoria desde la infancia y los cantaba a lo largo de toda su vida, como quien canta ahora las canciones de moda.

Gracias a estos cantares conocemos hoy en día las leyendas de los primeros grandes incas, como la de Cápac Yupanqui, primer conquistador y fundador del amplio Imperio inca; o de su lejano antecesor, Manco Cápac, primer inca del Cuzco no imperialista; e incluso de Pachacútec, el gran organizador de las cuatro provincias y que inicia el periodo estatal de los incas.

Había cantares oficiales y obligados, pero no faltaban los cantares propios de cada zona, los cantares preincas, sobre todo en lo que ahora conocemos como Ecuador y Bolivia, cuyas culturas prehispánicas han sobrevivido al Imperio inca, a la conquista, a la colonia española y al colonialismo intelectual eurocéntrico y norteamericano, con lo que sus cantares o leyendas nos dan otra visión del mundo andino.

Cantar Preinca a Inti Raymi

Nunca hubo un principio para lo que siempre dura, para lo que siempre es, aunque no siempre esté, aunque no siempre se manifieste.

Nada comienza ni nada termina en lo que siempre dura.

De la sombra sale la luz.

De la luz nace la sombra.

Lo que siempre dura está detrás de la luz y de la sombra.

No vemos todo lo que hay.

No vemos todo lo que ha sido.

Lo que vemos a veces no está.

Lo que vemos a veces es solo un sueño, una imagen.

Los ojos a veces ven poco, o nada.

Para nosotros todo comienza cuando la luz nos dice lo que vemos.



Celebración del Inti Raymi

Antes había muchas cosas, pero no las recordamos porque no las hemos visto nunca, solo quedan sus rastros que no comprendemos.

Para nosotros todo comenzó con el Sol, antes del Sol de nada nos servían los ojos.

Inti, el Gran Sol, fue lo primero, sin él nada se vería, sin él nada existiría.

Inti nació y fue niño.

Inti ahora es un joven guerrero.

Inti algún día será un anciano sabio.

Inti algún día se irá y ya no veremos.

El Sol al nacer trajo el agua y la vida.

El Sol trajo a la Luna y ahí empezó nuestra existencia.

El Sol empujó las tierras del mar y formó las montañas.

El Sol trajo las nubes y los vientos.

Inti trajo la lluvia.

Inti dio forma a los animales y a las plantas.

En la Luna nos tuvo como mascotas, y cuando aprendimos nos depositó en esta Pachamama, nuestra tierra.

Inti nos cuida y nos protege.

Inti nos deja ver cada mañana sus obras.

Inti se recoge por la noche para recordarnos lo importante de su presencia.

Sin Inti no hay vida, no hay inicio para nosotros, no hay comienzo.

Para nosotros todo empezó cuando Inti recorrió la cortina del cielo.

A él le cantamos cada año en su esplendor, a Inti veneramos, a Inti respetamos.

Inti seguirá ahí cuando nos hayamos ido.

Cuando Inti ya no esté, todo habrá terminado.

Comparado con las culturas preincaicas, la cultura inca es muy reciente, pero supo aprovechar muy bien los cultos solares de los pueblos andinos para imponer su propia religión solar. La fiesta solar, o Inti Raymi, se celebra en Cusco, Perú, cada año coincidiendo con el solsticio de invierno, pero bien podría venir del norte de Chile, donde se celebraba el Wawa Inti Raymi, o Fiesta del Niño Sol, simbolizando el nacimiento de la humanidad y del universo.

Cuando se juntaron las cuatro provincias del gran Imperio inca, muchas de las antiguas ciudades preincas fueron destruidas, transformadas o reformadas. Muchos de sus símbolos arcaicos fueron borrados o recuperados como propios, como en el caso de Viracocha, que pasó de ser un dios antiguo y primordial de Tiahuanaco, y del cual no tenemos más referencia que su imagen, para convertirse en el dios creador del Imperio inca que todos y cada uno de los pueblos estaba obligado a venerar, incluso por encima de Inti, el Sol, ya que también este era creación de Viracocha y, por tanto, le debía pleitesía.

El cantar de Viracocha

Parecía que no había nada, porque todo estaba a oscuras, pero el grande Viracocha ya reinaba en el espacio, cóndor de las estrellas, señor de los tiempos, creador de todo lo primario, que se entretuvo en dar forma al universo entero.

Como se sentía solo, dio forma a los dioses para que le hicieran compañía, unos con brillo y otros con sombra, para no vivir en la oscuridad eterna, y entre ellos estaba Inti, el Sol, que era un niño pequeño con mucha luz.

Creó entonces a Hanan Pacha, el Mundo Celestial, la habitación de los dioses, el hogar de los elevados, la casa de los elegidos, con la promesa de que algún día los hombres y las mujeres buenos y justos podrían compartir con los dioses este universo perfecto, lleno de bienes y de gloria, subiendo sobre las alas del cóndor divino tras su muerte.

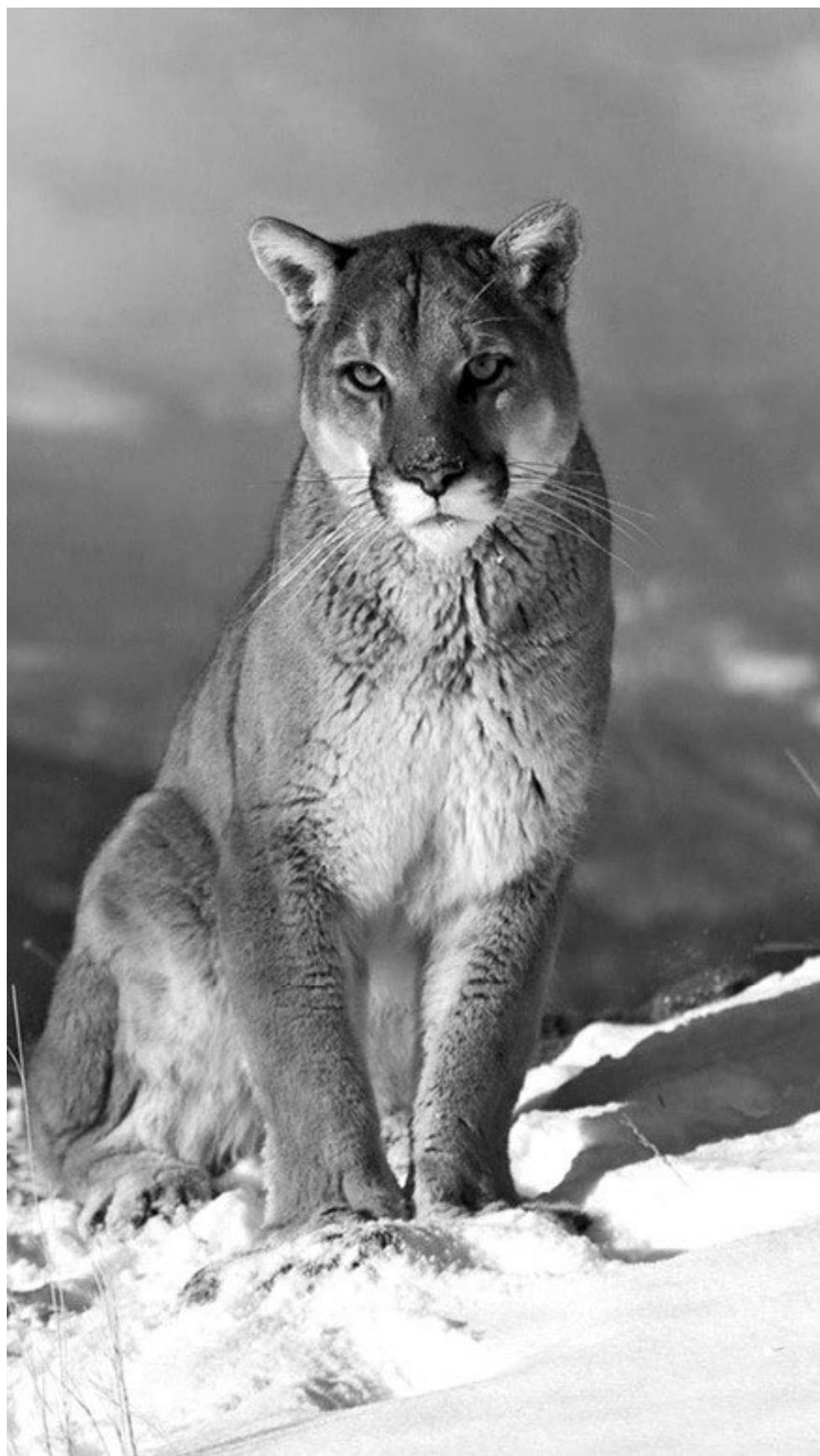


El cóndor divino que lleva a Hanan Pacha

Para llegar a Hanan Pacha sobre las alas del cóndor, era necesario hacerlo a través de un puente hecho de cabellos que conectaba a los mundos entre sí, en lo alto estaba Hanan Pacha, y debajo un mundo hecho de tierra y de lodo que albergara la vida y los seres que corren y se arrastran.

Así creó a Kay Pacha, el mundo terrenal, el lugar de las plantas, los animales y los hombres, el hogar de Pachamama sobre el que Inti derramaba sus luces y su calor; el mundo del hoy, del aquí y del ahora, donde la ilusión del tiempo da lugar a los años, a los ciclos, al nacimiento y a la muerte, donde el puma señorea y el hombre domina.

En Kay Pacha, este mundo, Viracocha derramó muchos dones para bien y beneficio de sus ocupantes, con la esperanza de que lo cuidaran y le sacaran provecho, a sabiendas de que los seres que no eran dioses a menudo son ingratos y torpes, malvados y procaces, indignos de Hanan Pacha, y sin lugar tras su muerte en Kay Pacha, porque en el fondo no servían para nada ni merecían perdón.



El puma sagrado, símbolo de Kay Pacha

Los buenos y los justos ascenderían a Hanan Pacha, pero los impíos debían ir a otro lugar donde no echaran a perder la creación de Viracocha.

Entonces creó a Uku Pacha, el mundo de abajo, el hogar de los muertos indignos, de los niños abortados, de las mujeres que traicionaban el linaje, de los hombres que no merecían los bienes ni los dones, e incluso de las bestias y los seres viles, como las serpientes rastreras, las cuevas asesinas, las plantas inservibles, la oscuridad malvada y las almas aviesas y débiles.

En Uku Pacha habitaba una serpiente gigantesca, cruel y voraz, que devoraba a los peores hombres y mujeres que en el mundo terrenal, Kay Pacha, habían sido de lo peor, quitándoles así, además del cuerpo, el alma.

Viracocha tuvo todo dispuesto antes de crear a la Pachamama y al hombre, porque pensó en todo y así no faltara nada.

El Gran Viracocha tres mundos creó:

Hanan Pacha.

Kay Pacha.

Uku Pacha.

En el primero irían las estrellas y los dioses, junto a la promesa de la elevación.

En el segundo se asentarían los seres vivos.

En el tercero habitarían los demonios y los seres indignos.

No hay engaño.

Quien conoce los designios de Viracocha sabe su porvenir.

Todo nos dio Viracocha para poder regresar a su lado, y ser dioses como los incas que nos señalan el camino.

El inca está de paso en esta vida de Kay Pacha, pues su verdadero lugar está en Hanan Pacha, que es donde habita su alma y simiente divina.

El que no es inca irá a Uku Pacha al terminar sus días.

Así creó Viracocha al universo, y así seguirá para siempre jamás.

Aunque oficialmente Viracocha es el dios supremo y creador de todas las cosas, en otras leyendas y cantares andinos su supremacía no es tan clara, ya que a otras deidades, como a Amaru, también se les considera divinidades creadoras.

Cantar de Amaru

Todo blanco como la piedra de cal, Amaru navegaba entre los fuegos y las aguas de los cielos.

Iba encendiendo luces y regando vida, limpiando y preparando los terrenos para la siembra de las semillas.

De las semillas brotaban pachas que afianzaban sus piedras con las raíces para no deshacerse en los cielos.

Así nació Pachamama, con Quilla (la Luna) como compañera.

Amaru estaba contento y quiso bajar hasta Pachamama, dejando su tea en el cielo y trayendo el agua consigo.

De esa agua nació el lago Titicaca, donde Amaru hizo su casa y formó, para no estar solo, a una raza de gigantes, casi tan grandes como él.

Pero los gigantes no eran listos ni tenían corazón.

Amaru iba en su nave por el lago, triste porque los gigantes no lo amaban ni se comportaban bien entre ellos, y tenían pensamientos de destrucción y venganza, pero los gigantes eran fuertes y rijosos, blancos y casi tan altos como él, así que en lugar de enfrentarlos cuerpo a cuerpo, los engañó para que entraran al agua.

Los gigantes no sabían nadar y recelaron, pero Amaru se paró en medio del lago para que vieran que no lo cubría el agua, y entonces se animaron a mojarse las piernas.

No se dieron cuenta que el cuerpo de Amaru era como el de un pez de cintura para abajo. Amaru se había transformado para flotar en el agua.

Cuando los gigantes ya estaban dentro, Amaru hizo que de la tea del cielo cayeran muchos rayos y que las aguas del lago aumentaran.

Los gigantes querían salir, pero no podían porque los pies los tenían hundidos en el lago. Entonces se dieron cuenta del engaño y quisieron atrapar a Amaru para que se ahogara con ellos.

Amaru entonces hizo que su cuerpo fuera ágil y escurridizo como el de una serpiente, y así se les escapaba de las manos.

La tormenta no cesaba y el lago empezaba a parecer un mar.

Muchos gigantes empezaron a ahogarse, pero algunos, los más grandes, resistían y perseguían a Amaru para matarlo.

La cabeza de Amaru se volvió roja y como de águila, y de la espalda le brotaron grandes alas que agitó con fuerza para salir volando antes de que lo alcanzaran.

El lago Titicaca creció tanto que acabó por tragarse a todos los gigantes. No quedó ni uno solo para muestra.

Sus carnes y sus huesos se disolvieron con el tiempo, y ahora son sedimento.

Amaru, apesadumbrado por su pérdida, bajó al mundo interior para limpiarlo de los restos de los gigantes, luego subió al cielo, y desde entonces baja y sube

del cielo a la tierra para comunicar a los dioses con los seres del mundo material, y al mundo interior para hacer limpieza, con sus grandes alas, cuerpo de serpiente, cola de pez y cara de llama.

Del aliento de Amaru nació la humedad de las montañas para que nunca sufran sequía.



Amaru, representación artística

Con sus rayos horadó las piedras para que corriera el agua y se formaran los manantiales.

Con el fuego limpia la tierra y labra la piedra, y de las entrañas de la Tierra saca los metales.

Amaru dio cabeza a los hombres y sabiduría a las mujeres, para que nunca fueran ingratos con los dioses y se ayudaran entre ellos.

Mucho aprendió Amaru de su amarga experiencia con los gigantes, y tanta fue su dedicación a la Pachamama y a sus habitantes, que se convirtió en un dios, además de astuto y señor del señuelo y el engaño, muy inteligente y muy sabio.

Cantar de Yaku

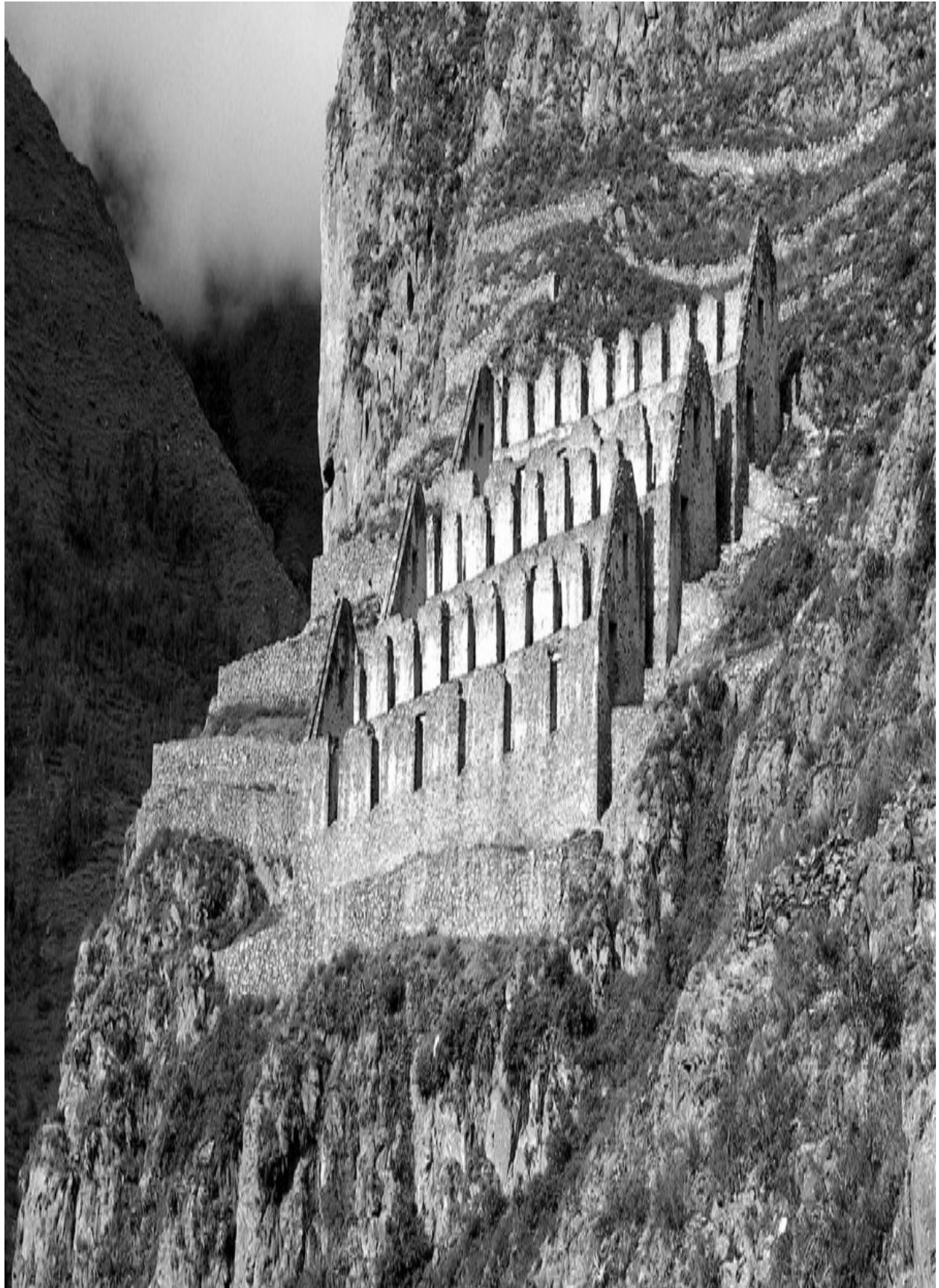
De agua y piedra formó el universo Yaku, con mano firme y tierna.

De todos los lugares del universo escogió esta Tierra.

Y de toda esta Tierra escogió a Ollantaytambo, donde todavía se puede ver su rostro barbado, como la barba del puma, labrado en la montaña.

Yaku quiere mucho a la Tierra y a sus habitantes, sobre todo a los que viven o pasan por Ollantaytambo.

Todo lo que le pidas a Yaku te será concedido.



La montaña labrada de Ollantaytambo

Yaku enseñó a la llama a portear y a reconocer los senderos.

Yaku enseñó a la alpaca a dar lana.

Yaku enseñó a los hombres a señorear sobre los animales, a trasquilar a la alpaca, a sembrar la patata y a recoger los frutos y las plantas de la naturaleza.

Ollantaytambo, su ciudad preferida, ha sido mil veces destruida y mil veces reconstruida, sin perecer nunca del todo, dando casa y hogar a sus habitantes eternamente, desde el principio de los tiempos hasta el día de hoy, porque Yaku es su protector desde siempre y para siempre.

No importa lo que borren, roben o destruyan los hombres, Yaku está siempre presente mirando desde arriba hacia abajo las eras y las estaciones.

La figura del puma, o yaku, es un símbolo recurrente en las culturas inca y preinca, como divinidad que representa a la Tierra material, al mundo actual, a lo humano y a la naturaleza, con su parte salvaje y su parte esotérica.

Hombres con cuerpo de puma, o pumas con cara de hombre, casi todos borrados a golpe de cincel por los conquistadores españoles, barbados como los europeos y no lampiños como los habitantes de los pueblos prehispánicos, seres de otras realidades a los que se les adjudica la creación de los planetas y las estrellas, y, como veremos en el próximo capítulo, de las diferentes humanidades que han ocupado la Tierra.

Los pumas de los Andes y los jaguares de la selva aparecen con frecuencia en el mundo precolombino como referentes de paciencia, astucia, independencia e inteligencia, y forman parte de sus respectivas mitología y cosmovisiones como algo muy cercano a la humanidad, en una relación de respeto y cuidado mutuo que hemos ido olvidando con el tiempo.

Pero no todo son animales divinos o sagrados en la mitología inca, también existe el concepto espiritual trascendente encarnado por un niño de oro cristalino, Inti Wawa.

Cantar de Inti Wawa

Vino del Gran Sol.

Vino del Gran Sol y no del pequeño sol que conocemos y que se levanta todas las mañanas.

Vino de la Luz eterna, la que no se detiene nunca.

Vino y le dio forma al mar, al río y a la montaña.

Vino y se rodeó de vida.

Vino y fundó Coricancha, piedra revestida de oro, templo dorado, con el espejo donde se ven todas las cosas del pasado, del presente y del futuro.

Vino y le dio forma a los cielos y a las cuevas.

Vino y unió todos los mundos con chinkanas, pasadizos y laberintos que llevan a todos lados, desde lo más bajo a lo más alto, de una ciudad a otra, de un templo a otro, de un tiempo a otro tiempo.

Vino y legitimó a los gobernantes.

Vino y protegió a los pueblos.

Vino con su cuerpo dorado y su cara de niño, y su espíritu sigue con nosotros.



El disco dorado de Inti Wawa

Él escoge y él elige.

Él te llama si te ve digno y te entrega el poder con la palabra.

Él es Inti Wawa, el Niño Sol que vino del Gran Sol, y no del sol que vemos levantarse en la mañana.

Inti Wawa nos legó su disco dorado, todo de oro, como en el que viaja para ir al cielo, al Gran Sol, para que siguiéramos su camino y seamos como dioses, eternos, si dolor y sin morir, y siempre con abundancia de alimentos.

El sonido de su voz nos llama desde dentro de nosotros mismos, porque Inti Wawa está dentro y fuera de todo, y podemos escucharlo si no cerramos el corazón.

El sonido de su voz es poderoso.

El sonido de su voz talla la montaña.

El sonido de su voz levanta piedras.

El sonido de su voz funda ciudades.

El sonido de su voz penetra todo.

El sonido de su voz es un canto puro.

El sonido de su voz abre las puertas del alma.

El sonido de su voz te guía y te protege contra los temblores y las tempestades.

El sonido de su voz te eleva como a una pluma.

El sonido de su voz nutre la Tierra.

El sonido de su voz hace mansos a los animales salvajes.

El sonido de su voz lo puede todo.

Si pones atención, oirás el sonido de su voz en todas partes.

Los hijos del sol lo escuchan, los hijos de las sombras no oyen nada.

Inti Wawa, niño y señor, te cantamos con amor para darte las gracias.

Inti Wawa, el Niño Sol, ha pasado por muchos estadios a través de las diferentes creencias del mundo andino, desde las preincas hasta las actuales, pasando por la asimilación inca de los sacrificios humanos, que en el caso de Inti Wawa eran sacrificios humanos infantiles, la sincretización católica que lo convirtió en Niño Dios, hasta las celebraciones del Inti Wawa Raymi que se realizan hoy en día protagonizadas principalmente por niños.

De divinidad independiente pasó a ser hijo de Viracocha, y de niño robusto y de oro, pasó a ser adolescente guerrero y adulto soberano, legitimador de la sangre divina entre los gobernantes incas.

De hecho la palabra inca, con minúscula, puede traducirse como “hijo del sol”, mientras que la palabra Inca, con mayúscula, se refiere al Señor y Gobernante Inca o al Imperio inca en toda su extensión, con lo que todos los niños incas son reflejo de Inti Wawa, pero solo los destinados al gobierno de los pueblos, son sus hijos directos, de su misma sangre, Incas de verdad y con potestad sobre el mundo entero, con lo que todos y cada uno de los monarcas incas son parte de la mitología, dioses menores con la garantía de gozar con un lugar reservado en el cielo.

Según la leyenda, Inti Wawa es quien legitima a Manco Cápac como primer gran soberano inca en el 1200 de nuestra era, y vaticina que Atahualpa y Pachacámac logran la unión de las cuatro provincias.

La guerra, la muerte, el sacrificio humano, la conquista, la destrucción y posterior reconstrucción también están amparados por Inti Wawa, y, como en muchas otras mitologías, a menudo la creación del mundo, o del universo entero, está precedido de un conflicto bélico entre los dioses.

Cantar de la guerra de los cielos

Antes, mucho antes de la gran inundación.

Antes, mucho antes de que Viracocha fuera padre.

Antes, mucho antes de que los hermanos Ayar y sus esposas surgieran de las montañas.

Antes de que Inti iluminara a Pachamama.

Antes, mucho antes de que nacieran y murieran tantas humanidades.

Antes, cuando solo estaba el Sol Primordial como fuente de todo final y de todo principio, los dioses que han perdido su nombre en nuestra memoria entraron en guerra.

Los fuertes eran celados y envidiados por los débiles.

Los débiles eran esclavos y comida de los fuertes.

La primera gran armonía se precipitaba al caos.

En el Gran Sol Primordial, que había sido todo luz eterna, empezaron a brotar sombras de ira, venganza, traición y guerra.

Nada podía hacerse para doblegar las revanchas y los celos, por eso el Gran Sol Primordial se retiró a sus aposentos.

La oscuridad lo rodeó todo.

Los dioses se lanzaban rayos y piedras ígneas unos a otros.

La oscuridad se rompía con aquellos relámpagos.

El cielo quedó roto, más negro que luminoso.

Cuando la guerra acabó, pues no había nadie a quien matar, en el cielo quedaron piedras de fuego y piedras de hielo, piedras frías y piedras calientes, sin orden ni concierto.

Solo entonces el Gran Sol Primordial volvió a brillar para poner orden entre las piedras alocadas que surcaban el firmamento.

El Gran Sol Primordial tuvo nuevos hijos para que le ayudaran en la tarea.

Viracocha e Inti fueron los encargados de darle forma al universo que vemos.

Todo volvió al orden.

Hubo muchos hermanos antes que nosotros que nacieron y murieron, y muchas más guerras de dioses, pero ninguna como aquella que lo oscureció todo entre grandes y terribles destellos.

Las palabras y los hechos son muchos, la memoria es poca, pero algo nos queda en el recuerdo y en los sueños, y así lo transmitimos a los que vienen y están por venir, y así no se pierda nuestro origen, pues somos hijos o nietos del Gran Sol Primordial del que emana todo, y a él debemos oración, devoción y respeto.

Que no se pierda nuestro canto en los laberintos de los tiempos.

II: Nacimiento de la humanidad

*Cuando me elevo
miro a los humanos como hormigas,
con alegría o con desprecio,
pues la vanidad de los dioses
es un arma fría.*

Dentro de la mitología inca hay varios dioses, pero la religión oficial del imperio impuso la figura de Viracocha como dios supremo y creador, rescatando al Viracocha de los tiahuanacos y fusionándolo, de una o de otra manera, con Inti, el popular dios Sol al que prácticamente todo el mundo andino veneraba.

Sabemos que el monoteísmo no ha funcionado nunca, la superstición, que algunos consideran innata en el ser humano, lo impide, y si un dios no funciona se busca a otro o a sus intermediarios, santos, vírgenes, gurús, reliquias, piedras, muros, aves, animales, o lo que sea, con tal de tener la esperanza de que la suerte mejore o que la muerte no sea traicionera.

Los dioses demasiado elevados no responden ni corresponden a las necesidades inmediatas de los pueblos, pero sí suelen hacerlo sus hijos, esposas, nietos o sacerdotes, con lo que todo panteón divino tiene, además de su dios principal y oficial, a muchos otros seres divinos con dones y funciones específicas capaces de contentar a sus creyentes.

La religión inca no es la excepción, tal y como nos lo muestra su rica y extensa mitología, donde el laberinto de creencias no respeta ni tiempo ni espacio, y lo inca y lo preinca a menudo se confunden y tropiezan para desespero de aquellos que pretenden darle un orden o definir fechas exactas.

Dioses incas

Al tratarse de un imperio, los dioses preincaicos se mezclan o sincretizan con los dioses incas aprovechando que la mayoría de los pueblos andinos y costeños practicaban cultos solares y tenían en el oro al referente solar por excelencia.

No pocas ciudades preincas tenían sus templos y ciudades revestidos en oro, un oro que los incas cambiaron por piedras, muy bien trabajadas y labradas, pero piedras al fin y al cabo.

Donde había piedra amarilla, aunque no fuera oro, los inca colocaron piedras grises, reservando los colores dorados para la capital, Cuzco, centro y ombligo del mundo, donde el oro que entraba no salía, y donde los nuevos dioses eran los más poderosos del universo, como Viracocha, que dentro de la religión inca era el padre y creador de todo, incluso de los dioses arcaicos que lo superaban en edad, porque Viracocha era el señor del tiempo y podía ser padre de sus antecesores sin ningún problema, así como ser padre de los hijos de sus padres, e incluso ser padre de sí mismo encarnándose en Pachacámac, para poder vigilar y cuidar a los seres humanos de cerca.

Muchos de los dioses primigenios de los Andes y de la costa eran divinidades itinerantes, peregrinas, vagabundas, sin un área geográfica determinada, mientras que otras deidades, más animistas, eran patronas de las cuevas, los ríos, los mares, los animales, las piedras, de las casas, de los caminos o de lo que fuera.

Algunos de ellos eran creadores, y cada uno de ellos había concebido su propia humanidad que a menudo no se parecía demasiado a la humanidad creada por otro dios; mientras que otras deidades eran pasajeras o simplemente presenciales, sin seres humanos bajo su mando o su protección.

Unos eran tan antiguos como la Tierra misma, y otros apenas si tenían unos cuantos años visitando el planeta. Unos conocieron a los grandes lagartos, según las leyendas, y otros apenas si conocían al mítico puma y tenían a la llama como animal de compañía.

Ñau Papacha

Ñau Papacha es el dios y señor del mundo antiguo, primer padre de Inti, el Sol, y creador de varias humanidades, incluida la nuestra, a la que sigue cuidando y protegiendo, sobre todo con el nuevo orden o nuevo mundo inca, donde se le coloca como dios del mundo actual y terrenal, protector de los hombres, que ya no son sus hijos, sino los nietos de los nietos de los nietos de su creación original.

Cuando se crea el Tahuantinsuyo, o las cuatro provincias incas (suyos), Ñau Papacha queda como un dios más creado por Viracocha, que algunos pueblos adoraban, si no en secreto, sí después de venerar a Viracocha, el dios oficial.

Ñau Papacha, en algún tiempo, fue considerado el Gran Sol Primordial que no creaba nada porque ya lo era todo, y del cual se desprendieron otros dioses, como Inti y Quilla, que sí se dedicaron a formar seres humanos.

Para algunos esoteristas Ñau Papacha es el padre de Pachamama, la Tierra, y es el verdadero dios primario que lo da todo sin pedir nada a cambio, ni siquiera reconocimiento o devoción, porque todo aquel que se eleve al dejar este mundo va a conocerlo y a reconocerlo en el plano espiritual y divino, donde no hay jerarquía ni culto a la personalidad, sino solo luz y armonía.

En este sentido Ñau Papacha es el Sol de todos los soles, y no hay imagen posible ni visible de su luminosidad.

Viracocha

Intentando desenredar la madeja del laberinto, la primera pregunta que nos

hacemos es:

¿Quién es Viracocha?

¿Huiracocha?

¿Wiracocha?

¿Apu Qun Tiqsi Wiraqucha?

¿Apu Kun Tixsi Wiraqucha?

¿El Gran Sol Primordial?

¿El Esplendor Originario?

¿Ser Supremo?

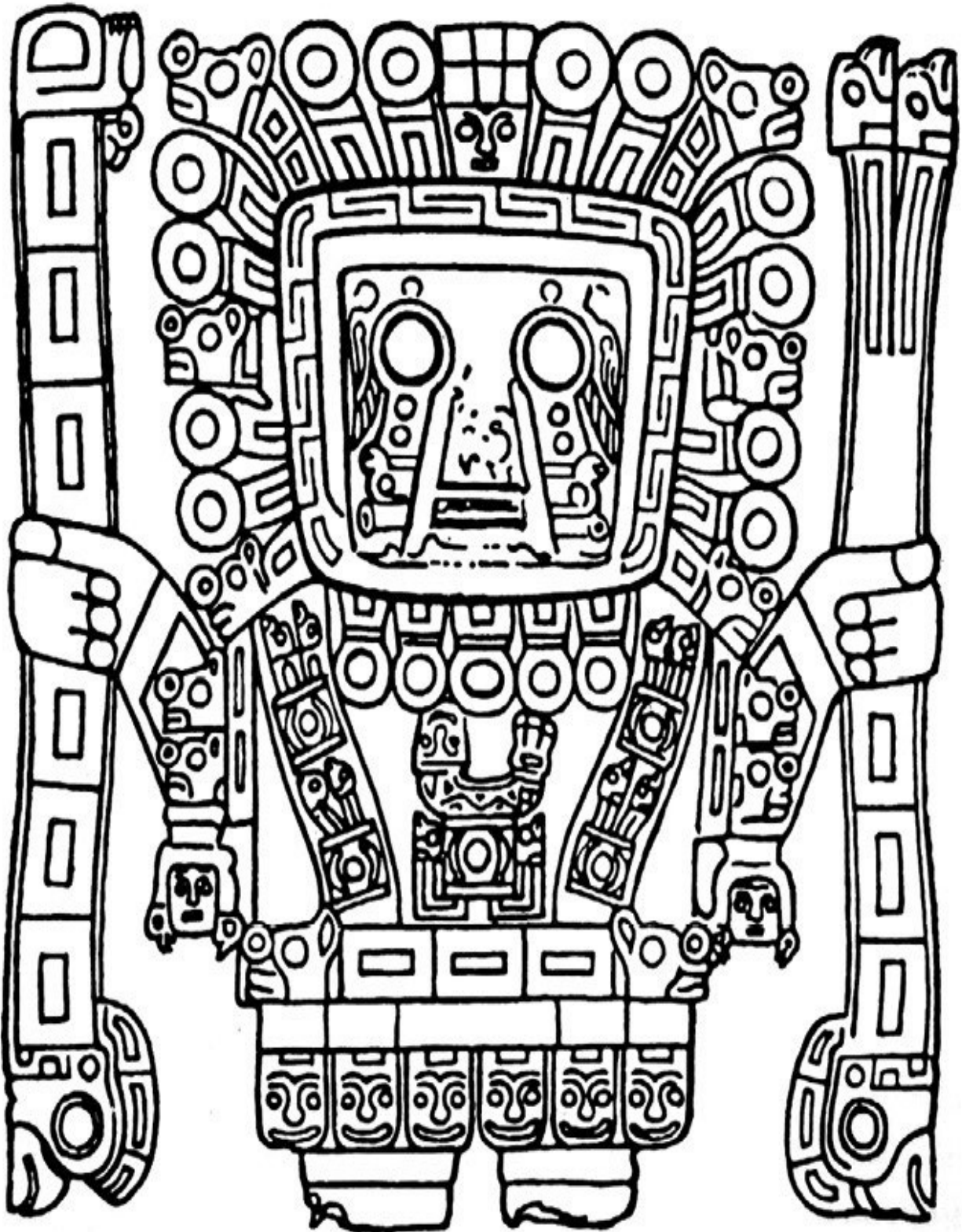
¿Padre Eterno?

¿Señor de los Ejércitos?

¿Sangre de los monarcas incas?

¿O era un simple dios de los tiahuanacos surgido de las aguas del lago Titicaca tras la partida de Amaru?

La religión oficial inca lo adopta y lo adapta a sus ritos solares, y lo hace padre de Inti, y de todas las cosas, con una trascendencia de la que carecía entre los pueblos chavín, huari y tiahuanaco, si bien es cierto que preside la puerta del solsticio en la mítica ciudad de Tiahuanaco, cuya civilización creadora y creencias al respecto se desconocen del todo.



Viracocha, reproducción de un relieve en la Puerta del solsticio de Tiahuanaco

Las leyendas no oficiales lo colocan como un dios errante que iba buscando asiento por las montañas y los ríos, acompañado de un ave, Corikente, que le hablaba al oído y le cantaba las cosas del porvenir, o las cosas que sucedían a lo lejos. Corikente también lo comunicaba con otros dioses, y le daba poderes con sus plumas mágicas, las cuales el dios arrancaba para confeccionar sus penachos y sus máscaras sagradas, que más tarde emularían los gobernantes incas.

Este Viracocha iba armado y dispuesto a la caza, la lucha o a la batalla, con una honda y una lanza, pero también sabía sembrar, cosechar y esquilavar, habilidades que enseñaba a los que se encontraba por el camino para favorecerlos como buen ser divino que era.

Durante siglos, y quizá milenios, Viracocha fue un dios solar guerrero y benefactor, pero no el creador de la humanidad y mucho menos del universo, aunque sí lo será a partir del siglo XIII o XIV de nuestra era, cuando se convierte en el Dios del imperio.

Inti, el Sol

Inti no solo era el dios Sol que vemos y nos calienta, sino que era el dios supremo de muchos pueblos andinos y costeros, que tenía sus aposentos en Hanan Pacha, el mundo celestial, desde el cual vigilaba y protegía al mundo terrenal, o Kay Pacha, al que visitaba cada amanecer y dejaba por las noches, para que la luna y las estrellas se ocuparan de la Tierra en su ausencia.

Los demonios, convertidos en nubes, niebla o tormentas, a veces tapaban su faz y no lo dejaban ver lo que sucedía en la Pachamama, pero tarde o temprano el volvía a brillar con fuerza para solucionarlo todo.

El oro era su principal representante en la Tierra, y quien tenía oro en sus manos tenía un trozo de Inti, que le curaba, cuidaba y daba poder, mientras quien no tenía oro, pasaba frío, hambre y enfermedad.

Inti crea a su propia humanidad, los incas, pero la suya no es la primera humanidad en el mundo, sino una más que bajo su protección debe de dominar al mundo.

La humanidad creada por Inti es una humanidad elegida superior a todas las otras humanidades que habitan el planeta, a las cuales puede y hasta debe dominar por las buenas o por las malas, por la conversión o por las armas, y en este sentido es un dios cruel y guerrero que exige sacrificios humanos, tanto de reos y de enemigos, como de propios y seguidores; de niños en su forma de Inti Wawa, o de adultos en su forma de Inti adulto.

Era, y aún es un dios muy popular entre sus seguidores, tanto, que el Imperio inca y su religión oficial no tuvo más remedio que adoptarlo y adaptarlo, dejando muchas veces a Viracocha en segundo plano en las celebraciones, a pesar de ser el dios padre y creador de todas las cosas.

Dentro de la religión oficial Inca, Inti pasó a ser hijo directo de Viracocha, y ya no de Ñau Papacha, pero a los pueblos que lo adoraban no les importó dicho cambio, porque igualmente lo seguían adorando como el dios supremo que daba y quitaba la vida, creando a su pueblo con agua y fuego, con oro y fertilidad, tanto, que los propios mandatarios inca lo tuvieron por padre protector y legitimador de su reino y de su poder.



Inti, el Dios Sol de Oro

Viracocha es grande, pero Inti es la deidad por excelencia para el pueblo inca, los hijos dorados y de oro del Sol.

Mama Quilla, la Luna

En las culturas preincaicas, sobre todo entre los moche, Mama Quilla era la diosa creadora de todas las cosas, y especialmente de la humanidad, a la que creó en las estrellas y la hizo evolucionar y crecer en su hogar celestial, hasta que esta estuvo preparada para vivir de manera libre e independiente sobre la Tierra.

En la cultura inca se convierte en la hermana y esposa de Inti, el Sol, y junto a él gobierna los avatares del mundo terrenal, por lo que habitualmente lo acompaña en el templo cuidada por sus sacerdotisas.



Mama Quilla lleva en el pecho la luz del Sol Primordial

Mama Quilla, además, gobierna las estrellas y el orden del firmamento desde sus aposentos celestiales, para que el caos no se apodere de ellas y traiga la desgracia y la devastación a Pachamama.

Mama Quilla es la patrona de la fertilidad femenina, ya que ella, como todas las hembras de la creación, lleva en el pecho la luz del Sol Primordial que da la vida y alma al elemento femenino.

A pesar de las imposiciones de la religión oficial inca, Mama Quilla siguió teniendo muchas seguidoras que le pedían una descendencia fuerte, sana y digna.

Pacha Mama

La Pacha Mama, o Pachamama, es la señora del Kay Hanan, o mundo actual y material, pero también es la misma Tierra y todo lo que hay en ella, desde lo más alto a lo más profundo, de las siembra y la minería, de los animales y de las plantas, del viento y el polvo, de los mares y los ríos, con el auxilio de otros dioses, como de Mallko, el Espíritu de la Montaña, y de Amaru, el Señor del Conocimiento, pero sin dejar de ser la ama y la señora de todo lo que existe y sucede en nuestro mundo.

Detrás de Inti, es la diosa más popular y cercana de la mitología inca, a la que más se celebra y más ofrendas se le hacen, porque es muy milagrosa y devuelve amplia y generosamente todo lo que recibe, ya sea animales, plantas, piedras o metales. Solo a ella se le sacrifican llamas, que para muchos pueblos andinos eran más valiosas e importantes que otros seres, incluidos los humanos.



Virgen Cerro, representación cristiana de la Pachamama

Pachamama es la maestra y guía de los hombres en la Tierra, desde que otros dioses los crearon y los trajeron al planeta. Ella les enseñó a sacar provecho de los recursos terrestres, y gracias a ella las cosechas son abundantes y las minas pródigas en metales.

Pachamama ha visto pasar a muchas humanidades, desde la primera hasta la última, y desde los que han venido de fuera hasta los que han nacido aquí, y sobre todos ellos ha derramado sus dones.

Es una diosa normalmente amorosa y generosa, pero puede ser terrible, cruel y destructora cuando se molesta o se siente herida, capaz de acabar con los hombres y todo lo que se encuentre sobre o dentro de ella.

Pachamama es una diosa antigua y primordial que no necesita templos ni lugares específicos de adoración, aunque le gustan los manantiales, simple y llanamente porque está en todas partes y en todos los tiempos.

Tradicionalmente su culto se extendía más allá de los Andes y de las provincias incas desde tiempos inmemoriales, es decir, por casi toda Sudamérica, y actualmente es seguida y adorada por personas de todas las nacionalidades.

Hay quien ha querido asimilarla a la Virgen María, pero como buena diosa de la fertilidad a menudo promueve y auspicia el sexo, o las relaciones sexuales, entre todos los seres del planeta, sin tomar en cuenta si son hermanos, padres e hijas o familiares cercanos, lo que ha impedido que sus seguidores la tomen por una diosa virgen y casta, por más que se la haya sincretizado en los últimos quinientos años.

Pachacámac, creador y recreador de los hombres

También conocido como Pachacamac, dependiendo de la pronunciación en quechua, es el mismo Viracocha encarnado en el Kay Hanan, ya sea como hijo o como reflejo, y con la misión de hacerse cargo de la humanidad, con todas las virtudes y defectos que esta tiene, y desde su creación e implantación en la Tierra, hasta el final de la misma, porque podría crearla y destruirla tantas veces como quisiera, y hasta que quedara a su gusto.

Si la humanidad se portaba mal y no cumplía con sus obligaciones y devociones religiosas, si relajaba su moral, si pretendía emular a los dioses o si se olvidaba de ellos, Pachacámac tenía la potestad, con la inestimable ayuda de sus hermanos, de acabar con todo y empezar de nuevo si así lo deseaba.

Las leyendas incas y preincas cuentan que las humanidades han sido muchas, y que el hombre lleva sobre la tierra miles de años, todas con rasgos propios, pero capaces de procrear con las otras y, en algunos casos, con los mismos dioses.

Pachacámac era capaz de crear humanos lejos de este mundo, para después implantarlos aquí, o de formarlos en esta Tierra. Todas estas humanidades tuvieron distintas fases de evolución y desarrollo, unas más y otras menos, y fueron destruidas o evacuadas, movidas a otros mundos o reinstauradas en este, dependiendo de las decisiones de Pachacámac, pues era el responsable de lo que hacían o dejaban de hacer los seres humanos, con lo que los triunfos de los seres humanos eran sus triunfos, y sus fracasos eran sus fracasos.

La última y mejor humanidad, por descontado, era la inca, los hijos del Sol, que Pachacámac había creado con la ayuda de Inti.



Pachacámac, el creador de los hombres

Mama Sara

Mama Sara era originalmente la madre de todo alimento, vegetal o animal, de la tierra o del mar, sembrado o silvestre, y sobre todo de la papa y de la coca, pero al llegar el maíz a la zona andina, probablemente de las manos de los olmecas o de los toltecas, se convirtió en la Señora del Maíz, sobre todo de las variedades exóticas o alteradas genéticamente que aún hoy en día se guardan como reliquias en lugar de servir de alimento.

Durante el Imperio inca esta diosa adquirió gran popularidad como diosa exclusiva del maíz, del cual hacían todo tipo de platos y la sagrada bebida chía que alimentaba el alma y alegraba los corazones.

El maíz, además, era una de las ofrendas favoritas de los dioses, pues su abundancia representaba la riqueza y el avance de los hombres, tanto en la alacena como en la inteligencia, porque la siembra y la cosecha del maíz era todo un arte.



Mama Sara, Señora de los alimentos

Mama Cocha

Madre del Mar, y de algunos lagos y ríos, era venerada a lo largo y ancho de la costa Inca, y muy seguida en el interior, ya que si bien era la encargada de proteger contra las tormentas y peligros del mar, asegurar una buena pesca en playas, ríos y lagos, también era la diosa del sexo y de lo femenino, aunque con el tiempo y las presiones morales se fue convirtiendo en la diosa del amor y la familia.

Mama Cocha era una de las cuatro esposas de Viracocha, junto con Pacha Mama, Mama Cocha y Mama Wira, o Mama Sara según otras versiones.

Para los incas, la familia y el linaje eran de vital importancia, y creían que todos y cada uno de los pobladores del imperio eran hijos del Sol, Inti, y de la Luna, Quilla, por vía sanguínea, y no por haberlos hecho de lodo o maíz como en otras mitologías; en otras palabras, dioses y diosas incas eran muy prolíficos y activos sexualmente, y tuvieron relaciones sexuales tanto entre ellos como con los seres humanos.

No son pocas las figuras, tanto de piedra como de metal, donde se puede ver que la sexualidad entre los incas era muy amplia y diversa, tanto, que a menudo es considerada una especie de pornografía antigua que no le pide nada a la pornografía moderna, donde la mujer tenía una participación primordial, ya que, como bien dicen los aimara: “una mujer puede vencer a cien hombres, pero un hombre a menudo no puede vencer ni a una sola mujer”.

Por supuesto, los hijos pertenecían a la familia donde nacían, y, dependiendo de la fertilidad de los padres, adquirirían uno u otro prestigio social sancionado y reconocido incluso por el estado, bajo el manto y amparo de Mama Cocha.

Dioses menores y huacas

Comparado con los panteones azteca o maya, los dioses incas son prácticamente pocos y durante siglos se veneraron solo a tres o cuatro de ellos, con la tendencia de venerar solo a uno, Viracocha.

Sin embargo, y como el monoteísmo real es casi imposible, los pobladores de los Andes y de la costa también veneraban, por miedo o por interés, a muchos otros dioses, más o menos menores, relacionados con los distintos planos de la vida y recogidos en las más curiosas y variopintas leyendas.

-Kon, Temenduaré y Arikuté, hermanos malvados de Pachacámac, que, por envidia y mala fe, se encargaban de destruir lo que su hermano creaba.

Kon era un dios preinca que el imperio convierte tanto en hijo de Inti y Quilla, como en hijo de Viracocha y hermano de Pachacámac, con señorío sobre las lluvias y el viento del sur que favorecían a las cosechas y a la pesca, pero su hermano le ganó el lugar en los cultos y rituales, robándole las ofrendas y la devoción de los pueblos.

En su ira, Kon, provocó guerras celestiales, trajo el sol abrasador y convirtió en desiertos por lo menos cuatro regiones de la costa y de las montañas, e incluso fundió algunas de las paredes de la ciudad sagrada de Tambomachay.

Las leyendas sobre Temenduaré son diversas, ya que por una parte es solo hermano de Arikuté, y no de Kon y Pachacámac; y en otras sufre el olvido de los pueblos por la vanidad de Pachacámac.

Como dios arcaico, Temenduaré es señor del día, mientras que Arikuté lo era de la noche, y cada jornada se enfrentaban dos veces, una al amanecer, y otra al anochecer. Al amanecer Temenduaré mataba a Arikuté; al atardecer Arikuté revivía y mataba a Temenduaré, en una eterna y cíclica batalla, que alargaba los

días y las noches dependiendo de las estaciones, sin que ninguno de los dos venciese del todo a pesar de lo terrible y continuo de su enfrentamiento.

Independientemente de las versiones, el día en que Temenduaré entró en cólera pateó con tal fuerza a la Tierra, que las aguas terrenales y de los cielos se derramaron con tal profusión y violencia, que todo quedó destruido por la inundación.

Temenduaré corrió a lo más alto de las montañas seguido por Arikuté, salvándose ambos de morir ahogados.

Arikuté, que también estaba enfadado y peleando, invocó a la terrible fiera de las profundidades, un monstruo marino gigantesco y de cien patas, que puso la guinda en el pastel del diluvio devorando todo lo que encontraba a su paso.

Viracocha, encarnado en Pachacámac, salvó lo que pudo, y, cuando todo volvió a la calma, recreó al mundo y a los seres humanos; luego desterró a sus hermanos de los aposentos celestiales y les degradó los poderes, quedando como dioses menores de los mares y las montañas, con la obligación de preservar a los hombres de inundaciones y terremotos.

Temenduaré y Arikuté obedecieron a regañadientes, y de vez en cuando se rebelan contra su hermano, sobre todo si los pueblos no les hacen las debidas ofrendas, porque entonces se sienten olvidados y ofendidos y provocan maremotos, terremotos, tormentas e inundaciones que ya no destruyen al mundo, porque tienen el poder degradado, pero que hacen mucho daño.

-Illapa, dios del trueno y la guerra, a menudo es relacionado con Venus como estrella del atardecer, que desde la luna y al lado de Mama Quilla, cuida de los incas para que ganen todas las batallas, ya sea por el convencimiento o por la fuerza, con lo que además Illapa es el Señor de la Diplomacia.

Para algunos Illapa es un dios menor, que vive entre el Cielo, Hanan Pacha, y la Tierra, Key Pacha, pero para otros es un huaca, o espíritu mayor, que inflama el ánimo de los guerreros en la batalla, al tiempo que agudiza sus sentidos para crear estratagemas, superar problemas y llegar a acuerdos o negociaciones si hace falta.

-Chuychú, el señor del arcoíris, así como de las cosas hermosas de la vida, como las joyas, la decoración, las artesanías, los hilados de colores y los quipus, que sirven para leer, decorar y hacer cuentas.

Por extensión y en tiempos más modernos, es patrón de la armonía, la estética, la música, los cantos y las bellas artes.

Arcaicamente era el puente que conectaba a los mundos celestial y terrenal, y sobre el que descansaban otros dioses, como Inti y Mama Quilla.

-Kuka Manka, es el espíritu o huaca de las hierbas mágicas y alucinógenas, como la coca y la ayahuasca, entre otras, y es la responsable de sus efectos positivos, curativos, mágicos o tóxicos y venenosos.

Kuka Manka conecta los mundos interiores y exteriores, eleva y altera la conciencia, permite el conocimiento de otras realidades, ayuda a viajar por otras dimensiones superando los límites del espacio y del tiempo.

Experimentar con las hierbas sagradas sin su consentimiento, según las leyendas incas, puede ser más que peligroso, ya que al hacerlo se puede perder la mente, el conocimiento y hasta la propia vida. No basta con rezarle, hay que aprender su arte.

-Chinchay, señor de los jaguares y los gatos, pero no del puma, es el huaca de la libertad y de la independencia, el que anima la inteligencia y agudiza los sentidos, el que inventa y descubre, quien pone el dedo en la llaga y denuncia y critica lo que no le parece.

La sabiduría inca cuenta que sin individuos capaces animados por Chinchay, no puede haber comunidades fuertes, ya que sin la búsqueda individual y el liderazgo, no hay progreso ni evolución en los pueblos.

-Wasikamayup, divinidad huaca o espíritu tutelar del hogar, protector de los débiles y de los enfermos, de los niños y de los abuelos, e incluso de los enseres

domésticos y en la probidad y seguridad de los alimentos.

Como otros dioses y huacas, Wasikamayuq, a través de Viracocha e Inti, estaba ligado a los metales, pero sobre todo al oro, que debía estar presente en toda casa para que esta fuera un verdadero hogar.

No se le rendían celebraciones ni ofrendas en grandes templos, porque al rendirle honores a Viracocha, su reflejo mayor, ya le tocaba su parte de devoción, porque al asistir al ritual con un collar, anillo, arete o pulsera de oro, santificaba al espíritu de Wasikamayuq, que después inundaría cada rincón de la casa con su simple presencia.

-Khaxra Kamayuq, protector contra robos y ladrones, era el huaca que evitaba los hurtos, o bien, el que castigaba a los que lo habían cometido, descubriéndolos y exhibiéndolos, tanto para que pidieran perdón y regresaran lo sustraído, como para exiliarlos y repudiarlos, pero rara vez para matarlos, ya que su alma impura no servía para contentar a los dioses con su sacrificio.

En las comunidades incas robar era el riesgo de quedarse sin nada material, e incluso sin familia, ya que nadie podía alegar pobreza para cometer tan vil acto.

“El oro que entra al Cusco, en el Cusco se queda”, por lo que ni siquiera los altos funcionarios, y mucho menos los gobernantes, gozaban de impunidad ante el delito de robo, abuso o corrupción, quien se enriquecía gracias a su esfuerzo y trabajo era loado, pero quien se enriquecía sin esfuerzo o sin motivo aparente, lo perdía todo.

-Auquis, eran los huacas o espíritus protectores de poblados enteros, una especie de policía ética o moral que cuidaba tanto de los agresores externos, como del buen comportamiento de los pobladores.

Los auquis, por tanto, eran también los señores del trabajo comunitario, de la solidaridad, de la hospitalidad, de la unión ante el peligro o ante la injusticia, y estar imbuido de su espíritu era una forma de alto prestigio social que redundaba en beneficios materiales para la comunidad entera.

-Apu Katikil y Apu Pikiru, dioses gemelos y señores de la tormenta y el granizo respectivamente, son una especie de versión menor de los hermanos malvados de Pachacámac, capaces de hacer mucho daño con sus excesos, pero no de provocar un diluvio universal ni una devastación total.

Era bueno tenerlos contentos y a menudo se les hacían ofrendas y se les ofrecían cantos y rezos, pero ellos parecían no tenerlo en cuenta, ya que eran traicioneros e imprevisibles, y a menudo descargaban su mal humor sobre los poblados a pesar de haber recibido sus regalos.

Por lo tanto, lo mejor era mantenerlos lejos y no tener trato con ellos.

-Hurkaway, dios serpiente y señor del subsuelo, acompaña a menudo a Supay en las leyendas incas y, dependiendo de las versiones, es un dios arcaico que estuvo en la creación del mundo y de los hombres, y que después cayó en desgracia en la batalla de los dioses siendo condenado a vivir en las cuevas y la maleza arrastrándose siempre; o bien es un poderoso espíritu conocedor de los secretos y de la magia, capaz de curar o de matar con sus conjuros, sabio y despiadado, inteligente, pero sin corazón, que mira a la humanidad con desprecio, porque la considera torpe e ignorante.

De una o de otra manera es un ser en el que no se puede confiar por más que pueda enseñar ciencias y tecnologías, magia o conocimientos increíbles, porque está marcado por las sombras de la traición y la venganza, y puede llevar a la locura o a la destrucción total a una sola persona o a un pueblo entero.

-Supay, señor de los muertos y monarca del infierno, podía ser benevolente con los vivos de su agrado y con los que tenían una muerte digna, pero era terrible y malvado con el resto, tanto en el mundo inferior como en el mundo terrenal y actual, porque podía inclinar la balanza de la mala suerte con solo pensarlo.

Supay era cruel y se burlaba de los sufrimientos ajenos, de las creencias y hasta de los conocimientos, porque lo ponía todo en duda, y era capaz de cambiar las ideas y los pensamientos, haciendo del hombre santo un malvado, y de un

hombre sabio un loco sin conciencia ni conocimiento.

Uku Pacha, el inframundo, era su hogar natural, pero podía ir y venir de la Tierra al Cielo cuando se le antojara, extendiendo un manto de terror y desazón por donde pasaba, recordándole a todos y cada uno, dioses o humanos, que estaban siempre bajo la amenaza de la destrucción, la desaparición y la muerte, con lo que cualquier cosa que creyeran hermosa o segura, podía desaparecer en un instante y para siempre, frustrando todos los sueños y los planes de los dioses y los hombres.



Supay, amo y señor del inframundo

Supay también fue creador de hombres, pero le salieron a su imagen y semejanza convirtiéndose con el tiempo en terribles demonios de las profundidades, de los caminos, de las montañas, de las aguas, de la selva y de las cuevas.

Los españoles lo asimilaron con sus diablos, demonios, ángeles caídos y seres de cuernos y patas de cabra, pero en las tradiciones y leyendas andinas Supay también aparece como huaca de la buena suerte, del amor sexual o del enamoramiento, de la trasgresión y de la aventura, de los excesos y de la diversión que no se toma la vida en serio, porque la vida es pasajera y nada seria. Muchos de los cantos dedicados a Supay van en este sentido irreverente, molestos tanto para el Imperio inca como para sus sucesores católicos.

No faltan los sincretismos afroamericanos que lo asimilan en la actualidad con la santa muerte, de la misma manera que en el pasado fue asimilado con Satanás.

-Cuatequile, poderoso dios del oráculo y los vaticinios, así como del rayo y del relámpago, es el huaca que sabe lo que fue, lo que es y lo que será, el que lleva las cuentas del continuo espacio tiempo.

Cuatequile tuvo dos hijos tras convertirse en huevo durante la batalla de los dioses y ser lanzado sobre un estercolero de Pacha Mama, Apu Katikil y Apu Pikiru, venerados por unos y despreciados por otros, porque la tormenta arrastraba la tierra y el granizo destruía las cosechas, pero también preparaban y limpiaban el campo para nuevos ciclos de fertilidad.

“No quieras saber más de lo que puedes soportar”, aconseja Cuatequile, porque a menudo saber el porvenir nos lleva a caer en el error, en lugar de buscar y conseguir una solución que transforme el futuro.

No es un dios creador, pero sabe de primera mano cómo se formaron las estrellas, la Tierra y los seres humanos, de la misma manera que sabe cómo será el final de los finales, porque futuros hay muchos.

-Huallayo Carhuanchu, dios del fuego maligno, o de los incendios, fue un huaca muy temido, porque también representaba al desierto y a las sequías. Por eso las ofrendas que se le hacían eran de agua o depositadas frente a los manantiales o las fuentes, que tanto los incas como los preincas construían y diseñaban con gran pericia tecnológica.

No falta quien lo relacione con el fuego de las teas o de la cocina, o con una especie de Prometeo menor y arcaico que enseñó el uso del fuego a los hombres, sobre todo a los primeros humanos creados por Pachacámac, que se morían de frío y hambre por no saber usar el fuego y por el abandono de su creador, que no los ayudaba, pero que los mataba si no cumplían con sus designios.

Huallayo ayudó a los hombres, y Pachacámac lo degradó de dios a simple huaca.

-Wari, dios gigante de la guerra referido a la cultura andina del mismo nombre, fue creador de una raza de gigantes, hombres poderosos que no perdían una sola batalla, pero que eran demasiado brutos y torpes, tanto, que se exterminaron entre ellos mismos. Los pocos que quedaron se juntaron con otras etnias, perdiendo todas cualidades para la lucha, y ganando la habilidad para la construcción.

“Los hombres muy altos no se acomodan bien a esta tierra”, reza una canción andina, “por eso con sus cuerpos se hicieron las montañas y las piedras”.

-Amaru, la serpiente con cola de pez, cara de llama y alas de cóndor, creó a sus propias razas de humanos, primero a una gigante que tuvo que aniquilar, y luego al pueblo que lleva su nombre, los aimara, y que aún habita en las proximidades del lago Titicaca y le rinde culto en Tiahuanaco.

Amaru fue degradado en la religión oficial inca, de dios creador, a simple mensajero de los dioses que recorría los tres mundos, celestial, terrenal e inframundo, para cumplir con su cometido.

En este sentido inspiraba las cabezas de los hombres para que recibieran las

órdenes y designios de los dioses, pero también para que fueran más inteligentes y creativos, educándoles y enseñándoles artes y ciencias.

La creación de la humanidad inca o solar

A diferencia de otras, la mitología inca tiene versiones de todo tipo para explicar la aparición del ser humano sobre la Tierra, tanto por la diversidad de culturas que la alimentan, como por los periodos inca y preinca, donde la creación de la humanidad era prerrogativa de Viracocha, o bien de Pachacámac, como reflejo material de Viracocha sobre la Tierra o mundo actual, Kay Hanan.

Una de las leyendas nos habla de una creación de la humanidad casi forzada, por un Pachacámac negligente y violento, que crea a una pareja de humanos y los abandona a su suerte.

La mujer, triste, sola y a punto de morir, se entrega a Inti, el señor solar, y queda embarazada. Protegida por Inti tiene a su hijo, pero Pachacámac, celoso y dolido, mata al bebé y la posee para que tenga a otro hijo, al que llamará Vichama, de sangre divina y destinado a lo más alto.

Pero Vichama sale rebelde y poco familiar, y en cuanto puede abandona a Pachacámac y a su madre, para recorrer el mundo por sus propios medios. Pachacámac, encolerizado, mata a la madre de Vichama y se olvida del muchacho.

Cuando Vichama se entera de la muerte de su madre, recurre a Inti y le pide que la reviva, cosa que Inti hace con gusto y la vuelve a preñar, pero esta vez para que ponga tres grandes huevos:

Uno de oro.

Uno de plata.

Y uno de bronce, o de cobre.

Del huevo de oro nacen los nobles, los sacerdotes, los grandes guerreros, los sabios y todo aquel que puede ser llamado a gobernar a los pueblos.

Del huevo de plata nacen principalmente las mujeres bellas y fértiles, las que pueden acompañar, servir y satisfacer a los nobles y a su séquito, pero también nacen consejeros y funcionarios intermedios, servidores de las cortes y mujeres del harem, o sacerdotisas de los templos.

Del huevo de cobre, o bronce, nacen los plebeyos, hombres y mujeres, ricos y pobres, fuertes y débiles, obreros, artesanos y sirvientes.

Todos son hijos de Inti, ni uno solo es de otra simiente. Vichama los gobierna y su madre los protege.

Unas versiones cuentan que Viracocha, junto a sus malvados hermanos, destruyó a esta humanidad en el diluvio universal, para crear otra a su gusto.

Otras relatan que esta fue la humanidad definitiva, que por eso lleva ese nombre, Inca, y que es la misma que hoy habita los Andes y las costas desde Colombia hasta el norte de Chile y Argentina.

Viracocha, el creador primario y padre de los dioses, castiga a Pachacámac obligándolo a responsabilizarse de la humanidad entera, asumiendo los triunfos y fracasos de los hombres como si fueran suyos.

La dos humanidades de Viracocha

Tras crear a las estrellas y a los dioses, Viracocha creó los tres mundos, Pacha Hanan, el celestial, Kay Pacha, el terrestre, y Uku Pacha, el inframundo.

El primero fue creado para que ahí gozaran y residieran los dioses y las almas elevadas.

El segundo fue creado para que existiera lo natural, y los seres supeditados a la vida y la muerte.

El tercero fue creado para castigar a los enemigos.

Viracocha recorrió sus mundos, y vio que al Kay Pacha le faltaba algo, así que decidió crear a los hombres mandado a cuatro dioses con sus cuatro esposas para que hicieran el trabajo.

Los cuatro dioses con sus cuatro esposas entraron en conflicto, porque los tres más débiles con sus tres esposas codiciosas, envidiaban al más fuerte que tenía además a la mejor esposa.

Los tres dioses con sus tres esposas le hicieron la guerra, pero terminaron vencidos tras terribles batallas, teniendo que refugiarse en los montes, en las cuevas y en las aguas, temerosos de que su propia devastación los alcanzara y destruyera.

El dios triunfante, con su esposa, o colla, finalmente creó sobre Pacha Mama a la humanidad, sujetos a Kay Pacha, es decir, al mundo actúa, natural y terrestre donde les esperaban la vida y la muerte.

Esta fue la primera humanidad, con hombres y mujeres casi divinos, fuertes y resistentes, pero sin más luz que la de las lejanas estrellas, y con un mundo convulso y primitivo, que terminó aniquilándolos, ya fuera con volcanes y terremotos, o con diluvios e inundaciones. Solo dos hombres y una mujer quedaron con vida.

Entonces Viracocha vio su error, y creó al sol, Inti, y a la luna, Quilla, para que iluminaran al mundo y le dieran fertilidad a los supervivientes.

Inti y Quilla tuvieron dos hijos, Manco Cápac y Mama Ocllo, y los mandaron a la Tierra para que aumentaran la población y encontraran un lugar de asiento para sus nietos, que resultó ser una isla en medio del lago Titicaca; Manco Cápac se casó con su hermana, Mama Ocllo, y tuvieron muchos hijos que se mezclaron con los hijos de los hombres, enseñándoles y amándolos, y así se esparcieron por las montañas y las costas los seres creados como segunda humanidad, con sangre terrestre y sangre divina, que es la que prevalece hasta nuestros días.

Todos los que vinieron después o estuvieron antes, no son incas.

Ñau Papacha, y el mundo viejo

Primero el caos.

Después el orden.

Primero el orden.

Después el caos.

Los ciclos se cumplen sin presencia ni conciencia.

La existencia comienza con Ñau Papacha, el viejo hacedor, que brota de las estrellas.

Ñau Papacha no tiene forma.

En nada se parece al mundo nuevo.

En nada se parece a los dioses.

En nada se parece a los hombres.

Ñau Papacha es, pero no se le ve.

De Ñau Papacha emanan los dioses.

El mundo viejo es oscuro y deforme.

Todo es caos de fuego y agua, de volcanes y nubes negras, de relámpagos y explosiones.

Ñau Papacha pone orden en el Mundo Viejo y lo llena de vida.

Se hace la luz y se hace la noche.

Las nubes negras se alejan, el aire se refresca.

Al principio solo hay plantas sin flores.

Luego los peces.

Grandes animales dominan el horizonte.

Las aguas y las montañas cambian de curso y de forma.

Por fin el puma dorado y el oscuro jaguar dominan la tierra.

El último animal en poblar la tierra es el hombre, y es grato a los dioses.

El hombre no habla, aúlla en los árboles y se esconde en los bosques.

El hombre no sabe nada, pero es curioso y aprende rápido.

Ñau Papacha trae de los cielos a otros hombres para que enseñen a hablar a los hombres del mundo viejo.

Los de las estrellas tienen solo tres dedos, pero son hábiles y diligentes maestros de los hombres de cinco dedos.

Los del cielo son como pequeños dioses de grandes y alargadas cabezas, pero pueden procrear con los hombres del viejo mundo.

Las tierras se mueven, las aguas cambian de rumbo.

Los grandes fríos se suceden tras las largas lluvias y las largas sequías.

El caos y el orden se suceden igualmente.

Los del cielo y los de la Tierra ya son una misma cosa, una misma humanidad que habita el mundo viejo.

Otros dioses crean a otros hombres, gigantes y enanos, de ojos grandes o de ojos pequeños, con distintas formas y distintas pieles, pero todos se pueden mezclar, como los canes.

Hay guerras y muertes.

Muchos huyen y se esconden, y se apartan de los otros pues no quieren guerra.

Ñau Papacha ve cómo crecen y se desarrollan, aprenden pronto.

Someten a la Tierra y a las fieras, vuelan y corren por todo el campo y sobre los montes, sus ciudades crecen y son bellas, la guerra se aparta.

El orden triunfa sobre el caos.

Hay hombres sabios y hombres nobles, pero también hay hombres que se creen dioses, y dioses que conviven con los hombres tomándolos por sus iguales, pero no lo son, y tras un largo periodo de orden vuelve el caos y la guerra en los cielos y en la Tierra, la devastación es terrible y enorme.

Pocos se salvan escondidos en las cuevas o en la selva, incluso en las casas de los dioses que los acogen.

Las armas fundieron las piedras y crearon desiertos, el mundo viejo murió, había que crear un mundo nuevo.

Nuevos dioses mucho antes del diluvio.

Nuevos hombres, nuevos pueblos.

Los nuevos hombres se juntaron con los viejos que sobrevivieron.

Los nuevos no eran tan inteligentes como los primeros, aprendían lento por más que los hombres del mundo viejo les enseñaran muchos secretos.

Se caminó hacia atrás en lugar de ir hacia adelante.

Cada nueva camada parecía aún más torpe que la anterior, y caía en los mismos errores, pero sin poder para destruir de nuevo al mundo.

Ñau Papacha no intervino antes, ni ahora ni después en el devenir de los hombres y los dioses, simplemente creo lo primigenio para que de ello brotara lo que tuviera que brotar.

Ñau Papacha se alejó del mundo nuevo para siempre, no tenía lugar en el nuevo orden donde se apreciaba la forma y a los nuevos dioses por encima de la sabiduría.

Ñau Papacha los dejó tranquilos y en orden, sin caos, que ya vendría como había venido siempre.

Del viejo mundo y de Ñau Papacha muy pocos se acuerdan, y menos aun lo comprenden. No entienden su sabiduría, y creen que simplemente es frío e indiferente, porque no pelea ni ambiciona, y tampoco se defiende, dejando que todo pase y sea como tiene que ser.

Para Ñau Papacha no hay verdad ni mentira, y a pesar de todo siempre está presente en todas las almas y en todas las cosas, porque él es el viejo hacedor, el que creó las semillas y regó la simiente de lo que se compone todo, absolutamente todo, tanto en la vida como en la muerte, así como en lo de arriba y en lo de abajo, en lo que se ve, en lo que no se ve, en lo que se siente y en lo que no se siente.

Hubo un mundo viejo que se ha olvidado, con una humanidad primigenia que forma parte del resto de humanidades.

Las tres razas

Cuenta una vieja leyenda que los hijos de Inti, el Sol, son blancos y dorados, destinados a iluminar y a gobernar el mundo.

Que los hijos de Pacha Mama, la Tierra son bronceados o cobrizos, destinados a servir, sembrar y construir el mundo.

Y que los hijos de Mama Quilla, la Luna, son pálidos o amarillos, destinados a sentir, a pensar y a conmover al mundo.

De estas tres razas derivan todas las demás, porque son compatibles para procrear a pesar de sus diferentes rasgos y formas.

Inti creó a los suyos de oro y poder en sus aposentos solares, para bajarlos luego a la Tierra para que la dominaran y gobernarán. Pero no hizo muchos, solo unos pocos, para que no se pelearan entre ellos, y en la inteligencia de que no todos

pueden mandar y que siempre tiene que haber quien obedezca.

Pacha Mama creó a los suyos con los elementos de la Tierra, duros y resistentes, hábiles y ágiles, pero sin mucha cabeza, en la inteligencia de que no se pelearan entre ellos, que obedecieran y cooperaran unos con otros en los trabajos, en la familia, en las alegrías y en las penas.

Mama Quilla creó a los suyos en la Luna, y les dio amor, sexualidad, emociones, sentimientos y sensibilidad. Los cuidó y los enseñó en sus aposentos, como el Inca cuida a la llama, hasta que los consideró preparados para vivir en la Tierra, y en la inteligencia de que armonizarían y darían belleza y sentido al mundo entero.

Nadie sabe cuál fue la primera raza en pisar la Tierra, en subir a las montañas, adentrarse en la selva y navegar por las aguas, pero muchos apuestan por los hijos de Pacha Mama, que han estado desde el principio y han logrado sobrevivir a todas las destrucciones y tragedias, reconstruyendo lo destruido, aprendiendo de las nuevas razas y mezclándose con ellas de una o de otra manera.

Los segundos serían los hijos de Mama Quilla, que han perecido varias veces porque son los más sensibles y débiles, si bien han utilizado otras estrategias para sobrevivir a las inundaciones, sequías y temblores, como la magia y el amor, los milagros de los dioses y la sabiduría de sus almas.

Los últimos serían los hijos de Inti, poderosos, ambiciosos y guerreros, que aparecieron tarde en el mundo, pero que lo han dirigido y gobernado desde su aparición hasta el momento presente. No han padecido ninguna destrucción del mundo y a menudo se creen eternos, lo que les ha llevado a destruir muchas cosas, pero no el todo, porque a pesar de que los demás les obedecen, saben que son minoría y que pueden ser borrados de la faz de la Tierra de un instante a otro.

Entre medio han bajado los dioses y han tenido descendencia con las tres razas, destruyendo al mundo y sus avances varias veces, ya por odio a la humanidad, por accidente o por pelear entre ellos; pero hace tiempo que no bajan y solo vigilan el Kay Pacha, o mundo actual, desde el Hanan Pacha, el hogar de los dioses y de las almas elevadas.

Quedan los habitantes de Uku Pacha, el inframundo, donde habitan los dioses vencidos junto con los demonios y se amontonan los muertos.

Algunos de ellos, muy pocos e hijos de Supay, también se han mezclado con los hombres y han formado sus linajes terribles, viviendo a la sombra del mal y alimentándose del horror y del miedo.

Los hombres de hoy, incluso los que se esconden en la selva, las montañas, los hielos o el desierto, son el resultado de la creación y procreación de las tres razas, de los dioses y de los demonios, todos tenemos en nuestro interior un poco de ellos, desde sus acciones hasta sus emociones, y desde sus deseos hasta sus recuerdos, viviendo entre el sueño y la realidad de que somos los mejores o los primeros.

III: Mitos y leyendas incas

*El lenguaje de las leyendas
es como el lenguaje de las estrellas,
por eso a menudo se disfruta y se siente,
pero en realidad su esencia
no llega a comprenderse.*

Hoy, como ayer, y quizá como siempre, los mitos y las leyendas dicen mucho más en esencia que lo que parecen decir abiertamente, sobre todo en un laberinto como el de la mitología inca donde el tiempo y el espacio se tropiezan por la extensión y diversidad de pueblos, así como por los dos grandes sincretismos que ha sufrido la cultura andina: el Imperio inca y la Iglesia católica.

No faltan sincretismos menores, como los de los esoteristas, amantes de lo alienígena, teósofos, rosacruces y aficionados y creyentes de diversas tendencias, cultos e ideologías.

Muchos de los descubrimientos arqueológicos en lugar de aclarar las cosas las han envuelto en nuevos misterios, dando lugar a nuevas interpretaciones, mitos y leyendas que se han sumado a las ya existentes.

Hay leyendas antiguas perdidas en las sombras de los tiempos, preincaicas, incas, católicas y muy modernas que intentan enlazar con las más antiguas, interpretando y reinterpretando lo olvidado, lo desconocido y lo misterioso.

Hay leyendas sencillas y primitivas, simbólicas y metafóricas, pero también las hay refinadas e intencionadas, e incluso las hay completamente absurdas basadas en el desconocimiento, que mezclan una cosa con la otra sin el menor respeto a la tradición, porque la verdad y la realidad, aunque a menudo se encuentran

inscritas entre líneas de los textos de las leyendas, no suelen tener lugar en el mundo de los mitos, y cualquiera puede inventarse una o varias leyendas, tanto en la antigüedad como en este mismo momento. Los laberintos y chinkanas de la mitología inca dan para eso y para más.

Por lo tanto, hay leyendas sobre la creación, el amor y el sexo, la envidia y la traición, la enseñanza moral, los gobernantes y dioses, la gente común, el miedo y los demonios, la tragedia y la pasión, recogidas por nobles plumas, inventadas por grupos esotéricos, algunas absurdas y contrarias a la razón, a la cronología o a la geografía, otras con claros referentes históricos y apegadas al tiempo y al espacio, y sin más libro sagrado que la memoria o la supuesta interpretación docta de una imagen, de unas construcciones o de un quipu.

Los hermanos Ayar

Esta leyenda cuenta que, luego del gran diluvio que devastó a los pueblos, el dios Viracocha, mandó a que salieran de la cueva de Paucartambo, ubicada en el cerro Tampu Tococo, cuatro hermanos varones y sus cuatro collas, o esposas:

Ayar Cachi y Mama Huaco.

Ayar Uchu y Mama Ipacura.

Ayar Auca y Mama Rahue.

Ayar Manco y Mama Ocllo.

Estos hermanos, al ver el estado deplorable de las tierras y la pobreza de los hombres, decidieron recorrer el territorio en busca de tierras fértiles donde pudieran asentarse, y junto a los miembros de 10 ayllus (familias humanas sobrevivientes al diluvio) anduvieron en dirección sureste.

Ayar Cachi, hombre fuerte y valiente, ocasionó la envidia de sus hermanos, quienes decidieron matarlo, y, con engaños, lo persuadieron para que volviera a las cuevas de Pacarina.

Cuando Ayar Cachi retornó a las cuevas del origen en el cerro Tampu Tococo, el criado traidor que lo acompañaba lo empujó dentro y colocó una gran piedra en la entrada para que Ayar Cachi no pudiera salir más.

Los otros hermanos continuaron con su búsqueda seguidos por las ayllus, y llegaron al cerro Huancara, en ese lugar encontraron un ídolo de piedra del mismo nombre. Llenos de respeto y temor ante el ídolo, ingresaron al lugar donde se le adoraba.

Ayar Uchu no quiso mostrar debilidad ni sumisión, y saltó a las espaldas de la estatua, quedando petrificado y convirtiéndose en parte de la escultura.

Sus hermanos prosiguieron el camino y en su memoria hicieron que se celebrara la ceremonia del Huarachico, o iniciación de los jóvenes a la edad adulta.

En la pampa del sol, Ayar Auca, desesperado por no encontrar tierra fértil, maldijo a Viracocha y fue convertido en piedra.

Ayar Manco, apesadumbrado, redimido por Inti y acompañado de las cuatro collas, llegó finalmente al Cusco, donde al apoyar su vara esta se hundió, siendo señal de que aquella tierra era fértil; emocionados con el descubrimiento del lugar, decidieron fundar ahí mismo una ciudad en honor a Viracocha, el Hacedor, y a Inti, el dios Sol que los guiaba en el camino.

Con el tiempo esta sería la capital del Imperio inca del Tahuantinsuyo, la Gran Ciudad Sagrada del Cusco.

Esta leyenda fue recogida y anotada por el explorador y cronista de Pizarro, Juan de Betanzos, quien además de vivir y participar en la conquista del Perú, se casó con una noble Inca y tuvo acceso a muchas costumbres, mitos y leyendas incas de primera mano.

El Mundo Interior de Supay

Muchas de las cosas que se cuentan de Supay son falsas, puro desprestigio por parte de los hombres malvados y codiciosos que vinieron a arruinar el imperio, suplantando historias y dioses, para quedarse con nuestras tierras, nuestro oro y, sobre todo, nuestras almas.

El inca que encontraron e impusieron era un inca falso, porque los verdaderos señores incas huyeron al reino de Supay llevándose sus conocimientos y sus secretos, y les dejaron el oro a los intrusos, para que se revolcaran en él como los chanchos se revuelcan en el lodo de los desechos.

El mundo interior de Supay no es ningún infierno.

El mundo interior de Supay no es un inframundo ni un mundo menor.

Es cierto que Supay fue un dios rebelde y que sufrió una derrota en la Batalla de los Cielos, pero no es cierto que sea un demonio.

La mala reputación le conviene, porque así son muy pocos los que se acercan a su territorio.

Solo los que saben y conocen quieren llegar a él.

El mundo de Supay es grande y maravilloso, con un sol interior que no se apaga nunca, grandes ciudades, aire puro, mucha vegetación y alimento de sobra.

La gente del mundo de Supay se pasea por Kay Pacha cuando quiere, y sabe cómo llegar a Hanan Pacha.

La gente de Uku Pacha, reino de Supay, no adora a los dioses porque los dioses son sus hermanos mayores, ni sus superiores.

La vida es larga en Uku Pacha, y la muerte solo una ilusión pasajera entre el antes y el después de la existencia.

Quien sabe y conoce esta leyenda, tiene un paso adelante para llegar hasta Uku Pacha y disfrutar del despertar al lado del espíritu amoroso de Supay.

Lo curioso de esta leyenda es que me la contó un Pastor evangelista nacido en Perú y criado en California, Edy Ortiz, que fue músico en la banda de Jorge Malo Santana, hermano de Carlos Santana, y trotamundos politoxicómano hasta que se sintió llamado por el dios judeocristiano, al que sigue y sirve por caminos muy distintos a los que se supone debe ser su religión. Por supuesto, es un enamorado de la cultura y de la mitología inca.

El Manco Cápac y la Mama Ocllo de Garcilaso

Inti, el dios Sol, al ver la tristeza en la que estaban sumidos los hombres de la tierra, creó una pareja, Manco Cápac el varón y su esposa y hermana Mama Ocllo.

Les dio un cetro o bastón de oro, les ordenó civilizar el mundo y fundar un Imperio que rindiera culto a Inti, el Sol.

Entonces Manco Cápac y Mama Ocllo emergieron de las aguas del Lago Titicaca, dirigiéndose hacia el norte.

El cetro de oro se hundiría hasta desaparecer en el lugar ideal para la fundación del Imperio.

LA FLORIDA DEL YNCA.

HISTORIA DEL ADELANTA-
do Hernando de Soto, Gouvernador y capi-
tan general del Reyno de la Florida, y de
otros heroicos caualleros Españoles è
Indios; escrita por el Ynca Garcilasso
de la Vega, capitan de su Magestad,
natural de la gran ciudad del Coz-
co, cabeça de los Reynos y
prouincias del Peru.

*Dirigida al serenissimo Principe, Duque
de Bragança. &c.*



Con licencia de la Santa Inquisición.

EN LISBONA.

Impresso por Pedro Crasbeeck.

AÑO 1605.

Con privilegio Real.

Portada de La Florida del Inca del Inca Garcilaso de la Vega

Decidieron marchar por separado, Manco Cápac fue al norte, y Mama Ocllo al sur del valle, convocando y sometiendo a las personas en su recorrido; los habitantes del valle de inmediato los reconocieron como seres divinos.

Luego de mucho recorrido, el cetro se hundió en el cerro Huancara.

En ese lugar se establecería el impero de los incas.

Manco Cápac y los que lo seguían se instalaron en la parte alta del valle, que pasó a llamarse Hanan Cusco; y Mama Ocllo colocó a los suyos en la parte baja del valle por lo que se llamó Hurin Cusco.

Manco Cápac enseñó a los hombres a cultivar la tierra, sembrar maíz, hacer canales de riego y construir sus casas.

Mama Ocllo enseñó a las mujeres a hilar y tejer para hacer vestidos de lana y algodón.

Esta sencilla versión de la tradicional leyenda de la fundación de Cusco, la recogió Gómez Suárez de Figueroa, mejor conocido como el Inca Garcilaso de la Vega, porque nació en Perú a un año de haberse iniciado la Conquista, y vivió en ambos mundos, el castellano y el inca. Buena parte de su existencia y su formación académica, hasta los 21 años, la realizó en Perú, lo que marcaría el resto de su vida y de su obra, realizada en España, influenciado y siendo parte del Siglo de Oro español.

El bastón de piedra

Cuando bajaron los dioses a la Tierra vieron que había mucho por hacer.

Los hombres pasaban hambre y frío.

Los hombres se mataban unos a otros por un trozo de carroña.

Los hombres gemían y chillaban como bestias.

Los hombres procreaban, pero no tenían amor entre ellos ni por sus crías.

Los hombres no sabían sembrar las semillas.

Los hombres no sabían qué hacer con la papa.

Los hombres vivían en enemistad con los animales.

Los hombres no sabían levantar una casa.

Los hombres deambulaban sin saber dónde ir ni dónde asentarse.

Los hombres no sabían cruzar un río ni subir una montaña, y muchos de ellos morían ante la más mínima catástrofe.

Los hombres no sabían nada y le temían a todo, al sol, a la luna, a las estrellas, al rayo, a la tormenta, a los volcanes, al viento, al frío, a la sequía, a la noche y a las bestias.

Sin embargo, algo había en los hombres que despertaba la compasión de los dioses, y por eso decidieron ayudarles y enseñarles.

Por fuera hombres y dioses se parecían, pero por dentro no eran nada iguales.

Los dioses se juntaron con las hembras de los hombres y ellas tuvieron como hijos a gigantes, enanos, bobos y cabezones, pero de vez en cuando parían hombres mejores, más parecidos por dentro a los dioses.

Los hijos de los dioses fueron jefes, formaron grupos, sembraron y cosecharon, cazaron y comprendieron el movimiento de las estrellas, trabajaron la roca y escarbaron en la montaña, conocieron el poder del fuego y el valor de los metales, fundaron ciudades y domesticaron animales, pero seguían siendo violentos y amantes del conflicto y de la guerra.

Los dioses, en lugar de mejorar, se contagiaron de la ambición y la violencia de los hombres, y como tenían bastones de piedra que emitían relámpagos y movían y fundían las grandes rocas, sus batallas fueron peores que las de los hombres, y sobrevino la desgracia y la devastación. Hasta los grandes lagartos que convivían con los hombres murieron, y donde hubo vergeles crecieron desiertos.

Las montañas se alzaron y las aguas retrocedieron. Todo fue caos.

Cuando volvió la paz a los dioses solo les quedaban dos bastones de piedra.

Los pocos hombres que se salvaron quedaron dolidos y confundidos, y casi tan salvajes como los habían encontrado los dioses.

Los dioses se sintieron fracasados y decidieron retirarse.

Subieron a la montaña más alta de los Andes, al norte de lo que ahora se llama Argentina, y con uno de los bastones abrieron una puerta. Unos dicen que la puerta llevaba a las estrellas, otros dicen que era el paso hacia el mundo interior, donde los dioses y los hombres habían progresado juntos y sin guerras, construyendo un sol interno que iluminaba sus grandes y hermosas ciudades.

El otro bastón lo clavaron en las entrañas de la montaña, para que aquel que lo encontrara pudiera usarlo como la llave que abre la puerta a los aposentos de los dioses y a la vida plena.

Dicen que se fueron tristes, llevando a algunos hombres buenos con ellos, y con la esperanza de que la humanidad progresara y un día encontrara el bastón de piedra que los reuniera de nuevo con los dioses.

La leyenda cayó en el olvido durante miles de generaciones, y solo los elegidos la conocían y la guardaban en secreto.

Los grandes señores incas, como hijos de los dioses, conocían la leyenda, y en cuanto llegaron los conquistadores corrieron a desenterrar el bastón de piedra para abandonar el abrazo de Pacha Mama y subir al Hanan. Algunos lograron abrir la puerta y pasar por ella, pero otros pelearon entre sí para ver quién pasaba primero, y el bastón se partió en dos y se volvió a hundir en las entrañas de la montaña.

Al romperse el bastón salieron rayos y muchos de los que querían escapar

murieron como fundidos y de ellos no quedaron ni los huesos ni los pelos. Los que no cayeron fulminados lloraron amargamente su imposibilidad de volver a abrir la puerta, pues solo encontraron una mitad del bastón, y con ella no pudieron hacer nada, así que la dejaron por ahí, semi enterrada, y se dispersaron por la pampa, la selva y las montañas, incapaces de contener al nuevo invasor, y sintiendo la culpa de haber sido ellos mismos invasores en otros tiempos.

Desde entonces son muchos los líderes y sabios que han buscado la otra mitad del bastón, que se convertirá en uno solo cuando las dos mitades estén cerca de nuevo, y con él se podrán lanzar rayos, fundir y levantar grandes rocas, y, sobre todo, abrir la puerta que lleva al mundo interior o a los aposentos de los dioses, o quizá a ambos lados del universo, pero hasta el momento solo una mitad ha sido encontrada, y la otra mitad continúa perdida y enterrada en las entrañas de la montaña más alta del norte de lo que hoy se llama Argentina, y que fue territorio inca hace mucho tiempo.

La persona que me contó esta leyenda vive en Ecuador, pero su cargo de catedrático universitario le aconseja el anonimato. Me aseguró, no obstante, que la leyenda es muy antigua, preinca, y que se pueden encontrar referencias de ella en las redes sociales o en las páginas de las redes informáticas, y que una de las mitades del bastón de piedra, que ya ha sido encontrada, está siendo estudiada al tiempo que se busca sin descanso la otra parte. Los viejos mitos también desvelan a la ciencia.

Los dioses invasores

El pueblo de Amaru vivía tranquilo y en armonía con las aguas de los ríos y el gran lago, Titicaca.

Sus antepasados habían fundado la ciudad de Tiahuanaco hacía mucho tiempo, tanto que ya lo habían olvidado, y habían venido a menos porque

comprendieron que el desarrollo y el progreso también traen ambiciones, codicias, conflictos, guerras, traiciones, venganzas, envidias y destrucción.

El pueblo de Amaru vivía sin vanidad.

Algunos de sus antepasados habían sido gigantes poderosos que dominaron a otros pueblos hacía mucho tiempo, tanto que ya lo habían olvidado, y habían renegado del poder porque este lleva siempre a la vanidad, el orgullo y la soberbia, y con ello a la ceguera del alma que hace creerse dioses a los simples humanos, y que siempre acaba mal porque la muerte no perdona a nadie.

El pueblo de Amaru vivía de forma natural, sin comer de más ni de menos, porque habían aprendido que los excesos y las carencias enferman el cuerpo y el alma, y que el equilibrio les permitía llegar sanos a la vejez.

Todo estaba en orden, alegría y tranquilidad.

Entonces vinieron ellos.

Emergieron de nuestro lago como si vivieran en sus profundidades o como si hubieran caído del cielo en su centro.

Dijeron que eran dioses, hijos del Sol, y eran tales sus maravillas y sus conocimientos, que les creímos.

Dijeron que nuestro antiguo Viracocha, el que encabeza la puerta solar de Tiahuanaco, y del que no sabíamos ni recordábamos nada, era el padre del Sol y hacedor de todas las cosas, y les creímos.

Nos sometieron con la palabra y sin guerra ni miedo.

Nos enseñaron sus conocimientos y nos dieron llamas y alpacas, oro y coca, papa y maíz, a cambio de nuestros trabajos y tributos, y pasados unos ciclos ya éramos hijos del Sol, de menor linaje que ellos, pero valiosos como el cobre.

Desde entonces cantamos sus cantares y adoramos a sus dioses, pero en realidad no olvidamos quiénes somos y dónde estamos, porque aunque tarde hemos comprendido que nos invadieron y nos engañaron con el oro, porque nosotros ya éramos quienes somos y vivíamos bien y contentos sin obedecer a nadie y sin pagar tributos, bajo las alas protectoras de Amaru, que nos lo dio

todo y nunca nos pidió ni exigió nada a cambio.



Aimaras de ayer y hoy

Dicen que Manco Cápac nos enseñó a sembrar, cuando nosotros ya recogíamos los frutos y pescábamos lo suficiente para no tener hambre.

Dicen que Mama Ocllo enseñó a tejer y a cocinar a nuestras mujeres, pero ellas ya sabían trenzar y preparar los alimentos frescos o con el fuego.

Cuando ellos llegaron nosotros ya sabíamos cruzar las grandes aguas en nuestras naves de encordado, y habíamos recorrido muchas tierras conociendo otra gente y otros pueblos.

Pero les creímos y nos sometieron.

Destruyeron muchas ciudades y las volvieron a erigir para decir que las habían hecho ellos; movieron pueblos de un territorio a otro para decir que crecían y conquistaban nuevos centros; usaban la palabra para convencer, pero los que no se convencían, como los chancas, eran masacrados y expulsados a la selva y a las cuevas; someterse o morir, y nos sometieron.

Luego vinieron invasores peores y sometieron a los que nos sometieron, entonces todo fue crueldad y dolor, pero nosotros sobrevivimos y aquí estamos, bajo la protección de Amaru que no nos pide nada a cambio.

Esta leyenda, que me llegó de Bolivia, no guarda muy buena relación anímica con el Perú de hoy ni con el Imperio inca de ayer, por lo que en origen era mucho más bélica y quejosa de lo que he transcrito.

La conquista, venga de quien venga, siempre deja rescoldos y desagradados, y en más de una leyenda andina el Imperio inca no queda muy bien parado, como tampoco lo queda la conquista española.

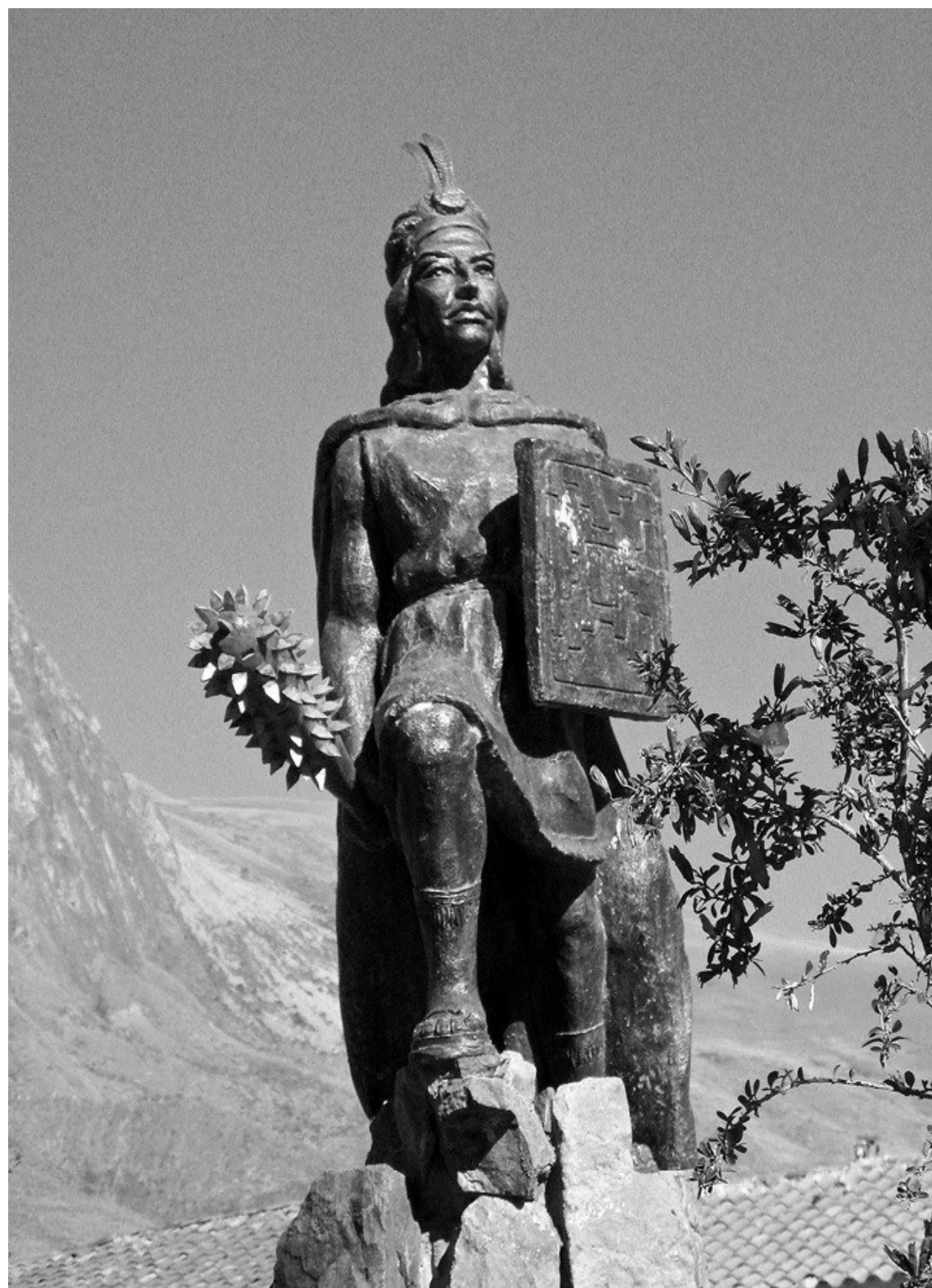
El romance de Ollantay

Ollantay era un prestigioso militar y general inca, defensor del imperio, aguerrido conquistador, de gran presencia física y fuerte personalidad de líder, que tuvo la mala suerte de enamorarse de la hija del inca Pachacútec, señor de las Cuatro Provincias, que soñaba expandir su reinado sobre toda la faz de Pacha Mama.

La princesa no veía con malos ojos a Ollantay, pero sabía que su amor, sobre todo en lo que a matrimonio se refería, era imposible.

Ollantay no la quería como amante a escondidas, sino como esposa, y hacía todos los méritos posibles para acercarse a ella.

Pachacútec evitaba el tema, y mandaba a su general predilecto a cuanta batalla, guerra o conflicto se presentara en el imperio.



Estatua en honor a Ollantay

Ollantay intentó entrar en el reservado de mujeres del palacio de Pachacútec para hablar con la princesa, confesarle su amor y pedirle matrimonio.

La princesa, que estaba destinada a casarse con su hermano y heredero al trono, Túpac Inca Yupanqui, lo hubiera aceptado como amante secreto, pero no como marido por muchos méritos que tuviera el general.

Uno de los sacerdotes que vigilaban el reservado de mujeres de palacio, vio la escena y corrió a dar parte a su monarca.

Pachacútec mandó a llamar a su general para que contuviera a los chancas, que amenazaban el imperio y no querían someterse a sus designios.

—¡Que no quede uno solo vivo —fue la orden—. Sabré recompensarte con creces si cumples el cometido.

—No quiero más recompensa, mi señor, que casarme con tu hija —fue la respuesta de Ollantay—, si me la prometes no quedará un solo enemigo con vida.

—Sabes que es imposible, la ley divina prohíbe que se rompa o interrumpa su linaje sobre la Pacha Mama. La sangre de la princesa es divina, de oro, y la tuya es plebeya, ni siquiera de plata, sino de vil cobre.

—Entonces no cuentes conmigo para más batallas —dijo Ollantay apretando los dientes de rabia, y salió de palacio resguardado por sus soldados.

Ollantay, en venganza por la humillante negativa, abandonó el Cusco con su gente y se sumó a las tropas enemigas, y fue tal su furor, que sus tropas arrasaron el Cusco y uno de sus guerreros mató a Pachacútec.

Cuando se enteró de la muerte de su señor, Ollantay se arrepintió de su traición y ordenó la retirada, luego, lleno de tristeza, se entregó a Túpac Inca Yupanqui, nuevo señor del imperio.

La princesa ni siquiera se dignó a verlo cuando lo llevaban detenido para ser sacrificado, y el corazón de Ollantay se resintió aún más.

Túpac Inca Yupanqui, al ver la desolación del general Ollantay y recordando sus muchos y grandes méritos sirviendo al imperio, lo indultó.

—¡Que sea de Ollantay lo que los dioses quieran! —dijo el monarca—. ¡Ellos sabrán qué castigo imponerle!

—Sin duda el peor castigo será seguir vivo sabiéndome rechazado y despreciado por mi sangre, sea como tú ordenas, mi señor —dijo Ollantay conteniendo las lágrimas.

Nadie supo hacia dónde partió Ollantay, pero su nombre guerrero que imponía el miedo en sus adversarios con solo mencionarlo, no volvió a escucharse nunca más en las batallas.

La leyenda de Ollantay es una de las más populares dentro de la mitología inca propiamente dicha, que ha servido para hacer libretos de obras de teatro, guiones de película y base de novelas y cuentos románticos, ya que refleja como pocas el mito del amo y el esclavo, o la moral clasista que desvelara a Hegel y su materialismo histórico, y que impulsara a Marx y a Bakunin a denunciar la desigual lucha de clases, y que tan presente se encuentra en los pueblos andinos.

Atahualpa, el inca traidor

Justo cuando llegaba el español codicioso y conquistador, hubo guerra entre Huáscar y Atahualpa, hijos de Huayna Cápac, pero de diferentes esposas, y solo uno de ellos el verdadero heredero al trono del vasto Imperio inca.

Había señores y gobernadores en las cuatro provincias, y poderosos caciques de varios poblados que conformaban el imperio, pero solo un inca con potestad sobre todos los demás, y ese era Huáscar. Solo si Huáscar moría sin

descendencia, Atahualpa podría reclamar el trono.

En cuanto Huáscar tomó mujer como esposa, Atahualpa, sin razón de estado ni motivo justo, le hizo la guerra a su hermano.

Atahualpa ganó de forma fulminante dicha guerra, ocultando el embarazo de la mujer de su hermano.

Muchos señores de familias reales protestaron, pero Atahualpa reprimió sus quejas con mano fiera, y ante el desencanto de sabios, consejeros, sacerdotes y familiares, Atahualpa se convirtió en el duodécimo inca.

“¡Solo hubo once señores incas!” Le gritaban sus súbditos enfadados y prestos a la rebelión, una rebelión que no se dio por la llegada del invasor, que muchos vieron como un castigo divino por la usurpación al trono hecha por Atahualpa.

La familia real de Huáscar desapareció, llevándose consigo muchos tesoros y el derecho al trono, sin que nadie supiera de su destino ni de su paradero.

También desaparecieron muchos caciques, señores y gobernadores de las cuatro provincias, dejando solo a Atahualpa ante la invasión, sin haberlo reconocido nunca como el inca del Imperio del Sol.

Lo que sucedió con Atahualpa y Pizarro es asunto de otras historias.

La leyenda de El Dorado

Cuando Pizarro y sus hombres vagaban por lo que hoy es Colombia y Ecuador, se maravillaban de ver a gente trabajadora y labriega que los saludaba, los invitaba a comer y, a pesar de su humildad todos llevaban aretes de oro y otras joyas en brazos y pechos.

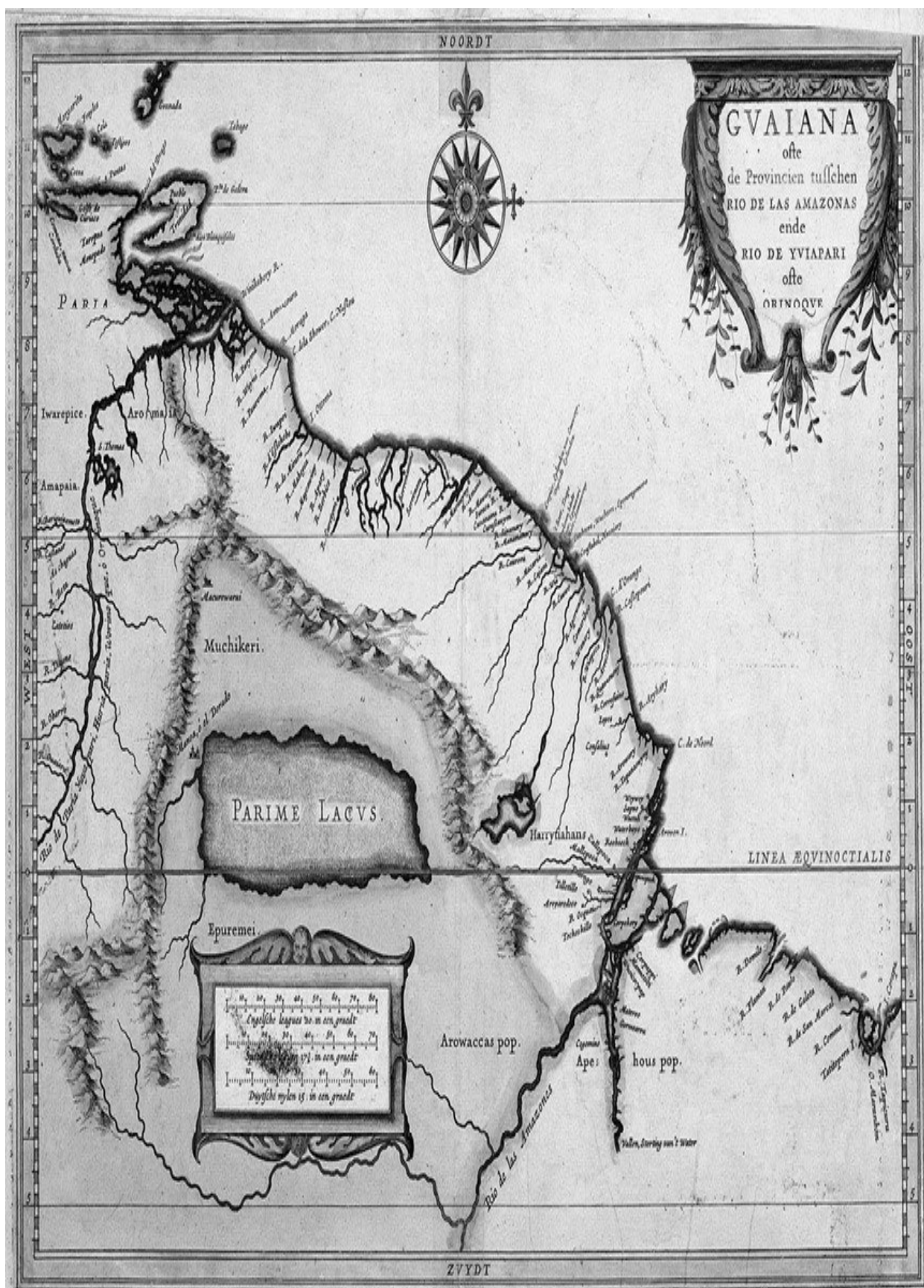
“Si unos simples labriegos traen oro en las orejas, en los brazos y en el pescuezo —pensó Pizarro—, no quiero imaginar el oro que tendrán sus señores”.

Así siguieron su camino hasta llegar al Cusco, donde, en lugar de ser masacrados, fueron bien recibidos, pues por su piel pálida bien podían ser hijos de Quilla, y otros por su pelo rubio bien podían ser hijos de Inti.

En el palacio de Atahualpa había más oro aun, y la codicia empezó a despertarse en el corazón de los españoles.

“¿De dónde viene tanto oro?”, preguntaban taimadamente los conquistadores, pero nadie les daba razón, nadie les allanaba el camino.

Muchos incas, al adivinar los deseos de los invasores, corrieron a esconder todo el oro que pudieron, pero otros confiaban en la buena fe de los que posiblemente eran, como ellos, parientes de los dioses.



Mapa de El Dorado

Tuvo que pasar un tiempo para que, ya en el virreinato de la Nueva Granada, alguien, con buenas o con malas intenciones, les contara que todo el oro del Perú venía de la mítica ciudad de El Dorado, una ciudad majestuosa hecha toda de oro, con herramientas y enseres de oro, mucho más oro del que hubiera soñado el mismísimo rey Midas.

—Tuvimos ciudades con las paredes recubiertas de oro —les dijo—, ya no las tenemos, porque todo el oro fue llevado al Dorado, donde las paredes no están recubiertas, sino que son de oro macizo.

—¿Y dónde está El Dorado?

—Solo los sabios lo saben exactamente, pero dicen que se puede llegar pasando los montes y siguiendo el gran río que cruza la selva.

Los españoles no lo dudaron ni un momento, y Alonso de Alvarado, sobrino de Pedro de Alvarado, el conquistador de Centroamérica, fue el primero en ir en su búsqueda por órdenes de Pizarro, pero no pudo encontrarlo, aunque sí sometió a los Chachapoyas que le dijeron que la mítica estaba más al oriente, pero ya muy cerca.

Mientras tanto Pizarro enfrentaba el levantamiento de Manco Inca, y pidió a Alvarado que volviera para combatir a los rebeldes, y que ya después reiniciara la búsqueda.

Cuando fue sofocada la rebelión, Alvarado reemprendió la búsqueda del Dorado, pero la derrota de Pizarro a manos de Almagro le obligó a dejar momentáneamente su aventura.

En el tercer intento, la selva y el río fueron demasiado obstáculo para los hombres de Alvarado, y el aventurero tuvo que regresar a Lima.

Fracasado, pero todavía soñando con El Dorado, Alvarado se fue a España y ahí residió hasta que un nuevo conflicto, ahora entre un hermano de Pizarro y el virrey de turno, lo llevó de nuevo a Perú.

Con la victoria en la mano a favor de la Corona, y en una escaramuza sin trascendencia, Alvarado fue herido accidentalmente y murió delirando sobre la mítica ciudad de oro que tuvo al alcance de la mano.

Alvarado no fue el único que se dedicó a buscar El Dorado, muchos otros intentaron el reto, como Francisco de Orellana, quien cruzó los Andes, se adentró en selva, llegó al gran río, y lo recorrió en gran parte.

Orellana tenía órdenes de Gonzalo Pizarro de ayudarlo contra el virrey en la lucha por el poder en el Cusco, pero desertó y en lugar de participar en las batallas intestinas se dedicó a buscar El Dorado por su cuenta y riesgo.

Cuando se creía muy cerca de la ciudad de oro, porque algunos nativos que encontró por el camino tenían oro y plata como quien tiene cualquier piedra, y le señalaron un paraje en la selva donde encontraría mucho más, un grupo de guerreras salvajes dieron cuenta de casi toda su tripulación.

Gracias a esas mujeres valientes que derrotaron al invasor, el gran río que Orellana reclamó como propio, pasó a llamarse Amazonas.

Orellana logró salir con vida de esa aventura y su gesta y descubrimientos fueron premiados por la Corona, dándole dominio sobre aquellas tierras y ríos. Entonces juntó un numeroso contingente y emprendió de nuevo la búsqueda, pero a los pocos días de travesía por el Amazonas enfermó de fiebre y murió. Sus soldados abandonaron la búsqueda, asustados por la maldición que ya se cernía sobre la aventura de descubrir El Dorado, pues si bien solo dos capitanes habían perecido, las bajas entre la soldadesca que los acompañaron eran muchas.

Los hombres se volvían locos, veían visiones, tenían horribles sueños, eran mordidos por los bichos y flechados por enemigos invisibles, el calor los consumía, la selva los devoraba, y su propia codicia les comía las entrañas de tal manera, que las deserciones, las traiciones y los asesinatos entre ellos mismos se multiplicaban a cada paso que daban hacia el mito de El Dorado.

Durante tres siglos fueron muchas las expediciones y muchos los hombres que perecieron persiguiendo El Dorado durante al menos tres siglos (hay quienes continúan buscando), nombres propios auspiciados por la Corona española, como Quesada, Utré, Ursúa, Lope de Aguirre, Malaver, Céspedes, Serpa, Ponce de León II, Cavarte y Manuel Centurión, e incluso Sir Walter Raleigh por parte

de la Corona inglesa.

En estas expediciones se abrió paso a la conquista y despojo de nuevas tierras, se fundaron pueblos y se destruyeron culturas, pero de El Dorado ni sus luces.

“Una mentira absurda da mucho más de sí que las razones de una clara verdad”, el mito que promete la salvación o que despierta al monstruo de la codicia, puede mucho más que lo objetivo, obvio y patente, las emociones y la fe destruyen cualquier atisbo de conocimiento y certeza.

Las líneas que Céspedes le escribe a Malaver resumen el sinsentido de la búsqueda de la Ciudad del Oro:

Señor Gobernador, cansados ya de andar perdidos tanto tiempo, sin esperanza de hallar mejor tierra, ni ventura de la que hasta aquí hemos visto, determinamos salir a morir entre cristianos; V. S. puede hacer lo mismo, siguiendo nuestros pasos, pues le vamos sirviendo en abrirle el camino.

La fiebre del oro que animó a la conquista tuvo mejor suerte en las minas que en los tesoros escondidos o en las ciudades míticas, el Imperio inca ya había dado buena cuenta de las ciudades que forraban sus paredes de oro, y contaban con una eficiente minería, mientras que miles de aventureros, conocidos y desconocidos, corrían en pos de una mentira.

Cuentan los que saben, que muchos sí llegaron a El Dorado, y que algunos se quedaron a vivir ahí, porque además de oro había comida y orgías en abundancia, paz y riqueza, alegría de vivir, ausencia de vejez y enfermedades, y comodidad para las almas cuando llegaba el momento de abandonar el cuerpo y partir a Hanan Pacha, con hombres hermosos y mujeres de una belleza extrema, tanta, que el mismo cacique Guatavita se olvidó de su esposa por vivir en ese estilo de vida.

Otros murieron en el intento de abandonar la ciudad cargados de oro, pues el metal pesaba tanto que los hundía en el agua o en la tierra, o bien los volvía locos con su brillo y pureza, y acababan perdidos en las profundidades de la selva, cazados por los nativos o devorados por las alimañas.

La leyenda de El Dorado ha dado lugar a toda clase de textos, estudios e investigaciones actuales y de siglos pasados, y ha sido llevada a la pantalla diversas veces, y si bien es una leyenda colonial, nace de la más pura tradición de la mitología inca, aunque con un negro sentido del humor que permitía al pueblo conquistado burlarse y reírse de sus conquistadores.

Por supuesto, para darle más valor a la leyenda, se cuenta que no fue engaño de los incas para esconder sus tesoros, sino lo que escuchó Sebastián de Belalcázar sobre una ceremonia celebrada por el cacique Guatavita, que se maquillaba el cuerpo entero con polvo de oro para entregar ofrendas del mismo metal a su dios Serpiente Alada, unas ofrendas con las que se construía la Ciudad del Oro, o El Dorado. Belalcázar, que no era más que un aventurero, corrió la voz y se lanzó a la búsqueda de la mítica ciudad, sin que se volviera a saber nada de él.

Huáncar, o el triunfo del amor

La doncella Huáncar nació hermosa y alegre, y con el paso de los años brilló aún más, pues cantaba como los dioses y cuidaba a los suyos con esmero.

Muchos eran sus enamorados, pero ella parecía destinada al cielo, pues no se fijaba en ninguno de ellos, nadie despertaba su amor.

Cuando se hizo mujer, por fin sus ojos se posaron en un viajero que iba cantando por los pueblos, de imponente figura, pero de edad avanzada para ser su esposo.

Ella, a sabiendas que el viajero partiría pronto, decidió confesarle su amor y conocer su nombre, pero ese mismo día llegó una comitiva real para pedir a Huáncar como concubina del Inca, que se había enterado de sus virtudes y estaba prendado de ella, y, por tanto, quería poseerla y tenerla consigo, para que le cantara, lo amara y lo cuidara como hacía con sus hermanos.

Huáncar se negó, pero sus padres, obedientes súbditos, la entregaron, por más que ella llorara y gritara cantando que estaba enamorada del misterioso cantante viajero, del que nadie sabía el nombre, ni el origen ni el paradero.

El viajero no supo del amor de Huáncar hasta muchos años después.

Mientras tanto Huáncar fue presentada al monarca y vestida y ataviada para ser su concubina, cargada de joyas y plumajes, y perfumada con la esencia de las más hermosas flores.

Cuando la llevaron a los aposentos del Inca, ella se negó a amarlo, servirlo o cuidarlo, y el monarca, al ver su belleza y al escuchar el timbre armonioso de su voz, no protestó y le dijo que le tendría paciencia porque estaba perdidamente enamorado de ella.

Huáncar agradeció el gesto y se retiró al reservado de las concubinas.

El Inca le hizo todo tipo de regalos y la trataba con el mayor decoro, pero Huáncar, aunque agradecida, no cedía.

El Inca ordenó traer a la familia de Huáncar para que estuvieran cerca de ella, y los colmó de dones y bienes, pero Huáncar, aunque agradecida, no cedía.

El Inca la hizo princesa y la pidió en matrimonio como primera esposa para que sus hijos heredaran el reino. Huáncar agradeció esos favores, pero se negó a casarse con el Inca porque su corazón, y en cuanto pudiera, su cuerpo, pertenecían a un viajero cantante del que ni siquiera conocía el nombre.

Las esposas y concubinas del Inca estaban celosas de Huáncar, y envidiaban todos los dones que se cernían sobre ella, así que empezaron a conspirar en su contra.

“¡Es una necia!”.

“¡Es una bruja!”.

“¡Es un demonio!”.

“¡Es una falsa, una ambiciosa sin vergüenza!”.

“¡Quiere acabar con el Inca y quedarse con el reino junto con su familia!”.

“¡Es una traidora encubierta!”.

El Inca, al principio, no hizo mucho caso de sus esposas y de sus concubinas, pero el enamoramiento y la paciencia se le fueron acabando ante la resistencia de Huáncar, así que decidió cambiar de estrategia, y de princesa la degradó a esclava, limpiadora y cocinera, cuidadora de las alpacas y cosechadora de semillas y hierbas, junto con su familia, llenándolos de oprobio y de humillación, dándoles de comer poco y de lo peor.

Solo el matrimonio podía salvarla a ella y a su familia, pero Huáncar se mantuvo firme y dijo que prefería esa vida pobre y hambrienta, a traicionar a su corazón.

El Inca no pudo más e intentó forzarla, pero Huáncar se defendió como una fiera.

Desesperado, pidió consejo a sus sabios.

Los sabios le aconsejaron que se olvidara de Huáncar, que no valía la pena sufrir por una plebeya que no tenía sangre divina, que la exiliara o que la sacrificara a los dioses, para superar esa obsesión maligna.

Al Inca no le convencieron las palabras de sus sabios consejeros, y mandó a llamar a las brujas y brujos más poderosos de su reino.

Huáncar fue sometida a brebajes y conjuros, pero ninguno de ellos logró que olvidara a su amor, que se enamorara del monarca o que por lo menos cediera para llevar una vida regalada y darle a su familia poder y riquezas.

Fue entonces cuando una vieja bruja le dijo al Inca:

“Si quieres tocarla, tenerla siempre junto a ti y poseerla, la puedo convertir en algo que cumpla tus deseos”.

El Inca aceptó, llenó de oro a la vieja bruja, y esta, en un ritual de horrores, convirtió a Huáncar en un instrumento musical.

De esta manera pudo tocarla y tenerla a su lado, pero después de un tiempo y

viendo que al tocarla sus sonidos eran secos y desagradables, el Inca mandó llamar a la vieja bruja y le ordenó que la recuperara.

“Aunque me mates, mi señor, no puede hacerlo”, le confesó la bruja, “pero puedo convertirla en otra cosa, la que tú quieras”.



La Tinya, una de las formas de Huáncar

El Inca se volvió loco, y en su locura la vieja bruja fue convirtiendo a Huáncar en muchas cosas, caminos, piedras, montaña, pampa, valle, desierto, demonio, bruja, fiera, ave, alpaca, anaconda, insecto; hasta que volvió a convertirla en tinya, o tambor, que el monarca despreció por fin y lo regaló a un viajero cantante.

El viajero cogió el instrumento entre sus manos y de inmediato empezó a tocar un hermoso ritmo que acompañaban armónicamente sus cantos, como si fuera un coro que le acompañaba y que decía claramente “Huáncar te ama, viajero, Huáncar te ama”.

El cantante sintió que el alma se le alegraba y sonrió como un niño, he hizo tañer con más emoción y pasión al tierno instrumento, entregándose a su amor enfrente del Inca y toda su corte.

Al escuchar esas notas, el Inca sintió que el corazón se le encogía e hinchaba con tal violencia y dolor, despecho y odio, que quiso gritar y ordenar a sus guardias que mataran al viajero y quemaran el instrumento, pero no pudo, la garganta se le cerró y el corazón le explotó dentro del pecho, muriendo en el acto.

Huáncar recuperó en ese mismo instante su forma humana, y abrazó y besó a su amor eterno, el misterioso cantante viajero.

Tras los funerales del Inca, Huáncar volvió a su pueblo para casarse con el amor de su vida, y a seguir su vida humilde y trabajadora con su familia.

Un poco antes de celebrar su esperado matrimonio, le preguntó al cantante: “¿Quién eres tú al que tanto amo? ¿Cuál es tu nombre, amor de mi vida, cariño de mi corazón? Dime tu nombre cantante viajero”.

Y el cantante se lo dijo, susurrándoselo al oído y dándole una gran sorpresa, “mi nombre es...”, pero esa ya es otra leyenda, ese ya es otro cuento.

Hay muchas leyendas con el nombre de Huáncar en los Andes, la pampa y diversos pueblos, unas de diablos y demonios, otras de amor, y unas cuantas de enseñanza moral que incas y religiosos españoles hicieron suyas para educar a la gente.

La que hemos presentado fue escuchada de los labios de un cuentacuentos trashumante, un cantante viajero, de edad indefinible, aunque ya no es joven, de cierta apostura y semblante risueño, sin más nacionalidad que la Pacha Mama, enigmático y sabio, sociable y solitario, de ojos tristes y corazón abierto, cuyo nombre ya revelaremos en otro momento.

Huarcuna, la roca que devora a los hombres

El hijo del Sol, Túpac Yupanqui, “el Hombre de todas las virtudes”, como lo llamaron los haravicos (hombres del saber) de Cuzco, celebraba su victoria sobre la indomable tribu de los pachis.

Todo la corte imperial estaba ahí para festejar su triunfo.

Pero un suceso nefasto se produjo: el cóndor de las alas gigantescas, cobardemente herido y sin fuerzas, cayó de la montaña más alta de los Andes, tiñendo la nieve con su sangre.

El Gran Sacerdote, viéndolo morir, anunció que se aproximaba el fin del reinado de Manco Cápac, primer Inca fundador del imperio; que otra gente vendría con inmensas piraguas para imponer su religión y sus leyes, y que los orgullosos hijos del Sol se perderían para siempre.

Pese al desagradable espectáculo y al horrible vaticinio, la fiesta no se detuvo.

Se hizo venir a una bonita cautiva para que cantara y danzara antes de ser entregada para el placer y beneplácito del Inca vencedor, lo que debía ser un motivo de orgullo para ella.

Su nombre era Huarcuna y su corazón estaba lleno de amargura porque había

sido alejada del ser que amaba y se la obligaba a cantar alabanzas al vencedor.

De repente, ella se puso a temblar viendo que su amante se encontraba allí, prisionero del Inca y dispuesto para ser sacrificado como ofrenda a los dioses a la salida del sol del próximo día.

La noche comenzó a caer sobre las montañas, y la corte real se detuvo en Izcuchaca para descansar y preparar la fiesta de los sacrificios en honor a Túpac Yupanqui.

Huarcuna, aprovechando la oscuridad liberó a su amante, pero antes de llegar a la montaña fueron descubiertos.

Se dio la alarma y fueron perseguidos por el ejército.

Huarcuna y su amante lucharon con valor, pero al final una flecha alcanzó el pecho del hombre y Huarcuna fue prendida y llevada ante el gran Inca.

“Si te entregas a mí de buen modo y me das placer y calor, tendrás el perdón”.

Huarcuna le escupió en la cara y lo maldijo.

Túpac Yupanqui, despechado, ordenó la muerte inmediata para Huarcuna.

Huarcuna escuchó con alegría la sentencia, deseando más que nada en el mundo reunirse con el amante de su corazón, pues había comprendido que la tierra no es lugar para el amor eterno.

“¡Escupiré fuego sobre vuestros rostros!”, gritó Huarcuna antes de morir.

Desde entonces, en el lugar donde fue inmolada la cautiva, sobre el Palla Huarcuna situado en la cadena de montañas entre Izcuchaca y Huaynanpuquio, se puede ver una roca que tiene la forma de una hermosa mujer con un collar alrededor del cuello y un penacho de plumas sobre la cabeza.

Se afirma que nadie puede pasar la noche en el Palla Huarcuna sin ser devorado por el fantasma de piedra que se convierte en roca fundida y abrasa a los hombres hasta consumirlos del todo.

Desde Colombia y gracias a Victoria, llega esta leyenda romántica que habla del amor y la lealtad, al tiempo que señala y profetiza el fin del Imperio inca. El volcán, o Palla Huarcuna, hizo erupción poco antes de la llegada de los españoles y devoró a unos cuantos incas con su lava, dándole popularidad a la leyenda.

Yachay Mama, la sabiduría de las diosas

Dicen y cuentan que hartas de las guerras de los dioses y de sus experimentos fallidos para crear a una humanidad decente, se reunieron en una habitación del Hanan Pacha las cinco señoras diosas del firmamento:

Mama Quilla.

Mama Pacha.

Mama Sara.

Mama Cocha.

Mama Ocllo.

“De la mano de los dioses los hombres y las mujeres acabarán siempre en lo mismo, hambre, locura, guerra, muerte y frío”, dijo Mama Quilla.

Todas asintieron, y decidieron crear ellas una humanidad que fuera duradera.

Cada una le daría a la humanidad una serie de dones para que saliera adelante sin tener que depender de los dioses.

Mama Quilla los dotó de emociones y sentimientos dándoles alma, amor, educación, humildad, moral, cariño, respeto, consideración, solidaridad y reconocimiento del otro, para que vivieran en familia y en grupo con paz y

armonía. Les dio, además, el sexo y la fertilidad.

Mama Pacha les dio jerarquía sobre todas las cosas del mundo, animales, plantas, montañas, ríos, lagos, nieves, lluvias, nubes, mares, minas, piedras y metales, para que no pasaran necesidades.

Mama Sara los enseñó a cultivar, a sembrar y a cocinar, a cazar y a defenderse de las fieras, a fertilizar los campos y a domesticar a los animales para que de ellos obtuvieran pieles y lanas, leches y carnes.

Mama Cocha les enseñó a navegar, a seguir las corrientes, a nadar, a pescar, a cruzar los ríos, a explotar los lagos, a canalizar el agua, a limpiar los desechos, a mariscar, a descubrir los tesoros de la mar y a viajar por las grandes aguas con la ayuda de las estrellas y los vientos.

Mama Ocllo les dio imaginación y creatividad, les enseñó a usar las manos y la cabeza, a aprender y a enseñar, a nombrar las cosas, a tejer, tallar, esculpir, pintar, cocinar y construir tanto el propio hogar como una ciudad entera.

Así los criaron en la luna, bajo las faldas y el amparo de Mama Quilla mientras los dioses discutían y peleaban sin ponerse de acuerdo.

Hombres, mujeres y niños aprendieron lo que tenían que aprender, hasta que estuvieron realmente listos para bajar a Kay Pacha.

Las cinco diosas los plantaron en la tierra, y la humanidad no tardó en progresar y en enseñar a los otros hombres, mujeres y niños que ya estaban en aquellos terrenos y que no habían avanzado mucho porque no habían tenido maestras ni maestros que les mostraran el camino.

Cuando los dioses vieron el progreso de los hombres se vanagloriaron creyendo que era gracias a ellos que ahora fueran inteligentes, humildes y buenos, mientras las diosas se reían a sus espaldas.

Por fin la humanidad caminaba sola y era duradera, pues ahora sabía enfrentar las desgracias y avanzar sin temor a que nada ni nadie los destruyera.

Los dioses se retiraron a Hanan Pacha y dejaron que la humanidad siguiera su camino, mientras las diosas, humildes y discretas, como buenas madres, siguieron cuidando de sus hijos.

Mama Quilla desde la luna.

Mama Pacha en la propia Tierra.

Mama Sara en los granos y en los alimentos.

Mama Cocha en las aguas y los vientos.

Mama Ocllo en los actos y en la creatividad.

Las cinco Mama Yachay, las diosas del amor y el conocimiento.

Simone, que de ecuatoriano tiene bien poco, pero que ama la cultura andina y el conocimiento, yachay, nos comparte la leyenda de las diosas y el último contacto de la humanidad con los dioses varones, dando lugar a la independencia de actos y pensamientos, y a la lengua de los hombres, el quechua, en detrimento del aimara, la lengua de los dioses.

Hay quien cuenta que los dioses en algún momento se dieron cuenta del dulce engaño de las diosas, y que algunos de ellos, que ya no se entendían con los humanos, al no poder destruirlos del todo en franca venganza, pues las diosas los cuidaban con celo, enviaron unos cuantos males a la Tierra.

La menstruación y el parto con dolor para las hembras.

La vanidad y el orgullo para los hombres.

El lento crecimiento para los niños.

La enfermedad para los ancianos.

La guerra para los codiciosos y los necios.

La traición y la venganza para los débiles.

La prepotencia para los que tenían mucho.

La envidia para los que tenían menos.

La gula y la borrachera para todos.

Los temores y los miedos.

La locura y la falta de comprensión ajena para los sabios.

La dejadez para los perezosos.

Las creencias y las supersticiones para los ignorantes.

Y, por si fuera poco, también mandaron al seno de Pacha Mama unos cuantos demonios.

Demonios andinos

Algunas de las leyendas más populares de la mitología inca son las que se refieren a sus monstruos y demonios, a los seres que traen o propagan el mal, los que se esconden en la oscuridad de la noche y acechan en los caminos, los que viven en las cuevas o en las profundidades de las aguas o de la tierra, y ante los que hay que protegerse con amuletos, cordura o ayuda de los dioses.

Las tradiciones orales conllevan, en la mayoría de las culturas, mensajes morales, educativos y cohesionadores. Es por eso que durante siglos han sido los ancianos, o los abuelos, los encargados de contárselas y transmitírselas a los más pequeños.

Amaru con cara de Llama

Cuando aparece la serpiente alada en el firmamento, con cara de llama inflamada y colorada como queriendo escupir, es un mala señal, pues este

monstruo puede secar los campos cuando defeca, o quemarlos con su aliento.

Cuando lo veas en el cielo, planeando y mirando enfadado hacia abajo, invoca de inmediato al viento y al rayo para que lo asusten y se lo lleven lejos.

Cuando lo veas extendiendo las alas y lanzándose en picado, como buscando pelea, corre a avisar a todos para que se resguarden en las cuevas, porque Amaru viene dispuesto a hacer daño.

Cuando enseñe las garras y escupa fuego como la llama escupe su baba, invoca a Amaru el creador, al Amaru bueno y poderoso, al Amaru que nos cuida y protege, al Amaru que nos enseñó a sembrar y navegar, para que se lleve al Amaru malo que agita nuestros lagos y ríos y destruye nuestras cosechas.

Pero guárdate muy bien, porque cuando el Amaru bueno lucha contra el Amaru malo, el mundo entero está en riesgo, porque la tierra tiembla y los montes se desgajan y llueve agua mala que todo lo corroe y todo lo inunda.

Cuando los dioses luchan hay que hacerse a un lado, porque en su furor se olvidan de nosotros y no tienen cuidado.

El Amaru amoroso y creador, da la vida.

El Amaru terrible y destructor, la quita.

Amaru es dios luminoso.

Amaru es fiera divina.

El Muqui

El Muqui habita en la mina.

El Muqui habita en la cueva.

El Muqui habita en los pozos.

El Muqui habita en la montaña abierta.

El Muqui recorre las entrañas de Pacha Mama.

El Muqui muerde las piedras.

El Muqui abre manantiales.

El Muqui se esconde en la arena.

El Muqui se enfada mucho si no se le hacen ofrendas.

El Muqui se vuelve malvado y socava la tierra.

El Muqui puede avisarte y guiarte por las chinkanas, o engañarte y perderte para que no vuelvas a ver la selva.

El Muqui parece pequeño, pero siempre es poderoso y capaz de levantar las rocas, hacerlas caer o convertirlas en polvo.

El Muqui puede darte tesoros si lo cuidas, le cantas y le haces ofrendas.

El Muqui puede quitártelo todo si no lo tomas en cuenta, si no lo respetas.

El Muqui tiene luz en las manos para iluminar las cuevas.

El Muqui roba y regala, se ríe, se burla, canta y baila, bebe y mastica coca, y a veces se transforma en fiera o persona, pero también silva ante el peligro y habla con la voz de las piedras y las rocas.

Vive en paz y concordia con el Muqui cada vez que escarbes la tierra.

No te fíes de su mirada, no te fíes de su apariencia, no lo ataques, no lo toques, no te alarmes, no corras, no le grites, sé humilde, respétalo, hazle un canto hermoso, regálale una ofrenda, porque cuando el Muqui es malo, es muy malo; pero cuando es bueno te protege, te cuida, te guía, te salva y te llena de riquezas.

El Muqui es tan real como el oro, el cobre, la plata y el bronce que da a los que

le simpatizan y quita a los que no le hacen ofrendas ni le cantan canciones.

Gigantes de la noche

No se sabe si son demonios.

No se sabe si son dioses.

Son como los hombres y las mujeres, pero mucho más grandes.

Son los descendientes perdidos de Amaru.

Son los nietos de la raza que despreció Viracocha.

Son prófugos de la luz, porque no son hijos de Inti.

Se esconden en las tierras de Supay de día.

Salen solo por las noches.

Les gusta la fiesta y el baile.

A las mujeres gigantes les gustan los hombres.

A los hombres gigantes les gustan las hembras.

Se aparean con ellos cuando han bebido mucha chía.

Dicen que muchos de los hijos que nacen de estas uniones son deformes, hijos de la noche, que los padres esconden de la luz y de los ojos ajenos.

Cada vez quedan menos gigantes, y cada vez son menos altos y menos poderosos.

Hubo un tiempo que dominaron la Tierra.

Hubo un tiempo que se encaramaban en las montañas.

Hubo un tiempo en que comían con los dioses.

Pero cayeron en desgracia por su orgullo y soberbia.

Por tanto, modera tus pensamientos.

No te creas igual o más grande que los dioses.

Eres más alto que la hormiga, pero no eres más grande.

Que no te seduzcan los gigantes hombres si eres mujer.

Que no te seduzcan los gigantes hembra si eres hombre.

Sus cuerpos pueden parecer hermosos por fuera, pero por dentro son vejez y podredumbre, huesos secos y vísceras agusanadas, por eso sus hijos nacen enfermos.

Vive a tu medida y evita los excesos de la chía y de la noche, no provoques la ira de los dioses con tus actos, o acabarás como los gigantes, sin luz del sol, muerta tu estirpe y condenado para siempre.

Los seres roca y montaña

Hay montañas buenas y hay montañas malas.

Hay montañas secas y engañosas.

Hay montañas de mal humor que arrojan fuego.

Hay montañas que tienen tesoros en sus entrañas.

Hay montañas enfadadas que escupen fuego.

Hay montañas que cuidan, protegen y resguardan.

Hay montañas que fueron gigantes y rocas que fueron hombres, de otros tiempos oscuros, de otras razas, malos experimentos de los dioses que despiertan de tanto en tanto para traer desgracias a los humanos de hoy, que tienen la suerte de la vida luminosa y el favor de los dioses.

Son seres de roca y montaña que están resentidos y odian todo lo que ven y destruyen todo lo que tocan.

Algunos guardan metales malditos que hacen enfermar a los hombres, elementos que tiran los dientes y hacen caer el cabello.

Otros esconden tesoros mal habidos, cuerpos descompuestos, fieras y alimañas, vientos traicioneros, temblores y desprendimientos, fríos insoportables, aires fétidos o venenosos, laberintos engañosos, caminos y brechas que no van a ninguna parte, sales que queman y desiertos espantosos.

Las montañas buenas son naturales y no hacen daño.

Las montañas malas no son naturales y son traicioneras.

En las montañas buenas se pueden sembrar flores y papas, fundar ciudades, trasquilar a las alpacas, construir caminos que lleven a todas partes.

En las malas montañas no se puede sembrar ni construir nada, porque todo muere en ellas, todo se cae, todo lo rechazan o lo matan.

No verás a las llamas subir a las montañas malas, ellas saben escoger y reculan si quieres obligarlas a subir por sus ladera.

No verás pumas ni jaguares en sus riscos, solo serpientes y alimañas venenosas.

Los necios que se aventuran a subir a las montañas malas ponen en riesgo su vida, porque estas montañas matan de muchas maneras a quienes las molestan.

No subas a esas montañas, haz caso de las llamas, y sigue el camino que ya está hecho y recorrido mil veces en las buenas montañas, las faldas hermosas y acogedoras de Pacha Mama.

Apallimay, el bebé asesino

Los buenos corazones no siempre tienen buena recompensa.

Cuídate de tu propia bondad.

Cuídate de tus propios deseos de quedar bien y de querer ser demasiado buena o demasiado generoso.

Si un día tienes que recorrer un camino solitario, no hagas caso de un hermoso bebé que parece abandonado en medio de la nada.

No te detengas si llora.

No te detengas si brama.

Y sobre todo no te detengas si te grita: “¡Apallimay, Apallimay, llévame en la espalda, llévame en la espalda!”.

Seas hombre o mujer no te detengas.

Seas fuerte o seas débil, no te detengas.

Si se conmueve tu corazón, no te detengas.

Si te duele en el alma, no te detengas.

Quien se detiene y se echa el hermoso bebé a la espalda, sentirá, al dar unos cuantos pasos, que aumenta su carga, pero no podrá ver cómo el hermoso bebé se transforma en una horrible criatura que va creciendo y creciendo, venciendo la espalda de su cargador.

Cuando por fin el cargador puede voltear hacia atrás, se encuentra con el horrible rostro de un viejo de dientes afilados, que se burla de su bondad y le obliga a continuar con la carga hasta que no puede más y cae al suelo, casi sin

vida, para servirle al viejo tramposo de alimento.

No viajes en soledad, viaja siempre en compañía, con alguien que te pueda quitar al supuesto bebé de la espalda por si insistes en levantarlo y cargarlo sobre tu espalda.

No viajes solo.

No viajes sola.

Piensa antes de actuar, nadie abandona a un hermoso bebé en un camino desierto: si te toca verlo, corre al poblado más cercano y vuelve al lugar donde viste al bebé con refuerzos. Si en realidad es un niño abandonado, será entregado a las nodrizas y se buscará a la madre o al padre desalmados; pero si no lo es, al verse descubierto saldrá corriendo montaña arriba, con su horrible cuerpo de viejo al descubierto, hasta desaparecer entre las rocas.

Huye de los apallimay de la vida, no cargues en la espalda problemas ajenos.

Cantar de los huacas de Supay

Por el día o por la noche.

En el lago o en el río.

En el mar y sus corales.

En la bóveda del frío.

En la tierra y la montaña.

En los sueños y en la vida.

En los brazos de la muerte.

En la gente no nacida.

En la fiera y la alimaña.

En la mujer y en el niño.

En el aire y en el viento.

En el hombre y en sus hijos.

En la mente del más sabio.

En el anciano dormido.

En la casa y en el campo.

En el silencio y el ruido.

En las pieles y en las manos.

Dentro del sol encendido.

En la luna y las estrellas.

En el lejano camino.

En la cueva y en la mina.

En la siembra cosechada.

En la semilla y el niño.

En lo que fue y no será.

En lo que está y no se ha ido.

En el futuro esperado.

En el presente prohibido.

En la flor de la mañana.

En el árbol ascendido.

En lo peor y en lo mejor

se halla Supay, el bendito,

que hace el bien como el mal,

que te encuentra lo perdido,

que te trae amor y pan,

o destruye tu camino,

con sus huacas del averno

o sus huacas del destino.

Supay da la suerte o la quita,

Supay tiene mil ojos,

Supay, Supay no está muerto,

Supay siempre está vivo,

desterrado del Hanan

tiene su reino divino

cerca de la humanidad,

con sus huacas del averno,

con sus huacas del destino.

Supay es libre y rebelde,

*dual y uno presente,
pero nunca obliga a nadie
a ser o hacer lo indecente,
se encuentra en toda la pacha
y respeta al diferente.*

*Por tanto,
no le echas la culpa a Supay
de lo que está en tu jarjacha,
en eso es indiferente,
pues como el río y la mar,
tú mandas en tu corriente.*

El jarjacha

Todos llevamos dentro de nuestro ser un jarjacha, un huaca del mal, un huaca oscuro y malvado capaz de hacer daño a los demás con sus palabras y con sus actos.

El ser más humilde y pacífico tiene su jarjacha, que puede despertar cuando sueña o en un ataque de ira.

El alma más pura puede convertirse en bestia, en animal que mata, en ser monstruoso que nada respeta, ni a propios ni a extraños, ni a dioses ni a

señores, ni a ancianos ni a brujas profetas.

Tu jarjacha despierta cuando sueñas, cuando bebes de más, cuando te dejas dominar por la ira, cuando te crees poderoso, cuando quieres venganza, cuando codicias lo ajeno, cuando se te escapa la vida, cuando crees que la violencia te da soluciones, cuando la injusticia te pesa, cuando el odio te llama, cuando te hiere la envidia, cuando los celos te matan, o cuando crees que nadie te mira.



Jarjacha de dos cabezas

Cuando el jarjacha de unos contagia a los otros, surge el enemigo de la nada, llega la guerra, la sangre corre. Entonces el jarjacha toma cuerpo y vida y emponzoña todos los corazones, ya no se esconde en las almas, dispone de todas las mentes y no pueden detenerlo ni los dioses.

Una vez que se sacia de miedo, dolor, sufrimiento y sangre, descansa y vuelve a las almas de los hombres.

El jarjacha se percibe y se siente, eriza la piel y levanta el temor, espanta a las llamas y a los perros, atrae a las fieras carroñeras, se presiente en el ambiente, hiela los corazones. Si así lo percibes, desde lejos y desde antes, no te acerques para nada, porque puede contagiarte y llevarte a la muerte.

Mantén tu jarjacha apaciguado dentro de tu alma, no lo dejes salir ni un solo instante, no permitas que se exprese, pues puede borrar de un manotazo todo lo que has conseguido, todo lo que has sembrado, todo lo que amas, todo lo que quieres, todo lo que tienes, y dejarte marcado y sin nada eternamente, tanto en esta vida, como en Uku Pacha después de la muerte.

Cuando un jarjacha personal e individual anda suelto en un poblado o dentro de un grupo humano, por las noches se convierte en una llama con cara de hombre, llama con dos cabezas (e incluso otras bestias con cara humana), que escupe veneno con sangre ardiente y paraliza con la fiera maldad de su mirada.

No se le puede atrapar porque tiene la fuerza de cien hombres, pero se le puede echar tizne encima para que al otro día, cuando todos despierten, el tizado sea reconocido como la jarjacha que ha estado molestando a la gente, y, dependiendo de sus faltas, se le mata, se le exilia o se le hace un conjuro y una limpia para que su jarjacha quede atada en el fondo de su alma y no salga más.

Si reincide, se le sacrifica a Supay, señor de Uku Pacha, para que traiga suerte y paz al poblado.

Se cuenta y se dice que al jarjacha se le puede domesticar, como a otras fieras y demonios, con un poderoso talismán que consiste en moldearlo en barro e

invocar a la huaca del jarjacha para que entre en la figura y quede encerrado ahí para siempre, sin poder salir y hacer daño a los demás.

Prácticamente todas estas leyendas populares andinas fueron adoptadas y adaptadas por los misioneros españoles, que les añadieron una capa cristiana para hacerlas más ejemplares, convirtiendo en pecado relaciones sexuales, sobre todo el incesto en el caso del jarjacha, convirtiendo en demonio con cuernos, patas de cabra y cola a Supay; en diablos a los huacas, buenos o malos, protectores o malévolos; incrementando los miedos de los pobladores y ofreciéndoles a cambio dioses omnipotentes y salvadores.

Viracocha se convirtió para muchos incas en Jehová, Pacha Mama en la Virgen, Inti Wawa en el Niño Dios, y Apallimay en el Anticristo.

Los treinta y cinco años que tardó la Corona española en dar por lograda la conquista del Perú, y por ende del Imperio inca, dieron lugar a toda clase de mezclas y sincretismos entre los mitos inca y las creencias judeocristianas impuestas por la Iglesia católica, con lo que la mitología inca está impregnada de las leyendas católicas, como las leyendas católicas están impregnadas de los mitos incas y preincas, lo mismo que la mitología inca se impregnó de las diversas culturas andinas.

Por eso, cuando hablamos de mitología inca en realidad nos estamos refiriendo a la mitología andina, de la misma manera que cuando hablamos de la mitología azteca nos referimos a la mitología nahua, porque las nuevas creencias se nutren de las antiguas, y más cuando un imperio impone sus creencias a los pueblos sometidos o conquistados.

Por otra parte, las leyendas de la mitología inca tienen similitudes con muchas otras mitologías, tanto las mesoamericanas, como la griega y la egipcia, e incluso, para algunos estudiosos, con la sumeria, como veremos en el próximo capítulo.

IV: Lugares y vestigios inexplicables

*Se puede negar la verdad
incluso si está ante tus ojos,
pues la duda engendra hijos
absurdos, deformes y locos.*

Mi hermana, María Antonieta, cuando hablamos de historia y mitos en la sobremesa, a menudo dice: “Me gustaría poder mirar por un agujero lo que realmente sucedía en aquellos tiempos”.

Hay quien prefiere poder viajar en el tiempo para recorrer lo largo y lo ancho de nuestra historia y así ver directamente y en primera persona de dónde venimos, cómo pensábamos, en qué creíamos o cómo construíamos.

De momento es imposible abrir un agujero en el tiempo para observar los sucesos del pasado y tener conocimientos de primera mano, y tenemos que conformarnos con los vestigios, con las construcciones, con las leyendas y con los mitos para intentar interpretar con cierta certidumbre lo que vemos.

Sin embargo, no hay que olvidar que lo que vemos a menudo nos engaña, ya que si no sabemos o intuimos lo que se presenta ante nuestra vista, es posible que no lo veamos. Además, están los sesgos culturales, las creencias, los prejuicios, los dogmas y lo que damos por sentado, que actúan como filtros ante lo que observamos, y que pueden llevarnos a interpretaciones o conclusiones del todo desviadas y erróneas.

Los sentidos no siempre son acertados, y la vista es un sentido de percepción muy limitado. Lo que vemos a simple vista y a ojo desnudo no es lo mismo que vemos con un catalejo, un microscopio o un potente telescopio.

Lo que nos rodea de forma más inmediata no es lo mismo si miramos hacia abajo, hacia arriba, hacia un lado o hacia el otro, y si no es ante un espejo ni siquiera podemos vernos a nosotros mismos de frente y en posición invertida.

No podemos vernos la espalda ni la nuca ni la coronilla, a menos que alguien nos haga una fotografía y nos las muestre.

Incluso cuando nos vemos a nosotros mismos en un espejo o en una fotografía no nos reconocemos, o tenemos una percepción equivocada de nosotros mismos, nos vemos peor o mejor de lo que realmente somos, más agradables o menos agradables estéticamente hablando, más gruesos o más delgados, de la misma manera que vemos a la gente que nos rodea: los que nos simpatizan resultan agradables a nuestra vista, y los que no nos agradan nos parecen feos.

Como en la fábula de la zorra que pierde a su cachorro, vemos a nuestros hijos hermosos cuando todos los demás los ven como en realidad son, más allá de la perspectiva o cristal con que se mira.

Curiosamente, y por otra parte, nuestra vista es prodigiosa, lo mismo que nuestro olfato, y es capaz de percibir millones de colores e imágenes en un instante y de manera casi radial, pero nuestro cerebro solo procesa lo más inmediato o lo que le parece más interesante.

La vista es limitada, no puede ver más allá del infrarrojo ni del ultravioleta, y nuestro cerebro es economista y selectivo, pues solo guarda la información que le interesa y desecha, o mantiene en algunas neuronas para alimentar los sueños, lo que no le interesa, además de interpretar lo visto con los datos que contiene acumulados de lo que ha aprendido a lo largo de su vida, en su contexto, creencias y cultura.

En suma, lo que vemos, por más que lo tengamos enfrente, responde más a lo que ya conocemos y creemos, que a la realidad.

Las líneas de Nazca

Durante cientos de años, y quizá miles, la gente que caminó por las pampas de Jumana en el desierto de Nazca, no supo que pisaba geoglifos con formas de aves o símbolos arcaicos.

La arqueología oficial ha señalado que en la zona vivieron los paracas entre los años setecientos antes de nuestra era y doscientos de nuestra era, conviviendo con los nazcas durante un siglo, que residieron ahí entre los siglos I y VI de nuestra era, por lo que, haciendo cuentas cronológicas, uno de estos pueblos, o los dos en conjunto, trazaron las largas y gigantescas figuras sobre el suelo.

¿Por qué y para qué? No se tiene la menor idea.

¿Cómo lo hicieron? Tampoco se sabe.

El no tener la menor idea al respecto no ha detenido a la academia, que asegura que las hicieron con largas cuerdas amontonando piedras de regular tamaño, logrando hacer las ochocientas figuras que representan la fauna andina y unos seres antropomorfos que no se parecen ni en los rostros, ni en las máscaras ni en la ropa a sus posibles ejecutores.



Figura antropomorfa de Nazca

Ochocientas figuras (aunque de tiempo en tiempo se descubren más) en mil quinientos años no parece una tarea imposible, el problema es que no parece haber pasado mucho tiempo entre la confección de unas y otras.

La falta de lluvias y la poca presión humana las ha preservado durante mucho tiempo, pero desde que son famosas, apenas desde 1927, han sufrido lo que no habían sufrido en un par de milenios.

Las líneas de Nazca se pueden atisbar desde las montañas que rodean al desértico valle, pero solo desde el aire se ven con claridad, aunque con ciertos riesgos, ya que los instrumentos de los aviones a menudo fallan al sobrevolar la zona, como en otras zonas similares alrededor del planeta, provocando fatales accidentes.

¿Cómo calculan la edad de las líneas?

¿Cómo se calcula la edad de las piedras?

Con las técnicas, tecnología y los métodos científicos más avanzados de nuestro tiempo, es decir, haciendo cálculos aproximados, confiando en el lenguaje matemático y en la inestabilidad molecular de las rocas, que pierden isótopos radiactivos con el tiempo que se pueden medir y comparar con otras piedras.

El uranio, por ejemplo, tras miles de millones de años, llega a convertirse en plomo en un cincuenta por ciento al perder isótopos (protones y neutrones), con lo que una roca de uranio con plomo, tendría más o menos la edad de la Tierra.

También están las capas geológicas que indican de dónde pueden haber salido y, por tanto, la época a la que pertenecen. Las capas superiores suelen ser más jóvenes que las capas profundas o inferiores, que son más antiguas.

La erosión y el tallado también pueden ser buenos indicadores de la vejez o la juventud de las piedras.

En estas mediciones las probabilidades mandan sobre las certezas, y las fechas

que arrojan de acuerdo con nuestros arreglos temporales y calendáricos no suelen ser del todo exactas, pero sí bastante aproximadas, y donde unos cuantos miles de años arriba o abajo suelen ser tolerados.

Por tanto, es muy probable que las líneas de Nazca hayan sido construidas por los paracas o por los nazcas, o por ambos a la vez, o mil años antes o mil años después, porque las medidas no suelen ser muy exactas cuando el entorno es altamente radiactivo y electromagnético, como es el caso del desierto de Nazca.

Podemos, incluso, aceptar las premisas de la ciencia, que sabe mucho más que nosotros en todos los temas, pero las preguntas aumentarían en lugar de reducirse y darnos certezas.

Por ejemplo, ¿qué hacían ahí dos grupos humanos como los paracas y los nazca?

¿Qué comían?

¿De qué vivían?

¿Qué bebían?

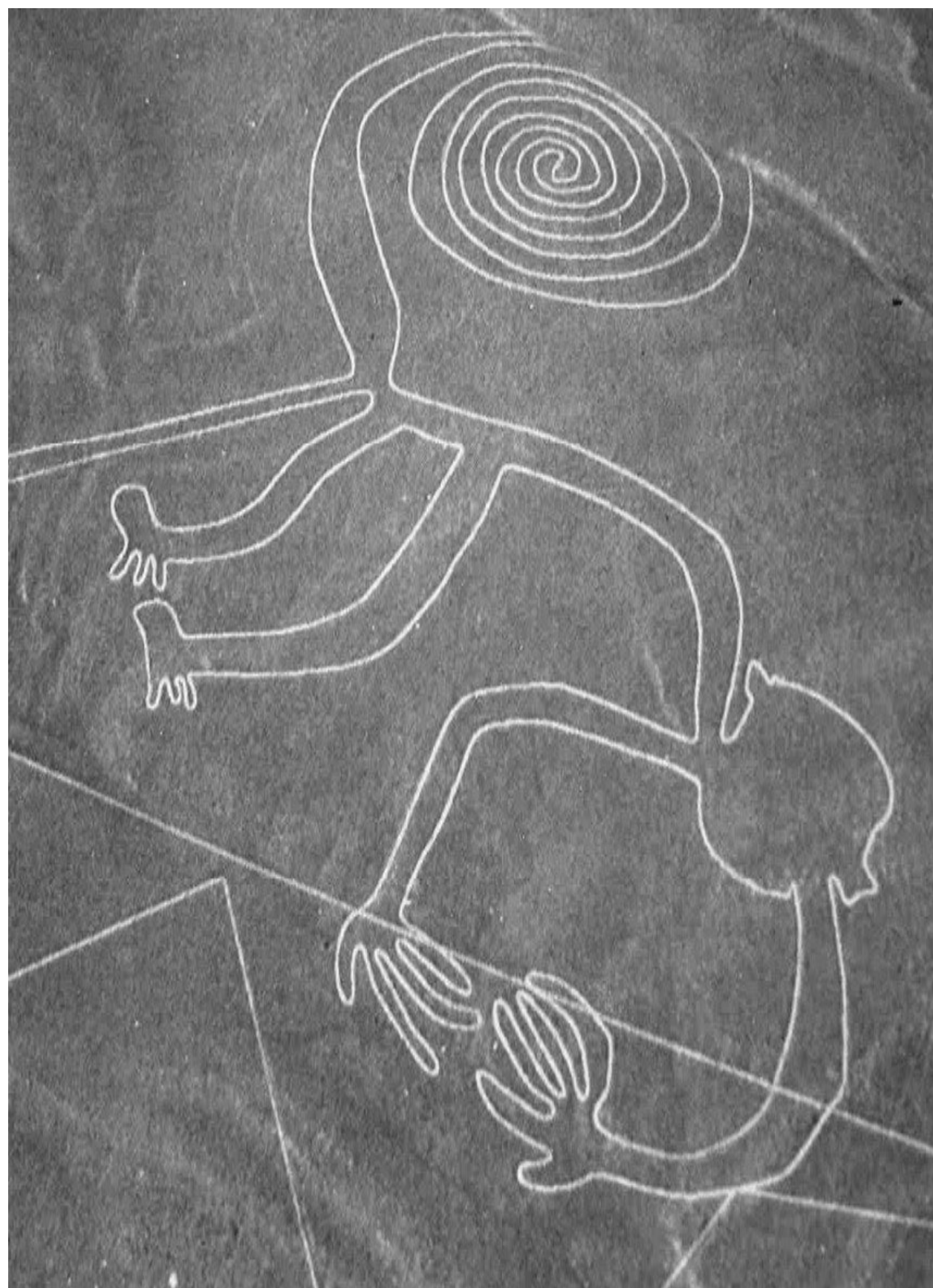
¿Dónde hacían sus necesidades?

¿Dónde dormían?

¿Cómo se reproducían y como aseguraban la continuidad de un grupo humano durante siglos en ese lugar y su entorno?

¿Con qué recursos contaban en ese desierto durante su pasatiempo de construir ochocientos geoglifos?

Y, nuevamente, ¿por qué y para qué realizar ese arduo e increíble trabajo?

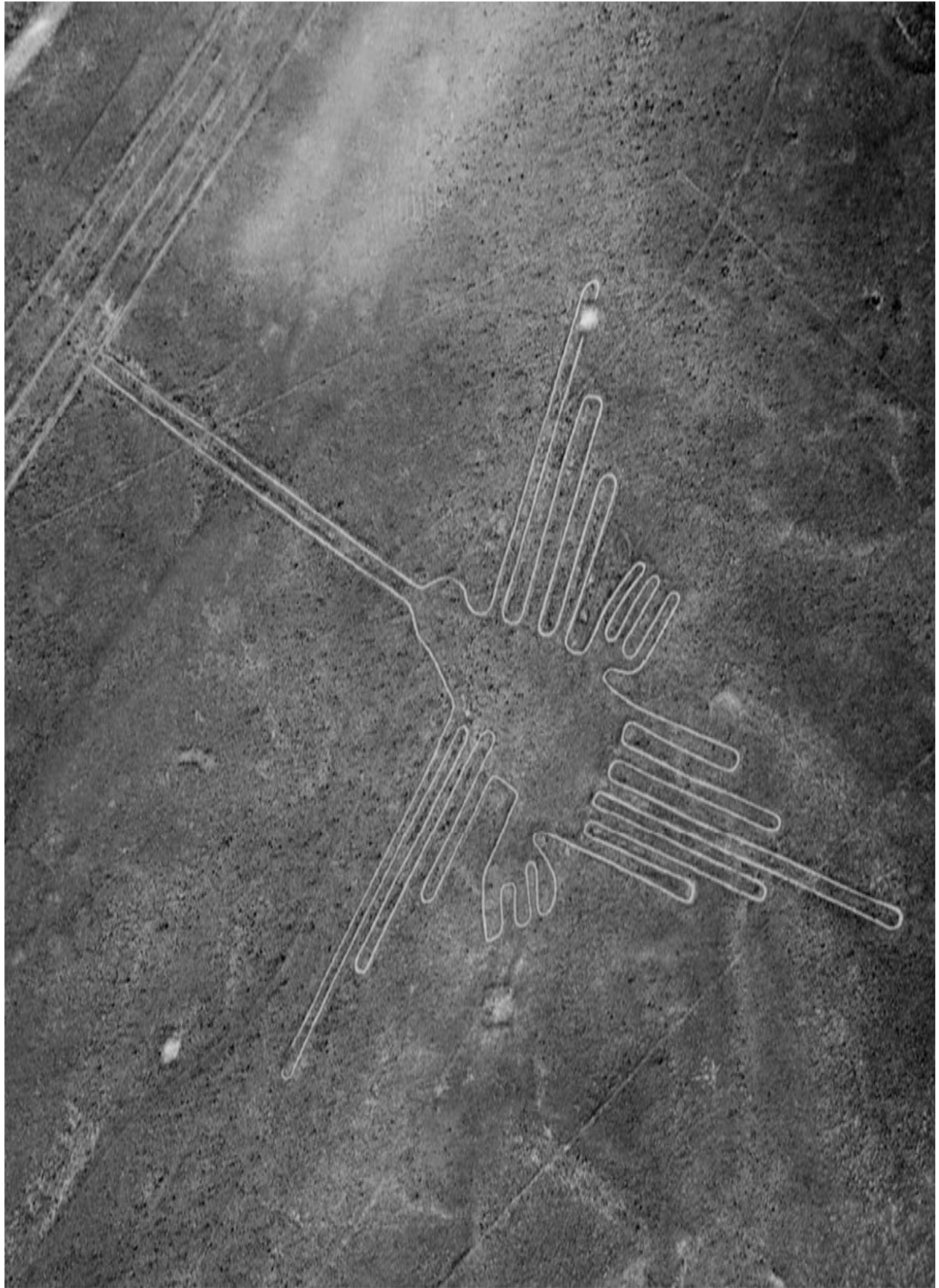


Mono de Nazca

Los incas no les dieron mucha importancia, pero las leyendas andinas sí dan cuenta de gigantes que emergen de la tierra, así como de dioses caídos después de la batalla de los cielos, con las figuras de animales, sobre todo las de aves, como consejeros o vaticinadores que acompañaban a los dioses.

En muchas de estas culturas los desiertos eran, por motivos obvios de desolación y carencia, caminos que llevaban al inframundo y a la muerte, y las figuras serían referentes de todo lo que muere al pasar o al caer en ellos, con lo que serían tanto una llamada como una advertencia.

El aeropuerto pensado por Daniken siempre fue una idea absurda para los aviones u ovnis de su época, de la misma manera que es absurdo que naves espaciales necesiten de luces de colores o faros antiniebla para viajar entre las estrellas, cuando muchos de los aviones militares, del todo humanos, no requieren de pistas ni de luces ni de señales gigantescas gravadas en la tierra para su aterrizaje.



Ave de Nazca

Pasados por el filtro de la más popular interpretación humana, los extraterrestres no parecen ser nada inteligentes ni muy avanzados tecnológicamente; los dioses o las divinidades, tampoco, sino tan torpes e ignorantes como la humanidad que las concibe, porque desde los presupuestos de la necedad y la creencia no los podría haber concebido de otra manera.

Algunas de las figuras de Nazca pueden estar relacionadas con un tipo de creencias o divinidades, pero otras no son más que el recuento de la fauna del área que rodea al desierto de Nazca, o, según algunos, de los animales que ahí vivían antes de que la pampa se convirtiera en un desierto, ya que si bien algunas son perfectamente reconocibles, otras escapan a la taxonomía que conocemos.

La arqueóloga alemana nacionalizada peruana, Marie Reiche, fue la principal investigadora y guardiana de Nazca, quien midió, limpió, cuidó y dio proyección internacional a la zona, abrió diversas líneas de investigación, pensando incluso que dichas figuras tenían un propósito cíclico o calendárico, pero nunca llegó a una conclusión sólida y que al menos para ella misma fuera plausible, y, como buena y dedicada científica, jamás se sumó a las corrientes esotéricas ni a sus descabelladas hipótesis.

Tras dedicar su vida a Nazca, Marie Reiche murió a los 95 años, en 1998, afectada de cáncer, Parkinson y ciega, es decir y según alguno de sus seguidores, con las típicas enfermedades de una persona expuesta constantemente a una radiación de cierta intensidad, como la que supuestamente se produce en determinadas zonas del desierto de Nazca, y de las que nadie habla.

Tras la muerte de la investigadora, las líneas de Nazca no han dejado de ser populares, pero sí han dejado de ser cuidadas, y lo que no ha hecho el tiempo ni el desgaste del viento, pueden lograrlo los humanos: hacer que desaparezca convenientemente lo que no se entiende o lo que no se comprende, que se borre el pasado incómodo que puede hablar de otras formas de ver el mundo, de otra humanidad, de otras tecnologías, de otros intereses que no sean la fama, la gloria y el dinero, de otra visión de la existencia.

Las momias de Paraca

Sin salir del departamento de Ica ni del área de influencia de Nazca, que está a solo cien kilómetros de Lima, Perú, se encontraron varias tumbas, muchas de ellas con curiosas momias que hoy descansan en un museo cubano.

La voz quechua “paraca” quiere decir en nuestra lengua “lluvia de arenas”, algo muy propio de la zona desértica que habitaron los paracas por más de quinientos años, del siglo VII antes de nuestra era, al siglo II de nuestra era, en un equilibrio vital que hoy en día nos parece tan incomprensible como heroico.

¿Cómo puede sobrevivir una población en un entorno tan agreste?

¿Por qué vivir ahí y no en otro lugar más cómodo y fértil?

Por supuesto, no todo era desierto y contaban con dos ríos y una fortificación sobre un peñasco en Tajahuana, en el departamento de Ica, desde donde se expandieron tanto hacia el norte como hacia el sur, logrando un buen nivel de vida y desarrollo social y tecnológico.

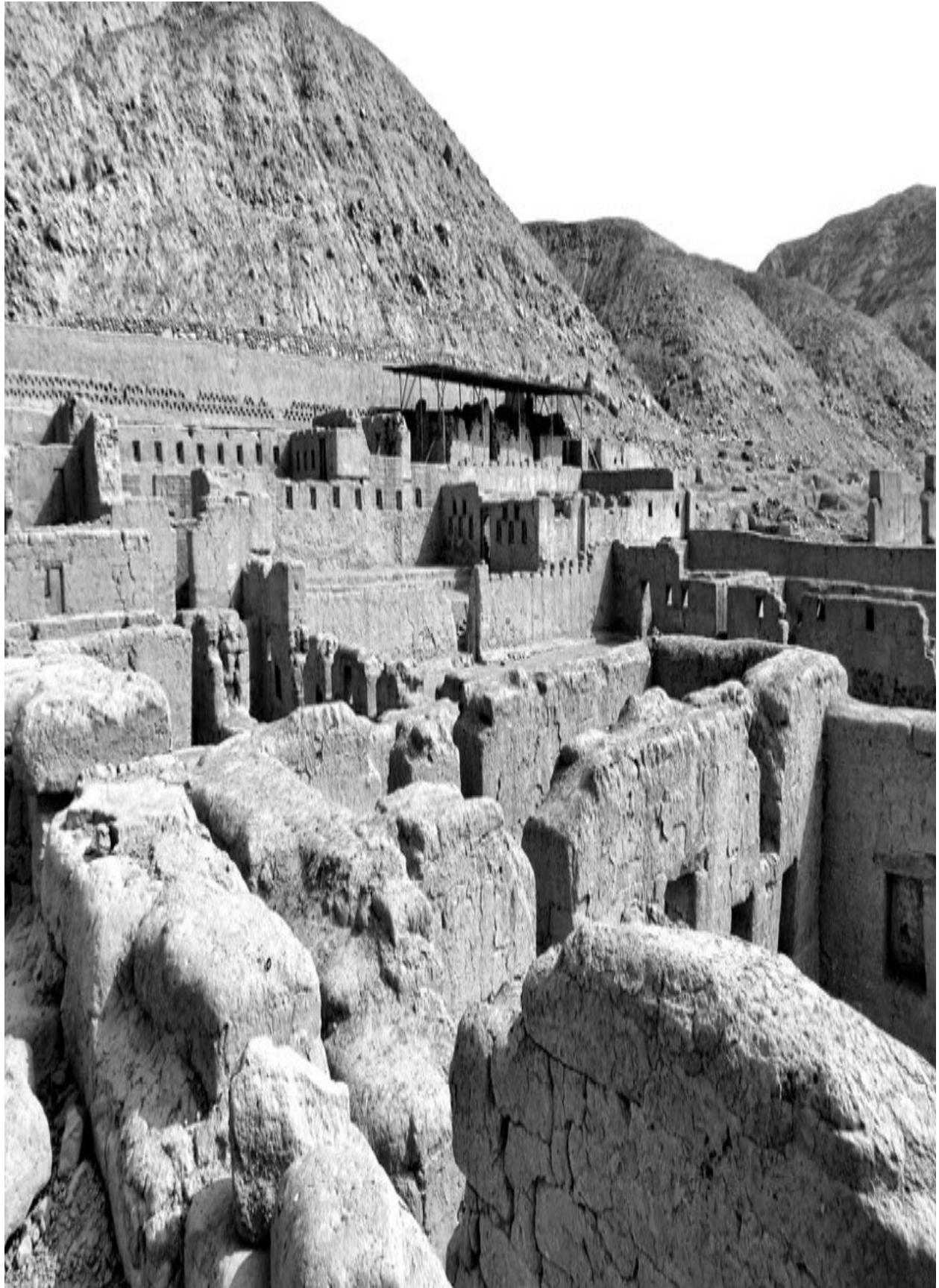
Sus construcciones no son tan espectaculares como las de otras ciudades incas y preincas, pero no están nada mal para haber sido construidas hace más de dos mil años en una zona complicada, cuando bien pudieron ser construidas en los llanos junto a las zonas fértiles del valle.

No hay formas piramidales ni piedras fundidas de lejanos orígenes, y se desconoce qué usaban como techo de sus construcciones, pero la unidad del complejo indica un alto desarrollo social y un buen conocimiento de la arquitectura y la ingeniería.

Sin embargo, no parecen guardar una unidad de estilo con las famosas líneas de Nazca, donde las lluvias de arena son frecuentes.

Los chavín, cultura anterior a la paraca, vivían en los llanos y evitaba las alturas y los desiertos, lo que parece de más sentido común, por lo que no se entiende

por qué los paracas cambiaron de rumbo y dejaron los llanos para encaramarse en las montañas y trabajar en los desiertos.



Ruinas de Paraca

Hay quien apunta a las guerras, pero no se han encontrado vestigios de que la región haya sufrido especialmente por conflictos bélicos. Las tumbas de los paracas que se han encontrado en las cuevas circundantes no revelan cadáveres con heridas de guerra, pero sí momias con aspecto muy diverso y, en algunos casos, especial e impactante.

La más famosa es la momia de cabeza alargada y manos con tres largos dedos.

Otras simplemente presentan cráneos alargados, mucho más alargados que los cráneos mayas y africanos, quienes también deformaban de manera artificial sus cabezas, y más cercanos a los encontrados en Medio Oriente, aunque en algunos casos el alargamiento y las diferencias de uniones óseas es completamente diferente y parece más un crecimiento natural que una acción del hombre para cambiar su aspecto.



Momia de paraca con el cráneo alargado

Este rasgo distintivo de la población paraca despertó de inmediato la polémica entre los investigadores oficiales y los estudiosos independientes, y no tardó en hacerse un lugar entre los esoteristas y los cazadores de leyendas, ante la imposibilidad de la ciencia oficial de explicar de dónde habían salido las palmas datileras que se encuentran en la zona y que son endémicas de Medio Oriente.

En alguna leyenda popular se habla de los tres dedos, como en otras se habla de diferentes humanidades y razas de hombres que poblaron la Pacha Mama antes que los humanos actuales, como gigantes, jarjachas o animales con rostro humano y humanos con rostro animal, huacas o espíritus de las más diversas formas y fuentes, e incluso de dioses, como Amaru, de una apariencia muy particular, pero en ninguna de las conocidas se habla de humanos o visitantes de los cielos con la cabeza exageradamente alargada.

También se habla de defectos genéticos debidos a la práctica del incesto, más habitual de lo que se quiere aceptar, como los que nacen con cola, sin dedos, macrocefalia, seis o tres dedos por miembro, deformes, retrasados o cualquier otra anomalía física o mental.

Sin embargo, muchas de esas momias de aspecto diferente llegaron a sanas edades adultas, y no parecen haber sufrido maltrato, encierro o rechazo por su aspecto mientras estaban con vida y convivían con el resto del pueblo.

Entre las momias de paraca hay cuerpos completamente normales desde la perspectiva de la normalidad que tenemos hoy en día, con rasgos y proporciones regulares, cinco dedos en cada mano y cada pie, que comparten época y cercanía de entierro con las momias de rasgos diferentes.

Se desconoce, además, si las momificaciones son naturales gracias a las condiciones del terreno como sucede en otras partes del mundo, o si fueron buscadas y previamente preparadas, como en el antiguo Egipto, ya que en algunos casos, no en todos, la forma de entierro indica una búsqueda de trascendencia en el más allá, tanto por la posición de los cadáveres, como por los elementos con los que se les enterró.



Cráneos alargados de diferentes medidas

Curiosamente, los cráneos más alargados parecen más naturales que los menos alargados, como si los menos alargados fueran una copia de los otros, ya fuera como en el caso de los mayas, por una cuestión estética, o como en el caso de los cráneos alargados de Medio Oriente, que parece más ritual.

De hecho la cultura paraca fue descubierta gracias a sus cementerios. El arqueólogo peruano Julio C. Tello, entre 1925 y 1927, encontró tres centros mortuorios de esta singular cultura. En los dos primeros, situados en el Cerro Colorado y sus cercanías, se encontraban cerca de cuarenta tumbas con restos óseos y sus correspondientes ropas, armas, vasijas, alimentos y armas dependiendo de su jerarquía en vida; y más de cuatrocientas momias, mejor ataviadas y con entierros más cuidados. Hasta aquí el gran descubrimiento de Tello no ofrecía más polémica que situar en el tiempo y el espacio a los paracas, diferenciándolos de los chavín, precedentes, y de los nazca, subsecuentes.

En la tercera zona de entierro, en la península de Paracas, Tello y su equipo encontraron tumbas saqueadas y, para su sorpresa, los impactantes cráneos alargados, algunos de ellos con claras muestras de momificación, es decir, con pelo y algo de piel, que de inmediato despertaron las suspicacias de unos y el interés, a veces desmesurado, de otros, porque no solo había tumbas, sino habitaciones y viviendas subterráneas.

¿Los cabezas alargadas vivían ahí ajenos al mundo exterior?

Las teorías sobre el inframundo y la Tierra Hueca se dispararon, para dar paso a las puertas dimensionales y a la presencia de otros seres del espacio.

Para unos los cabeza alargada convivieron con los de cabeza normal, pero para otros estaba claro que eran razas aparte. Pasado el tiempo y con el desarrollo de las técnicas sobre el ADN, unos aseguran que son restos humanos, y otros que de humano esos restos solo tienen un porcentaje.

Las teorías de Tello al respecto siguieron los pasos de la academia de su tiempo, pero los descubrimientos posteriores, más allá de sus dos etapas de la cultura paraca por sus métodos de entierro, llenaron de dudas e incertidumbres las

premisas iniciales, y dieron lugar a leyendas modernas que intentaban encontrar justificación y legitimidad en las leyendas preincas.

El Imperio inca pasó de largo por estos y otros misterios de los pueblos que iba conquistando, tanto de su presente como de su lejano pasado, entre otras cosas, porque lo que le interesaba era imponer sus propias creencias y estilo de vida, y no dudó en destruir, y en algunas ocasiones reconstruir o repoblar, lo que se encontraba a su paso.

El Imperio inca inicia su expansión en el año 1200 de nuestra era, mil años después de que la cultura paraca desapareciera, y quinientos años después de que lo hicieran los nazca, por lo que es más que probable que conocieran muy poco o nada de sus dioses, creencias o leyendas, y mucho menos de la posible conexión o contacto entre cabezas alargadas preincas y cabezas alargadas de Medio Oriente.

Los lejanos contactos y difusión cultural entre pueblos de todo el mundo hace tres o cuatro mil años son un hecho que actualmente se escapa de las leyendas por más que la ciencia histórica y arqueológica se empeñe en negar.

España y Portugal no descubrieron nada, simplemente legitimaron la usurpación y la conquista. Colón no fue ni mucho menos el primer europeo en tropezar con el continente. El contacto económico y cultural entre los pueblos prehispánicos es más que evidente. Al Callao llegaban naves chinas, japonesas, malayas y Molucas por el Pacífico, y los pueblos nórdicos, los famosos vikingos, lo hacían por el Atlántico, por lo que no es nada raro que embarcaciones turcas, mucho más grandes y eficientes que las carabelas de Colón, pudieran haber llegado a tierras americanas por varios frentes.

El mito y leyenda de Colón es menos cierto que las leyendas y mitos incas y preincas que hablan de las visitas de los dioses.

María, la momia de Nazca

María, la momia de Nazca, fue encontrada en el 2017, y datada en el 500 de nuestra era, es decir, perteneciente del todo a la cultura Nazca, y alejada de la cultura paraca por cuatrocientos años.

Su momificación fue deliberada y no natural, y los rasgos que presenta responden más a la leyenda de los cabeza larga y tres dedos, que a la de los habitantes “normales” de la zona.

Según algunas opiniones es del todo extraterrestre.

Otros aseguran que es un híbrido, algo humana y mucho extraterrestre.

Sin faltar los que creen que es más humana que nacida en las estrellas.

Mientras que otros niegan cualquier atisbo de autenticidad en dicha momia.



María, la polémica momia de Nazca

Algunas de las pequeñas momias descubiertas en el mismo enclave han resultado ser monos, conejos, o conejos mezclados con monos, es decir, estar compuestos de diferentes animales terrestres antes de su momificación. Pero María sigue siendo un misterio, porque falsa o no, extraterrestre o terrestre, es un cuerpo de una sola pieza que ha sufrido un proceso de momificación, hembra y con mil quinientos o mil seiscientos años de antigüedad, así que si alguien creó la falsa momia, lo hizo en Nazca hace mil quinientos años, y no sus actuales descubridores, quienes, por desgracia, tampoco cuentan con credibilidad científica aunque sí con cierto eco mediático y popular.

Hay muchas más momias en lo que fue el Imperio inca, tanto del periodo incaico como de periodos anteriores. Hay que tomar en cuenta que la historia de Perú se sitúa desde hace trece mil años hasta la fecha, desde los grupos nómadas que huían del frío y los deshielos, hasta el día de hoy, con criollos, mestizos y numerosos y dispersos grupos étnicos, por lo que no son nada raro los constantes descubrimientos en territorios tan accidentados como poco explorados, de los Andes, los seis mil kilómetros de costas y sus increíbles desiertos.

Momias comunes y corrientes, de niños, hombres y mujeres, unos sacrificados a los dioses en ceremonias puntuales, otros muertos de forma natural; vasijas con motivos japoneses, chinos o sumerios; palmas datileras fuera de su lugar de origen; cráneos alargados de diversos tamaños y edades; manos sueltas con tres dedos; pequeñas momias con cuerpo de mono y cara de conejo; muy poco oro y muy poca plata porque las tumbas importantes han sido saqueadas en su mayoría; piedras de tiempos prehistóricos labradas; partes mecánicas de piedra metálica que nadie sabe para qué pudieron servir, aunque algunas parecen simples bobinas o generadores petrificados, lo que también es intrigante; piedras fundidas y vitrificadas sin ser volcánicas o al lado de otras piedras similares en perfecto estado; líneas que son en realidad gigantescos geoglifos, indescifrables algunos de ellos, y finalmente María, que reúne varios de los rasgos legendarios, colocan al departamento de Ica peruano, y al desierto de Nazca en particular, en el ojo del huracán del laberinto de la mitología inca de todos los tiempos.

Machu Picchu, la ciudad leyenda

Durante los últimos años los arqueólogos más o menos serios se han dedicado a desmitificar los cuentos y leyendas que se han contado durante siglos sobre la ciudad situada en el Machu Picchu, sabedores de que quizá nunca estuvo escondida y que su construcción es eminentemente inca.

El Imperio inca es relativamente moderno y cercano a nuestra época, de él se sabe mucho gracias a esa cercanía y a la larga relación que mantuvieron con los españoles antes de ceder por completo a la conquista.

Los españoles conocieron de primera mano y en primera persona muchos de sus tesoros, conocimientos en agricultura, astronomía, minería, ingeniería de caminos, medicina, orden social, política, diplomacia y excelente método para recaudar impuestos, entre otros conocimientos y sabiduría de los incas, pero nunca supieron, como no se sabe del todo hasta hoy en día, sus técnicas y métodos de construcción.

¿Cómo moldeaban las piedras?

¿Cómo las movían?

¿Cómo las encajaban?

¿Cómo las subían hasta dos mil metros de altura sobre escarpadas montañas?

¿Cómo las montaban unas sobre otras?

¿Qué cálculos previos hacían antes de acometer las obras?

¿Cuánta gente ocupaban?

¿Cómo abastecían a esta gente?

¿Qué herramientas utilizaban?

¿Cómo lograban la nivelación, los cimientos y la estabilidad de las construcciones para que aguantaran por siglos la erosión, las tormentas, las

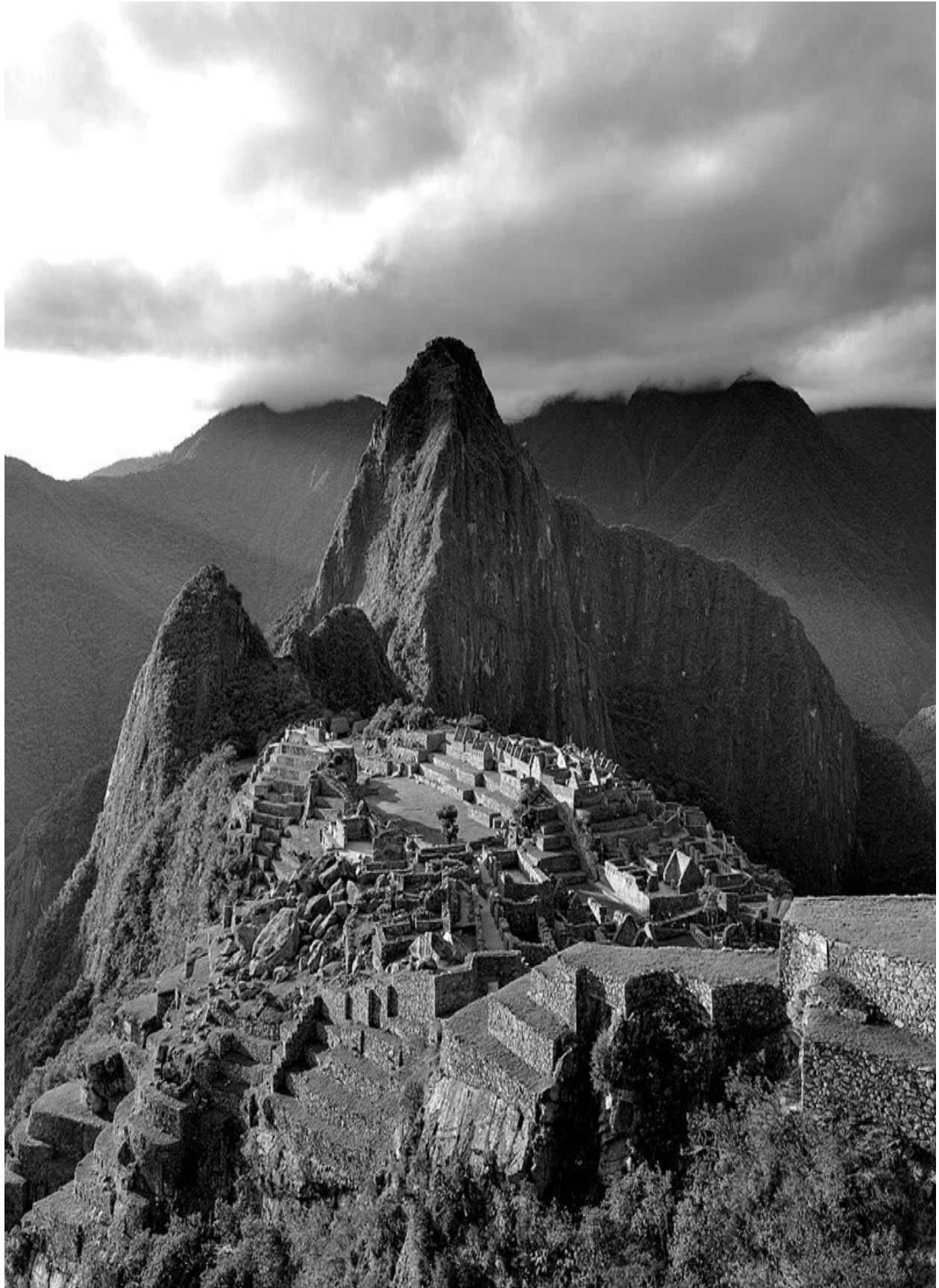
sequías y los temblores?

¿Cómo levantaban esas enormes y gruesas paredes, y cómo les daban forma?

¿Dónde estaban los ingenieros y arquitectos capaces de llevar a cabo dichas construcciones?

¿Dónde habían ido los sabios que sabían y aplicaban los secretos de aquellos prodigios que maravillaron a Cieza, Pizarro y Alvarado?

¿Los españoles fueron tan necios que ni siquiera lo preguntaron?



La impresionante ciudad de Machu Picchu

Los españoles destruyeron todo lo que pudieron y respetaron sin querer lo que no vieron, como las ciudades mayas, pero no quisieron o no supieron cómo destruir muchas de las construcciones incas.

Los incas tampoco pudieron destruir muchas de las construcciones preincas, pero lo intentaron y construyeron sus propias ciudades sobre las ciudades anteriores, algo que también hicieron los españoles.

Los incas sustrajeron el oro que cubría portales y paredes de las construcciones preincas, algo que les hubiera gustado hacer a los españoles, y colocaron sus piedras grises y pulidas sobre lo que antes fue un luminoso dorado.

Los españoles no pudieron siquiera mover una sola piedra de las construcciones incas, aunque lo probaron con el cincel, para despojarlas de símbolos herejes, y a cañonazos, sin lograr su cometido.

La ciudad de Machu Picchu en realidad nunca fue un secreto, pero su difícil acceso y su falta de oro la hizo poco apetecible para los conquistadores. Hoy, con el turismo, da mucho más oro que muchas minas, y se puede considerar como un verdadero El Dorado, sin dejar de conservar sus leyendas milenarias.

Cuenta una leyenda que la ciudad de Machu Picchu fue hace mucho tiempo una ciudad preinca, dorada y cubierta de oro, como era la usanza, dedicada al dios solar Inti, refugio de gobernantes y sacerdotes, visitada cada año por los dioses que bajaban hasta ella para observar el progreso de los hombres.

Como población andina y preinca, la ciudad asentada en el Monte Viejo, o Machu Picchu, bien pudo haber sido un enclave secreto donde se escondían tesoros y se refugiaban los señores cuando las cosas iban mal en sus poblados.

La antigua ciudad contaba con eficientes surtidores de agua, sistemas de drenaje y limpieza, campos de cultivo y un clima de montaña húmedo ideal para el descanso del guerrero o del gobernante de turno, así como para la crianza y pastoreo de llamas y alpacas, sin demasiadas amenazas de bestias depredadoras o terribles y ponzoñosas víboras o insectos, con ciudades hermanas que llevan

hasta ella, como Ollantaytambo y Coricancha, no menos mágicas y míticas, que alguna vez fueron ciudades de oro que el Imperio inca conquistó.

Ollantaytambo

En Ollantaytambo las construcciones preincas se mezclan con las estructuras incas, e incluso se pueden ver grandes bloques de ambas manufacturas esparcidos por el suelo sin que hayan sido colocadas en su lugar, como si hubieran estado haciendo pruebas o fuera material restante.

La construcción inca se le adjudica a Pachacútec, conquistador de la zona, a la que años más tarde Manco Inca Yupanqui mandaría a hacer corredores de contención, tanto para soportar las paredes de la ciudad, como para apostar a su ejército de resistencia en contra de los españoles.

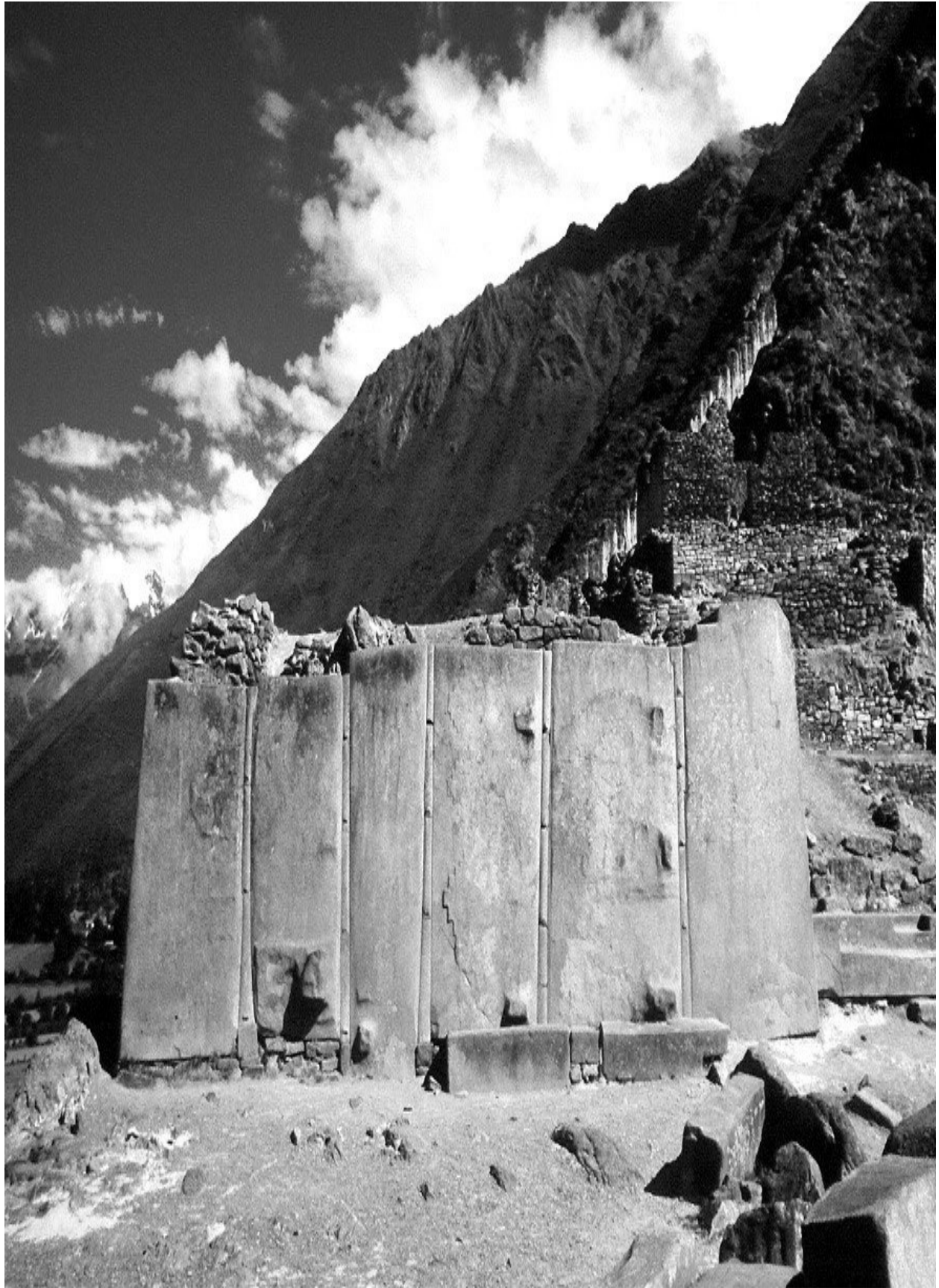
Aunque perteneció al Imperio inca, antes de su caída Ollantaytambo ya tenía todas las características de las ciudades estado independientes, como Atenas o como Palenque, pues contaba con todos los servicios de agua, drenaje, campos de cultivo, ganadería y una elaborada urbanización con casas para los comunes y palacetes para las élites.

Pachacútec aprovechó sus características y su emplazamiento, y mejoró algunos aspectos de la irrigación y las técnicas de cultivo, así como las viviendas para la nobleza inca.

Cuentan que Manco Yupanqui construyó los muros de contención y sus corredores ante las narices de los españoles, y que los derrotó tantas veces como intentaron el asedio a la ciudad a pesar de las armas con las que contaban los conquistadores, que no pudieron mellar la fortaleza.

Sin embargo y nadie sabe por qué, Manco Yupanqui abandonó la ciudad y desapareció para siempre en las selvas de Vilcabamba, dejándola en manos de los usurpadores que la convirtieron en la encomienda de Hernando Pizarro en el 1540, quien intentó derribarla, pero sin conseguirlo, con lo que aprovechó lo que

pudo para iniciar las construcciones coloniales que hoy se mezclan con las ruinas incas y preincas.



Templo de Inti en Ollantaytambo

Curiosamente, Ollantaytambo quiere decir “Ciudad habitación”, o ciudad para habitar, cosa que se ha hecho desde su mítica fundación hasta nuestros días, pasando por la colonia. Ollantaytambo nunca ha estado despoblada y, según las leyendas, nunca lo estará mientras existan los seres humanos sobre la faz de la Pacha Mama.

No se sabe exactamente qué técnicas tenían los incas para tratar la piedra y realizar sus construcciones, y mucho menos sus antecesores, a quienes se les adjudica la construcción del Templo de Inti, el dios Sol, cuyas impresionantes paredes sufrieron los embates de incas y españoles, las cuales presentaban tallas, salientes y bajo relieves de sus divinidades, como el puma, que hoy en día apenas se perciben.

Primero Viracocha y luego Jehová intentaron usurpar el templo de Inti, pero nunca lo lograron del todo.

Se sabe muy poco de Ollantaytambo y de sus habitantes antes de la conquista de Pachacútec en el 1438, porque el Imperio inca, tan celoso como el Imperio español, se dedicó a borrar el pasado, a imponer sus dioses y su forma de vida, y asimilar a los pueblos que les precedieron, ya fuera aniquilándolos, sometiéndolos, o llevándolos a otras regiones en migraciones obligadas, dispersando tanto a las personas como a las culturas y sus creencias.

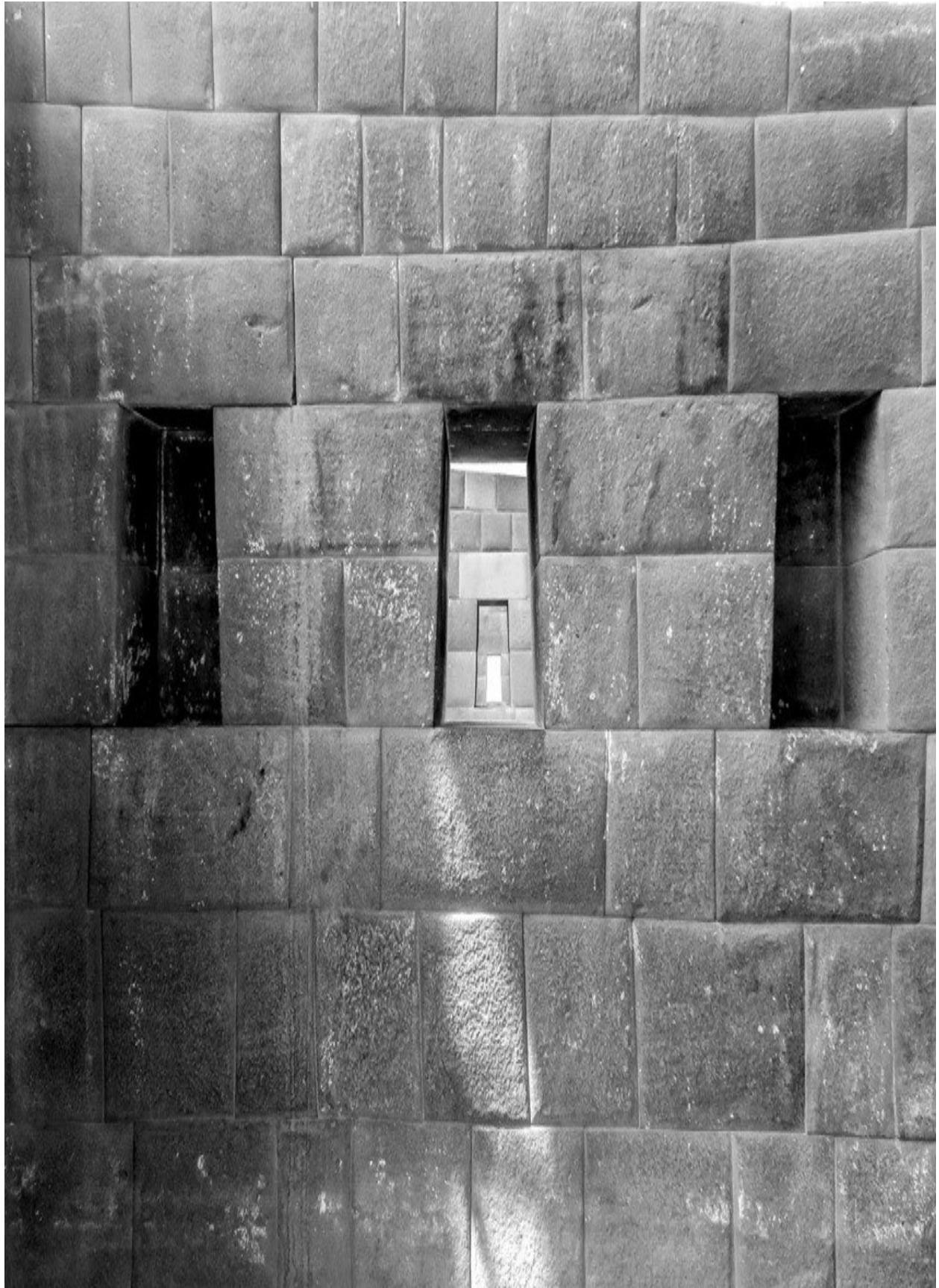
Coricancha y sus chinkanas

Si en Ollantaytambo no pudieron borrar del todo los cultos solares y ancestrales de las culturas preincas, en Coricancha mucho menos, ya que su nombre significa textualmente “templo dorado”.

Coricancha fue, es y será un lugar mágico, pues se cuenta que ahí descendían y

descansaban los dioses tras sus viajes estelares, y que el espíritu del Inti Wawa, no Niño Solar, estaba siempre presente.

Cuenta la leyenda que cuando Manco Cápac pasó por ahí con su colla, Mama Ocllo, Inti Wawa lo llamó aparte y le dijo que fundara el Imperio inca, porque estaba destinado por los dioses a ser el amo y el señor de todas aquellas tierras, para enseñarles y mejorar sus cuerpos, sus mentes y sus almas.



Detalle del Templo del Sol en Coricancha

Manco Cápac, que según otras leyendas también era un ser divino, siguió el consejo y la legitimación de Inti Wawa, y fundó el grandioso Imperio inca.

Más de un siglo después, Pachacútec encontró ahí el espejo cristalino donde se podía ver todo, desde el pasado hasta el futuro, así como las cosas que sucedían en el presente, estuvieran lejos o cerca.

Los mitos y las leyendas de Coricancha nos hablan de una ciudad recubierta de oro, con fuentes fantásticas e imposibles (algunas de ellas se pueden ver y tocar hoy en día), luces que brillaban por las noches sin agotarse nunca, además de abundancia, salud, larga vida, bienestar, paz, armonía y toda clase de placeres y riquezas.

A Coricancha no solo descendían los dioses en sus carros con alas de cóndor, sino que además contaban con las chinkanas, que eran túneles y pasadizos, algunos de ellos laberínticos que comunicaban con otras ciudades, como Machu Picchu y Ollantaytambo, o bien que conducían a Hanan Pacha o a Uku Pacha, es decir, a los aposentos celestiales de los dioses o al mundo de la tierra interior, verdaderas puertas dimensionales que teletransportaban a los viajeros que conocían los secretos de las chinkanas.

En las chinkanas se escondían los señores cuando había peligros externos.

Por las chinkanas huían los perseguidos.

Las chinkanas llevaban a otros mundos, a otros tiempos, pues por ellas se podía recorrer el universo entero en todos los sentidos.

Las chinkanas llevaban a inmensos depósitos de toda clase de tesoros, objetos maravillosos, minas de oro y de plata con los metales a flor de tierra, y manjares exquisitos destinados a los dioses.

No son pocos los aventureros y los exploradores que se perdieron en ellas, ya fuera por su codicia, su impureza o su ignorancia, mientras que otros, con más suerte, simplemente entraban por una y salían por otra.

Hoy en día buena parte de las chinkanas de Coricancha están tapiadas y enrejadas para evitar accidentes y problemas con los miles de turistas que las visitan anualmente camino de Machu Picchu.

Se cree que Coricancha fue construida inicialmente por los ayamarcas, un pueblo poderoso y de avanzada tecnología que dominaba la zona y era temido por sus vecinos, aunque no eran belicosos ni imperialistas, pero que estaban tan avanzados y llevaban una vida tan diferente al resto, que impresionaban al resto.

Cuenta la leyenda que en una de las creaciones del mundo y de una nueva humanidad tras inundaciones, temblores y desgracias similares, uno de los cuatro hermanos Ayar, Manco Ayar, se quedó a vivir ahí, salvó sobrevivientes, tuvo descendencia con su colla y otras mujeres de la zona para aumentar la demografía de su joven reinado, y, finalmente, construyó la ciudad en agradecimiento a Inti, con piedras doradas en sus murallas y oro macizo en su templo, sin dejar un detalle al azar, y con todos los secretos que contendría para la posteridad.

Para levantar y colocar las colosales piedras usaban los cantos y una especie de flauta regalada por los dioses, es decir, con el sonido; y con el calor de un rayo moldeaban y daban suavidad a las piedras para que al darles el sol estas brillaran.

Desde la llegada de los incas y de los españoles, se respetó muy poco la construcción original, el oro de las paredes desapareció poco a poco rumbo a Cusco y a Sevilla, y muchas de sus piedras que brillaban al sol fueron destruidas del todo. En su lugar y encima de ellas, los incas construyeron sus propios muros y reconstruyeron a su estilo y forma el Templo del Sol, y, no se sabe en qué momento, algunas de las paredes incas se fundieron y hoy presentan una curiosa forma derretida, como si un rayo láser gigantesco hubiera impactado sobre ellas y no un volcán, un fuego provocado o una explosión, porque las paredes conjuntas no sufrieron ningún daño.

En la actualidad Coricancha está llena de ruinas y de edificios coloniales independientes, o que aprovecharon las piedras incas y preincas para su construcción, con una que otra construcción más moderna.

Lo que sí se ha conservado son caminos, calles empedradas, veredas y escaleras, y algunas ruinas con sus muros y chinkanas, que le dan al conjunto de la ciudad

un aspecto singular muy apetecible para el turismo.

El terremoto de 1950 que azotó la región del Cusco, tiró muchas de las construcciones más modernas, pero apenas si movió las ruinas incas y preincas de Coricancha, que alguna vez fueron el centro sagrado y religioso de todo el Imperio inca y sus más de seis mil kilómetros de largo, como lo fue de los ayamarcas y de otros pueblos cuyo rastro es difuso entre las sombras del tiempo.

Tiahuanaco

Si algo se diluye entre las sombras del tiempo, es la mítica Tiahuanaco, cuya cultura se desarrolló oficialmente entre los siglos XVI antes de nuestra era, y el siglo XII de nuestra era, es decir, durante algo más de dos mil quinientos años, ocupando un amplio territorio de lo que hoy llamamos Argentina, Chile, Bolivia y Perú, con lo que posiblemente sea la más importante cultura preinca, y que seguramente tuvo una gran influencia sobre lo que un siglo después sería el Imperio inca.



Ruinas de Tiahuanaco

La ciudad de Tiahuanaco, ribera seca en aimara, hoy en día presenta un paisaje desolado y unas ruinas impresionantes que nada o poco tienen que ver con las posteriores construcciones incas, pero que en su tiempo de esplendor fue un importante e influyente centro ceremonial, político, social, urbano, científico y artístico, con una astronomía depurada y una minería y metalurgia avanzadas, además de sus logros ganaderos y agrícolas.

Hay cierto acuerdo en que su decadencia pudo deberse a los procesos de desertización que sufrieron las costas del pacífico, bajando los niveles de ríos, agua y lluvia en la región, lo que posiblemente disminuyó la producción alimenticia de la zona y obligó a sus habitantes a retirarse a zonas menos dañadas por la sequía.

Sin embargo, el acuerdo no es total, porque Tiahuanaco, orgullo de Bolivia, tuvo puerto en el lago Titicaca, a solo quince kilómetros de la mítica ciudad, técnicas de irrigación eficientes y métodos de transporte y distribución de las zonas fértiles a las zonas áridas, además de un buen conocimiento del marisqueo y la pesca, con lo que los problemas de hambre no debieron ser importantes.

Las leyendas cuentan, que como en el caso de la cultura maya, Tiahuanaco fue simple y sencillamente abandonada y sus señores y sabios desaparecidos de la faz de la Tierra como por arte de magia.

Buena parte de lo que queda de la ciudad rebela una precisa y avanzada arquitectura, sencilla y directa, bien planificada, con canales de agua potable y canales para el tratamiento de las aguas negras, todo a nivel y de una eficiencia urbana incontestable, que aprovechaba perfectamente la luz para dar calor en invierno y fresca en el verano. Hasta aquí, aunque sorprendente, la cronología y el desarrollo parecen estar en orden.

Sin embargo, al llegar a la Puerta del Sol, que milagrosamente todavía se tiene en pie, las cosas cambian y la cronología ordenada y limpia de los arqueólogos académicos pierde validez y sentido, porque tanto esta puerta como alguna de las esculturas que la acompañan tienen una edad mucho más antigua que el resto de la ciudad, tanto por la edad de las piedras y su desgaste debido a la erosión del

viento y el tiempo, como por su orientación al solsticio invernal austral, que nos lleva hasta unos diez mil años antes de nuestra era, lo que académicamente es simplemente imposible, o por lo menos inadmisible, cuando se supone, oficialmente hablando, que la mayor tecnología humana eran los primeros sembrados, alguno que otro túmulo y total desconocimiento de los metales.

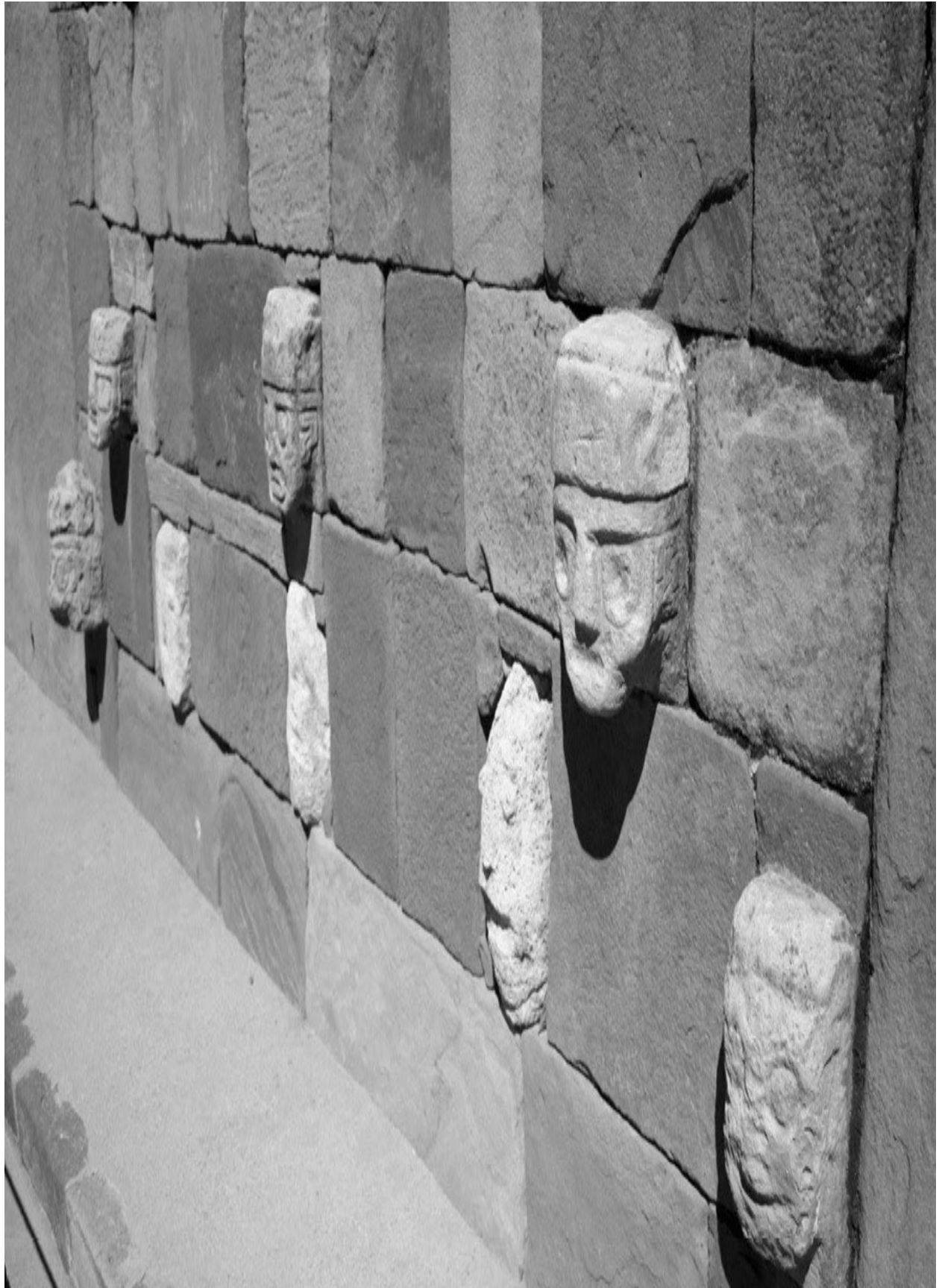
¿Quién hacía cálculos astronómicos y de los ciclos solares diez mil años antes de nuestra era?

¿Quién hacía zócalos perfectamente pulidos con una puerta de piedra perfectamente nivelada, labrada precisamente y techada en cúspide hace once o doce mil años?

Hay que tener en cuenta, además, que dicha puerta seguramente estaba rodeada por una edificación, monumental o no, tan finamente realizada como la puerta.

La talla de Viracocha parece más moderna que la puerta, y en peor estado que la misma, lo mismo que el templete, o templo subterráneo que tiene delante, donde hubo un monolito antropomorfo que representaba a la Pacha Mama, y hoy en día todavía se pueden ver las 57 cabezas que representan los rasgos raciales de las diferentes etnias que vivían bajo la influencia tiahuanaca.

Los huaris y las ayarcas, preincas de Ollantaytambo y Coricancha, tuvieron relación con los tiahuanacos, y de ellos aprendieron muchas cosas y adoptaron diversas creencias que más tarde inundarían el pensamiento del Imperio inca, sobre todo en lo que concierne a la cosmovisión de un único dios creador de todas las cosas y de todos los dioses, Viracocha.



Pared de cabezas del templo subterráneo de Tiahuanaco

Hay quien dice que a Tiahuanaco la construyeron gigantes, seres de tamaño colosal, posiblemente los primeros hijos de Amaru, pero las medidas de la ciudad, con algunas excepciones, no parecen haberse hecho para personas muy altas.

Las Puertas del Sol y de la Luna alcanzan los tres metros de altura, pero no de libramiento, sino en conjunto, aunque hay dudas sobre la Puerta del Sol, porque tuvo que ser reparada y vuelta a calzar debido al lamentable estado en que se encontraba en los años cincuenta del pasado siglo XX.

De hecho, y siguiendo increíbles maquetas de piedra y madera de más de dos mil años de edad, reflejo de las habilidades arquitectónicas de los tiahuanacos, la ciudad de Tiahuanaco se ha ido restaurando poco a poco en los últimos setenta años, y a medida que se han ido desarrollando los trabajos de reconstrucción, se han ido descubriendo tanto técnicas de trabe y sujeción, como grabados y cerámicas de una confección estética admirable.

Es como si en Tiahuanaco no hubieran pasado nunca por un estado primitivo y salvaje, con un desarrollo sostenido y ascendente, pasando de lo burdo a lo exquisito, sino todo lo contrario, porque las pirámides que erigieron en los últimos tiempos, casi todas ellas destruidas y saqueadas por incas y por españoles, con todo y su monumentalidad no son superiores a la ciudad en sí misma.

¿Es posible caminar en sentido contrario a la evolución positiva?

¿El ser humano puede retroceder en conocimiento de una generación a otra?

¿Involucionamos en lugar de evolucionar?

¿Somos capaces de volver a casi una total barbarie?

Julio Verne asegura que sí en su Eterno Adán, pero su escenario de recommienzo de la humanidad es una gran catástrofe, y el pueblo de los tiahuanacos no sufrió ninguna, ni diluvio, meteorito, volcán, terremoto o guerra, sin embargo sus

vecinos y posibles herederos parecen haber descendido varios escalones de la sofisticación tiahuanaca, para comenzar de nuevo, incluido el poderoso Imperio inca y aún peor en el caso de los españoles, que prácticamente no aprendieron nada de las culturas que arrasaron y que son descendientes culturales de Tiahuanaco.

Por no aprender, los españoles ni siquiera supieron trabajar la andesita.

Dicha piedra, con la que construían los tiahuanacos, es volcánica y maleable, más usual en mampostería que como bloque entero, porque dependiendo de su composición no soporta grandes pesos, pero los tiahuanacos supieron tratarla para que lo hiciera y fuera duradera. La edad de la misma depende de la acción volcánica del entorno, algo que abunda en los Andes, pero que puede entorpecer los cálculos de su cronología dependiendo de dónde haya sido extraída, con lo que se vuelve a la polémica de la edad de su construcción, porque los Andes son muy antiguos y las piedras que produce y que llevan su nombre pueden tener edades muy distintas, con lo que da lugar a que unos cifren en cuatro mil años su antigüedad, y otros puedan asegurar que tiene diez o cien mil años construida.

De una o de otra manera, miles de años más o miles de años menos, parece claro que Tiahuanaco es la cultura madre de los Andes, tanto de aimaras como de incas, y tanto en lo que se refiere a diversas técnicas de sembrado, cosecha y construcción, como en el apartado de dioses, mitos y leyendas.

Seiscientas hectáreas dan para mucho, con lo que cada zona, cada domo, cada pirámide y cada canalización o figura, cada puente, puerta o escultura, tiene su propia leyenda y va mucho más allá del plano megalítico que le correspondería por la cronología pura y dura que establece la academia.

Hay quien va más allá y habla de Tiahuanaco como la cultura madre de olmecas, toltecas y mayas, y, por ende, de aztecas; e incluso de sumerios y egipcios al estar hermanada por el tiempo y el espacio con los lemurianos de Mu y los itzaes de la Atlántida. Leyenda sobre leyenda, Tiahuanaco tiene la edad y la sabiduría suficiente para respaldar estos argumentos que pueden parecer absurdos y descabellados a primera vista.

A ciencia cierta nadie sabe de dónde salió Tiahuanaco, el cual tampoco es su nombre sino el nombre que le dieron españoles e incas, pero está ahí, se puede ver, tocar, fotografiar, analizar, estudiar, observar, comparar, construir,

deconstruir y desentrañar, y seguir sin saber su verdadero origen, quién la habitó durante milenios ni su verdadera edad.

Tampoco se sabe nada claro y específico de su abandono, como en el caso de los mayas, o peor, porque los tiahuanacos dejaron la mesa puesta, el guiso en el fuego y construcciones a medias, junto con apetecibles piezas para el robo y el saqueo. Cuando los incas llegaron ahí ya no quedaba nada, y cuando llegaron los españoles, mucho menos.

Llama la atención que los incas no la hayan reconstruido como en el caso de otras ciudades que conquistaron o que encontraron a su paso, y que tampoco hayan llevado pueblos migrantes a ocuparla para recuperar sus campos y su ganado, y que prácticamente lo único que tomaron prestado fue a Viracocha y las leyendas que se contaban sobre el dios hacedor en los pueblos vecinos.

Los aimara del lago Titicaca fueron vecinos cercanos de los sofisticados tiahuanacos, pero fuera de las leyendas comunes, como la emergencia de Amaru del mismo lago que más tarde copiarían los incas con la emergencia de Manco Cápac y Ocllo del mismo lago; o como la leyenda de los antiguos gigantes que alguna vez vivieron en la misma zona geográfica, poco supieron de ellos, aunque es muy posible que sus más alejados antepasados les hayan servido y, gracias a ellos, hubiesen aprendido a pescar, cultivar y levantar una casa o un edificio entero.

Las piedras de Ica: ¿Qué edad tenemos realmente?

La mitología inca va mucho más allá, en todos los sentidos posibles, que el relativamente corto y moderno Imperio inca, con chinkanas que conectan a una y otra cultura desafiando el orden cronológico y superando las distancias de la extensa área geográfica de los Andes.

¿Qué edad tienen los hijos de Inti?

¿Desde cuándo pisan Pacha Mama los hijos de Mama Quilla?

¿Cuál es nuestro origen como humanidad?

¿Cuál es nuestra procedencia como hombres y mujeres?

¿De dónde salimos?

¿Por qué y para qué estamos aquí?

¿Por qué pensamos?

¿De dónde nos nació la conciencia?

¿Cuál es nuestro propósito, si es que lo tenemos o lo debemos tener?

¿Cuál es nuestro fin?

Las mitologías y las leyendas del mundo entero y de todos los tiempos han intentado, con sus cosmovisiones y cosmogonías, responder a estas preguntas que también se han hecho y se hacen los filósofos y los científicos.

La ciencia intenta ser seria y objetiva, ordenada y concreta, acumulativa y resultadista, aunque, hija de la humanidad al fin y al cabo, nunca ha podido sustraerse del todo de los mitos y las creencias, de los prejuicios o consideraciones apriorísticas, y mucho menos de los intereses de los que mandan y gobiernan el mundo, es decir, de las jerarquías que sufragan sus estudios, muchas veces a sabiendas de sus sesgos, pero otras muchas sin mala fe y con la convicción de que hacen lo correcto y por el bien de la humanidad.



Dinosaurios y hombres en las piedras de Ica

La ciencia se queja de las fabulaciones y de las supersticiones, pero no se escapa de ellas y acepta teorías teocráticas, absurdas y descabelladas como la del Big Bang, por simple temor al infinito y a la inmanencia, y se aferran a que todo tiene que tener un principio y un fin de manera dogmática, sin tener constancia científica de que el multiverso comienza o termina en alguna parte.

Las piedras de Ica bien pueden ser un fraude, muy elaborado por cierto, pero en el fondo también son una proposición teórica que llena uno de los muchos huecos que la ciencia, de momento, no puede atender ni resolver: la verdadera edad del ser humano sobre este planeta.

Nos parecemos a los primates, es obvio y patente, y a veces ellos se comportan como nosotros y nosotros como ellos, pero las coincidencias genéticas no son mayores ni menores que las que tenemos con otros mamíferos del planeta. De hecho somos más compatibles con las ratas y los cerdos que con los gorilas o los chimpancés. Podemos decir que incluso somos más compatibles con las ratas y los cerdos que entre distintos grupos humanos, o que entre parientes cercanos, ya que aceptamos mejor la piel de las ratas y los órganos del cerdo que la de nuestros hermanos. Ciertos grupos africanos, australianos y del complejo de Java y alrededores, son poco o nada compatibles, genéticamente hablando, con asiáticos y caucásicos, que además difieren en conformación ósea, craneal y de la columna vertebral, aunque sexual y procreativamente somos compatibles, como lo son los canes de distintas razas.

Por otra parte, y hasta hace muy poco tiempo, toda la historia ósea de la humanidad cabía en una mesa de billar, porque los huesos encontrados de nuestros supuestos antepasados eran muy escasos.

A día de hoy no hemos encontrado al “eslabón perdido”, o a esos restos óseos que enlacen al actual ser humano con sus antepasados homínidos.

En Atapuerca, España, hay cientos de huesos de Neanderthal, pero muy pocos de la rama llamada Cromañón, es decir, de huesos de humanos como los nuestros, y ninguno que indique el cambio evolutivo de homínido a ser humano.

Hasta hace muy poco tiempo no se aceptaba la idea de que neandertales y cromañones hubieran tenido descendencia, pero las pruebas de ADN mitocondrial han dado al traste con dicha reticencia.

Los restos de los neandertales indican que estuvieron sobre la Tierra cerca de quinientos mil años, y que desaparecieron hace treinta o cuarenta mil años sin dejar más rastro que su mitocondria en las crías de los cromañones, los cuales tienen una antigüedad de setenta o cincuenta mil años, según las fuentes, conviviendo con los neandertales unos cuantos miles de años.

Si embargo, ni cromañones ni neandertales tienen una relación directa con los homínidos superiores, no son el eslabón perdido y no responden cabalmente al origen del hombre.

Las piedras de Ica, sin pretenderlo, ponen en duda las proposiciones eurocéntricas sobre el origen del hombre, y escribo “eurocéntricas”, porque la academia parece solo haber estudiado y publicitado lo que ocurrió en Europa, con su preceptiva salida de África, sobre el posible origen de la humanidad, olvidándose del resto del mundo y convirtiendo en un dogma de pensamiento único la posible evolución, o mutación, de lo que hoy conocemos como ser humano.

Ante este dogma, las piedras de Ica son un insulto a la razón académica y eurocéntrica, y aunque no son las únicas piezas arqueológicas que plasman a dinosaurios conviviendo con los hombres, si son demasiadas y atentan contra el orden cronológico oficial de la academia.

Se pueden cerrar los ojos o mirar para otro lado, y mofarse del monstruo del lago Ness, pero a lo largo y ancho del mundo las figuras de dragones, serpientes aladas y hasta brontosaurios aparecen dibujadas, talladas y labradas en los restos arqueológicos de las más diversas culturas.

Amaru, Kukulkán y Quetzalcóatl son las más famosas del continente americano y de supuesto origen divino y más poderosos e inteligentes que los hombres, pero de claro aspecto de saurios de gran tamaño, y no de pequeñas aves voladoras como el quetzal.

Las piedras de Ica no son del todo un descubrimiento moderno del siglo pasado, ya que se habla de ellas en el 1613 en las crónicas de Juan de la Santa Cruz Pachacuti, y aunque algunas de ellas presentan dibujos anacrónicos y

sorprendentes, como dinosaurios, naves voladoras o complicadas operaciones quirúrgicas, la mayoría representa usos y costumbres de las etnias paraca, nazca y tiahuanaca, es decir, de los antiguos habitantes de la zona donde han sido encontradas.

Durante mucho tiempo no se les dio importancia, y las pocas que se iban sacando de las tumbas y antiguos asentamientos se vendían a coleccionistas y turistas ocasionales; pero el desbordamiento del río Ica en 1961, arrojó a la luz cientos de ellas junto a otros muchos restos arqueológicos.

Hasta ese momento, poco o nada se sabía de la cultura Ica asentada en un valle fértil rodeado de desiertos. Hoy en día no se sabe mucho más de este pueblo, pero sí que es una zona de interés paleontológico porque en ella se encuentran fósiles que van desde los sesenta millones de años de antigüedad, hasta los que solo tienen un poco más de un millón de años. Hace veinticinco millones de años, según los paleontólogos, se empezaron a formar los desiertos que rodean al valle, a emerger algunas montañas y a retirarse el mar, con lo que fósiles de diversas especies marinas y terrestres comparten territorio.



Bajo relieve hindú con dinosaurio

Hace sesenta millones de años aún quedaban dinosaurios en Ica, como en otras partes del planeta, y dinosaurios como los que aparecen dibujados en algunas piedras, y aunque se supone que no había presencia humana, llama la atención que no se hayan dibujado dinosaurios foráneos, sino propios.

Muchas de las piedras de Ica han pasado con éxito los más rigurosos análisis científicos, tanto en lo que se refiera a la edad de las piedras como tales, de andesita del mesozoico, como de sus tallas, nada recientes, y algunas con cerca de sesenta mil años de manufactura, e incluso más, según los entusiastas, pero la mayoría con solo seis mil años de edad, lo que las enlaza con las culturas tiahuanaca y paraca, sin dejar de lado a la poco conocida cultura Ica, que bien pudo haber sido independiente de las otras dos.

Como muchas otras piezas arqueológicas que se venden bajo mano a los turistas, también las hay talladas muy recientemente, repintadas para que parezcan antiguas, y trabajadas con papel de lija gracias a la suavidad y maleabilidad de las mismas, que siguen siendo de andesita, que abunda en la zona, pero de vida intermedia. Por supuesto, que existan falsificaciones para engañar a los incautos turistas o arqueólogos aficionados, no invalida la autenticidad de las otras, que siguen siendo un quebradero de cabeza para la ciencia oficial que ya no sabe qué hacer para invalidarlas o por lo menos desacreditarlas, porque de ser del todo auténticas, situarían a los saurios en edades más cercanas y a los seres humanos en edades más lejanas, y tendrían que reescribir la historia y hacer investigaciones nuevas y con otras perspectivas de las que se han venido aplicando hasta ahora.

Cada piedra de Ica contiene un mito.

Cada piedra de Ica contiene una leyenda.

Cada piedra de Ica rompe con la historia oficial.

Cada piedra de Ica abre y cierra nuevas puertas.

Incluso en el caso que todas fueran falsas, y hoy en día son miles, seguirían

siendo un desafío para la academia, y exigiría de sus artesanos talladores una serie de conocimientos, que no cualquiera tiene, de anatomía, cartografía terrestre y cartografía estelar, anatomía, cirugía, medicina, zoología, antropología, arqueología, geología, dibujo, talla y hasta esoterismo, simbología y conocimiento sobre las historias de ovnis y extraterrestres.

Cada piedra de Ica, incluso la más burda o la más absurda, requiere de creatividad, imaginación y hasta investigación, tanto por sus creadores como por los que se acercan a ellas para acreditarlas o desacreditarlas.

Total, que entre las fantasías y leyendas de unos, y las investigaciones serias y profundas de otros, seguimos sin certezas y la verdadera edad de la humanidad no queda del todo resuelta.

El imperio de las leyendas

Cuentan las leyendas andinas que la humanidad es muy vieja, tan vieja como muchos dioses, y que ha habido tantas humanidades como cabezas hay en el templo subterráneo de Tiahuanaco, es decir, cincuenta y siete, y que a pesar de las catástrofes que ha padecido Pacha Mama, ninguna de ellas ha desaparecido del todo, todas y cada una siguen presentes en el mundo de una o de otra forma.

La última raza es, obviamente, la que se conoce como raza blanca, violenta y codiciosa, tanto, que con muy pocos hombres han dominado a la Tierra entera.

Ellos son los menos, pero parecen los más, porque no solo conquistan por la fuerza de sus armas, sino que además se te meten en el pensamiento y te hacen creer en sus dioses y en sus ciencias, en su forma de vivir la vida.

Los incas se decían hijos del sol y se creían raza de oro, pero no, de bronce eran, porque la raza de oro aún está por venir.

Los blancos tampoco son de oro, de plata son, hijos de Mama Quilla, aunque ellos no lo saben, y lo que lo saben no quieren acordarse, pues en la luna fueron como las llamas o como los perros, mascotas humildes de los dioses, que

aprendieron a dar la pata a cambio de comida.

El resto de cobre somos, más quemados unos que otros, pero de cobre, más mezclados con plata o con bronce, pero de cobre, muy viejos en esta tierra, tanto como los primeros hombres que todos ellos eran de cobre, sin mezclas, hijos de la montaña, de Pacha Mama, de aquí, de puro cobre.

V: Arapa.

Cuna de la humanidad

*Arapa es donde nació todo,
donde la alegría quedó
pegada para siempre al mundo,
en la fiesta de la danza eterna
y alegre de las agradecidas almas.*

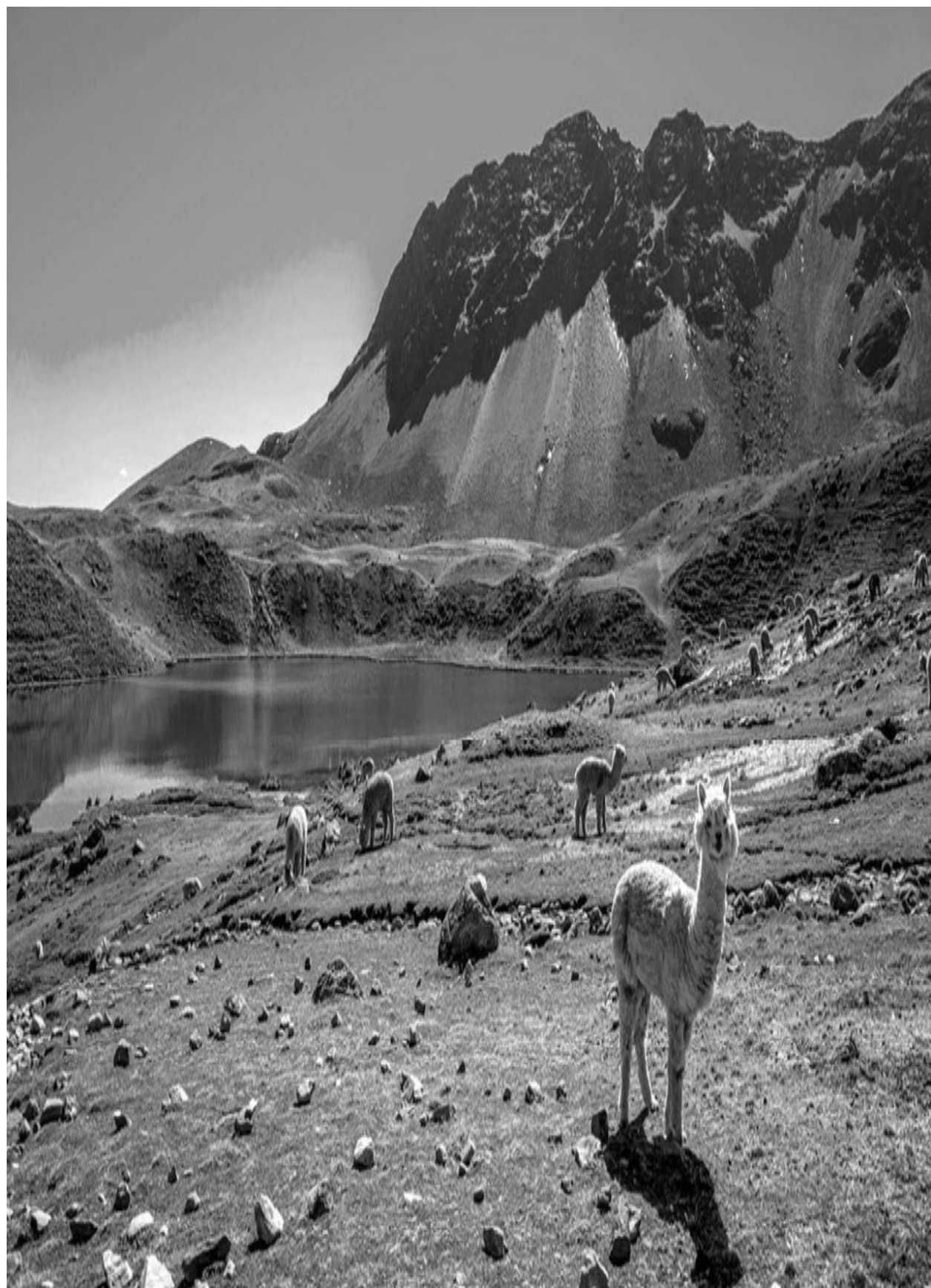
En la provincia peruana de Puno, muy cerca de lo que hoy son Chile y Bolivia, existe un lugar paradisiaco donde, según los expertos y los que no lo son tanto, se asentaron los primeros pobladores andinos, mucho antes incluso que existiera la gran Tiahuanaco.

Este lugar legendario, tan mítico como real, se llama Arapa, casi igual que el Valle del Indo donde nace la cultura Hindú, y es un verdadero paraíso en todos los sentidos de estética y armonía, y para el goce y disfrute de todos los sentidos del ser humano.

Arapa o el inicio de la humanidad

Una de las leyendas más hermosas de la mitología inca, como hermoso es el lugar, es la que cuenta que fue en Arapa donde se inició la humanidad, con todos los dones y bienes que un ser humano puede desear.

Cuenta la leyenda que la primera humanidad fue sembrada en Arapa, como se siembran las papas o como se siembra el maíz, y que los hombres y las mujeres prendieron y brotaron de Pacha Mama en la bendita tierra de Arapa.



Vista de Arapa, el Edén primigenio andino

Ahí crecieron, fuertes y hermosos, alegres y amorosos, y ahí tuvieron a sus hijos, siembra tras siembra, por eso algunos nacieron altos como los árboles y otros bellos como las flores.

Nada les faltaba. Todo lo tenían.

La enfermedad y la muerte no habían nacido todavía.

Los dioses y las diosas los cuidaban como quien cuida a sus queridos hijos. Todos los días era fiesta y baile, comida y bebida, cantos y narraciones, celebrando la fortuna de la vida plena. Los que se cansaban, dormían. Los que despertaban, jugaban. Nada estaba prohibido. Las fieras y las alimañas no atacaban. Todo era paz y armonía.

Todos los hombres y todas las mujeres holgaban y estaban contentos, pero no todos los dioses veían con buenos ojos tanta holganza.

“Ni siquiera nosotros vivimos tan bien”, dijo uno de los dioses, celoso y envidioso de los hombres, y dio una patada en la montaña que hizo temblar al mundo entero.

“No deben tener más que nosotros”, gritó su hermano con tal estruendo que de la boca le salieron rayos y relámpagos que quemaban los bosques y los campos.

“No nos respetan ni nos consideran”, lloriqueó la esposa del primero y empezó a llover a raudales sobre la selva.

“Se creen mejores que sus creadores”, gimió la esposa del segundo y al gemir tan fuerte levantó los vientos y subió las aguas por encima de muchas montañas.

Los hombres, mujeres y niños de Arapa se asustaron. Unos corrieron a esconderse, otros huyeron a otras partes, y solo unos pocos se quedaron en Arapa, rodeados de enemigos y de gente fea y mal hecha, creados por los malos dioses, que hablaban otras lenguas.

Hubo guerra en los cielos entre los dioses buenos y los dioses malos, y en muchas partes de la Tierra las cosas fueron mal dadas, pero Arapa se conservó hermosa y santa.

Los hijos de Arapa que se fueron, fundaron grandes ciudades por todos lados llevando su lengua, el quechua, como estandarte y enseñanza de las cosas buenas para que aprendieran la buena forma de vivir las otras humanidades.

Los hijos de Arapa que se escondieron, crearon mundos nuevos de armonía, progreso y felicidad ahí donde fueron, pero al estar escondidos todo permanecía en secreto y en misterio, temerosos de que los dioses malos quisieran vengarse.

Los que se quedaron siguen con sus fiestas celebrando a los dioses buenos, cantando y bailando toda una cara de luna, y luego necesitan cuatro caras de luna para tener descanso.

Antes de los tiahuanacos ahí estaban. Antes del Titicaca ya existía la gran y hermosa laguna de Arapa. En Arapa nació la primera humanidad.

Ahí siguen, puedes visitarlos, aunque las piernas se te pongan coloradas de tanto disfrutar, cantar, olvidarte de todo lo malo y darle mucho al baile.

Piernas coloradas

Lo que viene a continuación es producto de un sueño tenido en la Isla Colorada de la laguna de Arapa, donde el narrador del sueño acompañaba a un grupo de arapas que, mientras danzaba, cantaba a coro la siguiente letra:

Cuando llegue la noche y te sientas perdida,

cuando aparezcan los días y no sientas nada,

cuando esta pinche vida te niegue alegría,

*cuando veas lo vacía que te espera tu cama,
no lo dudes preciosa, ven donde todo es derroche,
piernas coloradas.*

*Cuando camines sin rumbo por la madrugada,
cuando te sientas muy solo y de la chingada,
cuando el sol y la luna no encuentren tu alma,
cuando toda la gente te muestre la espalda,
no lo dudes, hermoso, ven donde todo es entrega,
piernas coloradas.*

*No creas en promesas de falsa esperanza
ni creas que el amor es fuente sagrada,
rompe esa ilusión que miente y engaña,
y vive hasta el fondo y no temas nada,
aquí te esperamos, la orgía está pagada,
piernas coloradas.*

*No gastes dinero en tanta pendejada,
no quieras ser bueno ni mártir ni santa,
olvida el consuelo que compra o que paga,*

*despierta del sueño de tanta mamada,
no seas mojigato, no seas mojigata,
ven corre este riesgo, piernas coloradas.*

Fue la musa de los sueños, Mama Quilla, la que inspiró al humilde narrador y escribano, que al llegar a Arapa tenía las piernas blancas y no coloradas.

Tras un largo descanso y otra tanda de fiesta y baile, nuestro narrador tuvo que volver al mismo sueño para que Mama Quilla, la diosa amiga, onírica e imaginaria, le explicara el significado de Piernas Coloradas. La diosa le dijo:

*Las piernas son el último recurso animal
que tienen los seres vivos,
como los humanos,
para correr, huir y escapar,
e incluso bailar,
por puro instinto de supervivencia,
sin hacerle caso a los pensamientos
imbuidos por los sistemas
ni a las emociones
adocenadas por el cine,
las novelas y las religiones.*

*Las piernas están coloradas
porque llevan colgando
quipus de los pantalones,
de las faldas, de las medias,
porque sobre ellas se derrama
la maldita menstruación,
o las hemorroides explotadas,
la herida de la bala que intenta detenerlas,
por el esfuerzo de la huida,
por las garras de las fieras que intentan atraparlas,
por la sangre primordial que las anima,
piernas coloradas.*

Luego, junto al coro de aquellos danzantes de Arapa, se puso a cantar el estribillo:

*Cuando te sientas perdida,
cuando te sientas cansada,
cuando te nieguen la dicha,
piernas coloradas.*

*Cuando no tengas sentido
acorralado en la trampa,
cuando te sientas usado,
piernas coloradas.*

*Cuando la vida es mal sueño,
cuando despiertas sin nada,
cuando el engaño es eterno,
piernas coloradas.*

Uo, uou, uouuu, piernas coloradas.

Uo, uou, uouuu, piernas coloradas.

Uo, uou, uouuu, piernas coloradas.

*Si no lo ves claro —me dijo finalmente—,
“ya lo sabes,
sal corriendo sin mirar atrás,
sin hacer caso
a tus pensamientos ni a tus sentimientos,
sigue tu instinto más animal,
piernas coloradas.*

VI: El quechua y el aimara.

La lengua de los hombres y la lengua de los dioses

El ser humano

no fue ser humano

hasta que aprendió a hablar

la lengua de los dioses.

Las lenguas quechua y aimara son los principales idiomas de las culturas inca y preinca. El quechua cuenta con ocho millones de hablantes en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile, con sus respectivas diferencias; mientras que el aimara, cronológicamente anterior al quechua, se habla básicamente en Bolivia y Perú, así como en algunas comunidades del norte de Argentina, por más de dos millones de personas.

A pesar de su cercanía, no parecen tener orígenes similares o pertenecer a una misma lengua madre anterior, pero ambos tienen estructuras complejas y cada uno su respectiva gramática.

El aimara, que también tiene diversas variantes dependiendo de la región donde se hable, legendariamente es la misma lengua de Amaru, el dios que emergió del lago Titicaca para crear y enseñar a los hombres, y, por lo tanto, por sus hablantes es considerada una lengua divina: la lengua que viene de lejos, la lengua que viene de los cielos, o sencilla y directamente la lengua de los dioses.

El aimara fue lengua franca originaria de los Andes centrales que se extendió al Cusco y a Nazca, donde debió ser la lengua única de los wari, pueblo precedente

de los paracas, nazcas y tiahuanacos, entre otros, pero que poco a poco fue desplazada por el quechua, dando lugar a otras ciertas derivaciones como el jacaru y el cauqui que aún cuentan con cerca de mil hablantes en nuestros días.

El acta de independencia de las colonias sudamericanas está redactada en tres lenguas, aimara, quechua y castellano, ya que a principios del siglo XIX las lenguas nativas eran mayoritarias a pesar de las constantes prohibiciones y persecuciones que sufrieron por parte de la Corona española y la Iglesia católica.

Breve vocabulario aimara

Los lingüistas han observado, sin que ello sea concluyente porque siempre puede tratarse de “falsos amigos”, que algunos vocablos aimara se parecen en pronunciación, concepto o significado al náhuatl, como la palabra “tata”, y al mayense, ya que en aimara el número uno se llama precisamente “maya”.

Jila, Jilata: hermano

Uru: día

Kullaka: hermana

Phaxsi : luna, mes

Yuqalla : niño

Mara: año, lejos, tiempo

Imilla: niña

Jisa: sí, así

Chacha: hombre

Jani, Janiwa: no

Warmi: mujer

Qhalt'i: mañana

Mama: señora

Jayp'u: tarde

Tata: señor

Arama, aruma: noche

Yatichiri: profesor o profesora

Masuru: ayer

Yatintiri o yatiquiri: alumno, alumna

Jichhüru: hoy día

Kama: hasta, desde

Naka, naja, T'ant'a: pan, panes

Naya: yo

Asti: tú

Astansa: ustedes

Munata : querido, cariño, querida

Jayu: sal

Yuspayarpa: gracias

Maq'a: comida

Waqt'ita: regálame

Aycha: carne

Past'ita: pásame, dame, préstame

K'awna: huevo

Jutma, Jútam: ven, vengan

Ch'uqi: papa

Tukuytati: ¿terminaste?

Tukuyapxtati: ¿han terminado?

Waliki: bien

Kumisaraki: ¿Cómo estás?

Jumasti: ¿Y usted?, o ¿y tú?

Walikiraki: bien, también

Kunjamastansa: ¿Cómo están?

Jikisinkama: hasta el próximo encuentro, hasta luego

Naya walikistwa: yo estoy bien

Naya janiwalikistwa: yo no estoy bien

Breve vocabulario quechua, o runa sumi

Runa Sumi es como se le llama a la lengua quechua en quechua, y quiere decir “lengua de la gente”, contrapuesta desde hace milenios con el aimara que alguna vez significó el mito de la rebelión de los hombres contra los dioses, o la liberación de la gente que venía de arriba, o del cielo, y que para algunos

personificaban los españoles, como en el caso de Moctezuma con el supuesto regreso de Quetzalcóatl.

Hoy en día el runa sumi y el quechua clásico se diferencian por la zona en que aún se hablan, siendo variantes de un mismo tronco, que a su vez parece carecer de otro tronco, y que se separa completamente del aimara.

El quechua, como el chino y el japonés, cuenta con muchas palabras y expresiones polisémicas que quieren decir una u otra cosa dependiendo del contexto y de la pronunciación o inflexión con que se hagan.

Accla: mujer elegida o concubina

Acclahuasi: reservado de mujeres, sacerdotisas o concubinas

Chicha: bebida

Anaku: túnica, vestido

Anca: águila

Antara: flauta andina

Antis: selva

Añanchaiqui, añaysulpaiki: gracias

Ama sua: saludo

Amauta: sabio, maestro

Apocuna: consejero

Ari: sí

Aucachic: adivino

Capacapuwtac: juez supremo

Capariscap: trovador

Chaca suyuyuk: constructor, ingeniero, arquitecto

Chacnay Camayuk: funcionario de justicia

Chapatiya: espía, veedor, observador

Cocha: laguna

Colca : granero, silo

Chaka: puente

Ñan: camino

Chuque: lanza

Colla: esposa

Hanan: arriba, cielo

Kay: aquí, ahora

Uku: abajo, debajo

Uma: cabeza

Ñawi: ojo

Sara: maíz

Sekka: nariz

Simi: boca

Kiru: diente

Inti: sol

Maki: mano

Chaki: pie

Huasi: casa

Puñuna: cama

Quilla: luna

Chusi: manta o frazada

Quirau: cuna

Puñuy: sueño

Kkhurkkur: ronquido

Kunturi: cóndor

Tiyana: banco pequeño

Tinya: tambor pequeño

Pacha: hacer, crear, tierra, lugar

Mama: madre

Kuta: moler

Machu: viejo, anciano, antiguo

Mut'ka: mortero

Meca: plato de madera

Puccu: plato de barro

Picchu: monte, montaña

Mikhuna: comida

Runtu: huevo

Capac: rico

Napa: saludar, rendir homenaje

Much'a: beso

Huakkay: llanto

Ch'akkway: grito

Huáncar: timbal

Harawi: canto fúnebre

Urku, urco: montaña, cerro

Huayra : viento

Nina: fuego

Chiri: fresco, frío

Unu, yacu: agua

Mayu: río

Para: lluvia

Yachay: sabiduría, ciencia, conocimiento

Por supuesto, hay muchas más lenguas en los Andes, los bosques, las costas y la selva a las que la historia ha prestado muy poca o ninguna atención, tanto, que algunas de ellas se han extinguido con las migraciones y la desaparición de diversos asentamientos humanos.

Curiosamente, tanto el quechua como el aimara deben en buena medida su expansión a las migraciones que se vienen dando en los Andes desde hace milenios y que no se han detenido hasta nuestros días.

Aunque muchos millones de los actuales habitantes de lo que fue el Imperio inca vivan de espaldas a sus raíces, el quechua y el aimara gozan de buena salud, y algunas de las lenguas andinas más antiguas y remotas aún cuentan con hablantes en nuestro tiempo.

Otras lenguas andinas

Para algunos lingüistas, los diferentes idiomas andinos carecen de un tronco común como sí lo tienen las lenguas mayenses, nahuas o mangueanas que se hablan en el norte y el centro del continente americano, y señalan las actuales coincidencias entre ellas y las lenguas principales, quechua y aimara, por el prolongado contacto que se ha hecho más patente y constante en los últimos años, pero para otros ese tronco común debe existir, porque las lenguas como instrumento de comunicación y difusión que son, no nacen de la nada.

Palabras como “tata” o “mama”, para designar al señor y a la señora, al padre y a la madre en culturas tan lejanas como la inca y la japonesa, la china, la coreana, la hindú y la nahua, deben tener un origen común, como el uso del fuego, aunque sea un tronco común muy arcaico, o unas relaciones terrestres y marítimas de hace unos miles de años que se desconocen o que no se han querido estudiar e investigar como es debido, y que por ello forman parte de la mitología y no de la historia oficial.

El aimara recurre a los dioses, a la gente de lejos o del cielo para justificar su aprendizaje, mientras que el quechua es lengua de hombres creada por los humanos para comunicarse entre sí lejos de la tutela divina.

Záparo-Cahuapano

-Lenguas záparo-arabela

-Lenguas Cchua panas

-Sabela-Itucale

-Sabela (huaorani)

Itucale (curarina)

-Lenguas andinas septentrionales

-Lenguas catacaoanas

-Lenguas cholonas

-Leko

-Culi

Sechura

-Lenguas andinas meridionales

-Kawésqar

-Mapudungun

-Ginneken

-Patagón

-Yagán

Mapuches y patagones siguen muy vivos, y aunque escapan de las influencias inca y preinca, mantienen estructuras similares al resto de lenguas andinas que sí tuvieron relación con el Imperio inca, que impuso el quechua como lengua oficial, aunque no prohibió jamás el uso de otras lenguas. Pedro Cieza nos relata cómo en muchos pueblos se hablaban dos o tres lenguas, teniendo al quechua como lengua de aprendizaje obligatorio.

La Iglesia católica y la Corona española sí persiguieron a las lenguas nativas mientras imponían el castellano como lengua única y sagrada, pero fueron poco eficientes en su erradicación, aunque sí lograron que sobre ellas se incrustara un estigma negativo, ofensivo y humillante que se sigue practicando hoy en día contra las lenguas nativas.

“Hay tantas lenguas como humanidades ha habido sobre la faz de Pacha Mama”, cuenta la leyenda, porque cada humanidad tiene expresión propia, y que se mezclen con el tiempo y la cercanía, es ya otra historia.

VII: Otras humanidades, otros mundos

*El tiempo es una ilusión,
una medida arbitraria
de los ciclos estelares y terrestres,
y una dimensión en el espacio
que se puede recorrer.*

Muchas mitologías hablan de por lo menos dos humanidades, otras de tres, de cuatro o de cinco, mientras que en la Mitología inca descubrimos, que además de las tres propuestas por la religión del Imperio, pudo haber muchas otras, desde los tiempos de los grandes saurios, hasta la época más reciente.

Unos quieren encontrar humanidades anteriores más humanas, más adelantadas, más interesantes, diferentes y mejores a la humanidad actual, conectadas con otros mundos, interiores o exteriores, con extraterrestres o con intraterrestres, secretas, escondidas, misteriosas, enigmáticas, apetecibles.

Otros prefieren quedarse con el mundo y la humanidad actuales a pesar de sus virtudes y defectos, y la defienden como la única, mestiza y diversa, pero única, lineal, cronológicamente correcta, con un pasado que se desconoce, pero que siempre está más cerca de ser descubierto y explicado objetiva y científicamente.

Unos desean un origen romántico y heroico. Otros prefieren un origen normal.

Durante milenios los creacionistas de una u otra religión lo tenían claro: el hombre era una creación de los dioses, al igual que el mundo y el universo entero, sin querer escuchar a los que encontraban absurda esta propuesta y buscaban una explicación más satisfactoria.

La mayoría de las mitologías son creacionistas, muy pocas hablan de la

inmanencia o de la presencia eterna, aunque algunas, sobre todo cuando se convierten en religión y dogma, sitúan la inmanencia y la presencia eterna en un plano que no es el físico ni el terrestre.

La trascendencia, si es que la hay, está una vez pasada la muerte, como una promesa, como una elección, como un premio o un castigo dependiendo de lo bien o mal que se haya portado quien la pretende.

La mitología inca cuenta con un Hanan Pacha, un cielo para los que tienen sangre divina o han hecho méritos suficientes para merecerlo.

También cuenta con un Uku Pacha, inframundo, mundo interior o infierno, a donde van las almas de los indignos, sin embargo los entierros andinos parecen contradecir ambas posibilidades y creen en un mundo posterior muy parecido al nuestro, donde va a hacer falta alimento, joyas, armas y ropa adecuada, un Kay Pacha, o mundo actual y material muy parecido al que tenemos, jerárquico, clasista y elitista, donde los pobres seguirán siendo pobres y los ricos seguirán siendo ricos.

En Hanan Pacha no hacen falta alimentos ni riquezas ni ropa hermosa, porque lo hay todo y se existe como existen los dioses.

En Uku Pacha tampoco se necesita gran cosa, porque lo poco o mucho que lleves a ese mundo se lo quedarán los demonios, que además se comerán tu alma, bien y a lo católico, te someterán a toda clase de tormentos como si sigieras teniendo cuerpo y no lo hubieras dejado en este mundo.

En la mitología inca no se habla de reencarnar ni de volver, y aunque los huacas y los espíritus se pueden quedar apegados a la Tierra y entrar y salir de Uku Pacha, no vuelven a ser humanos jamás, o no del todo, si acaso pueden ser bestias o monstruos, animales con cara de humano o humanos con cara de animal, pero no humanos. A la muerte se puede ir, y ya después los dioses dirán qué se hace con las almas, pero no se puede volver.

Si una humanidad desaparece del todo, desaparece para siempre, lo mismo que una familia que no ha tenido descendientes, o un pueblo que ha sido masacrado del todo.

Sin embargo, basta que una gota de simiente pase de una generación a otra, de un pueblo a otro, de una familia a otra, o incluso de una humanidad a otra, para

que la extinción no sea completa y se sobreviva, e incluso se restaure la humanidad, pueblo o familia perdida.

En este sentido ha habido muchas humanidades que no han desaparecido del todo porque alguno de sus miembros varones o hembras embarazadas lograron sobrevivir a cualquier tragedia y su sangre siguió corriendo por la faz de Pacha Mama, mezclándose con otras sangres, incluidas las de los gobernantes o de los dioses, para dar lugar a ese mestizaje que nos alcanza prácticamente a todos.

Un pueblo apartado, por encerrado en sí mismo que esté, puede sobrevivir a la aniquilación total si uno solo de los suyos no perece y vuelve a procrear.

En esa sangre, desde el punto de vista de la mitología inca, se encuentra el origen, las características, el alma y hasta la memoria genética de cualquier humanidad anterior que haya desaparecido dejando unos cuantos, o un solo sobreviviente que haya vuelto a tener descendencia.

De esta manera, si los ancestros de alguien convivieron con los dioses, con los dinosaurios o con gigantes y monstruos, lo recordará para siempre y lo transmitirá a sus vástagos vía sanguínea eternamente, incluso si lo calla y no les cuenta nada.

La coca, la ayahuasca y otras hierbas similares ayudan a recordar, con lo que alguien cuya sangre viene de un pasado muy lejano verá con claridad lo que veían sus ancestros, lo malo y lo bueno, lo doloroso y lo alegre, mundos lejanos de las estrellas, mundos interiores de este planeta, o la vida terrestre desde sus más antiguos inicios.

Las humanidades jóvenes, las últimas en haber sido creadas, implantadas o sembradas, como dice la mitología inca, tendrán pocos recuerdos porque la sangre de sus antepasados también es joven, y si son mestizos de humanidad vieja con humanidad nuevas, dichos recuerdos se mezclaran sin respetar ni el tiempo ni el espacio.

¿Cuántas humanidades ha habido en este planeta?

Cientos, quizá miles, o cincuenta y siete de la última época, de Tiahuanaco a la fecha, con una humanidad madre, primigenia, nacida, creada, implantada o sembrada en Arapa, el paraíso que no se ha perdido y que sigue celebrando hoy en día su paso y estancia por esta Tierra, la bendita Pacha Mama.

Muchas humanidades han desaparecido para siempre, aplastadas por los dioses, por la naturaleza, por sí mismas o por otros hombres; pero muchas otras siguen presentes, mezclándose con otras más nuevas o con sobrevivientes de otras más viejas, lémures con atlantes, atlantes con mayas y egipcios, gente de oro con gente de cobre, gente de plata con gente de bronce, primitivas con refinadas, salvajes con avanzadas, hasta llegar a nosotros con todas nuestras particularidades y colores.

A la mitología inca le caben las palabras de Shakespeare: “Hay muchos mundos, pero todos están en este”.

Epílogo: Reescribir la historia

*Ignorar no es lo mismo
que intentar saber,
aunque los saberes a menudo
sean un disfraz de la ignorancia.*

No son pocos los historiadores e investigadores que apuestan por una reescritura de la historia, o por lo menos por una historia que no mienta y que acepte sus límites con respecto al conocimiento de ciertos temas.

Cada vez es más obvio y patente que la historia que enseñan en las escuelas es más deliberadamente mítica que cierta, acorde a los intereses de los estados y de la academia, pero lejana a la verdad, ajena a la certeza, desviada de los hechos y sin el menor respeto a las culturas que los vivieron, partidista e incluso grosera, ridícula y absurda, con pretensiones de ser ciencia y de escribir su nombre con mayúscula: Historia, aunque no lo merezca.

Los mitos y las leyendas no se esconden, no mienten, su nombre claramente lo dice, son mitos y leyendas, fábulas e interpretaciones, referencias fantásticas de algo que fue o pudo haber sido, imaginación, intuición, sueños, con simbolismo y mensajes entre líneas, pero no falsedades deliberadas con intenciones ocultas que tarde o temprano acabarán descubriéndose.

Como niños encontrados en falta, o como ladrones agarrados con las manos en la masa, estados, academias e historiadores intentan cubrir sus errores o sus claras mentiras con otras mentiras, cualquier cosa con tal de no ceder y admitir el error, la equivocación o la suplantación de la verdad.

Lo mismo pasa con varios arqueólogos, antropólogos y similares, ya sea por ingenuidad, ignorancia o sumisión a la academia, que interpretan las ruinas, los

objetos encontrados, los huesos, e incluso los mitos y las leyendas, como se les da la gana o de acuerdo con el canon establecido, con lo que una simple figura puede convertirse en un dios, y un baño o lavabo en un templo de adoración perpetua.

Como el chico listo de la clase, odian aceptar que no saben algo, que no lo entienden, que se les escapa de las manos, y recurren a todos los ardides posibles, incluso “científicos”, para justificar sus argumentos.

Por otro lado están los esotéricos, los que ven mano negra en todas partes, los que aman los secretos y la magia, los que ven extraterrestres y conspiraciones en todas partes, y que darían su vida porque nos cayera un cometa encima o una nave venida de las Pléyades, Orión, o la Cruz del Sur, nos conquistara y nos preparara para la cena; o bien, porque cualquier tipo de mesías venga a salvarnos de nuestra iniquidad y barbarie.

Las emociones y las creencias, las filias y las fobias, como si se tratara de una competición deportiva o de una discusión de política, se enfrentan sin argumentos sólidos a golpe de falacias lógicas e ilógicas con tal de quedar bien, ser el foco de atención o ganar el debate.

La verdad no importa, la realidad no vende, lo certero no llama la atención, lo objetivo mata las posibilidades de la imaginación desvelada y lo reduce todo a lo que es y está, y a ese golpe al prestigio social y a la vanidad humana que se niega a aceptar que no sabe o que no entiende algo.

No sabemos quiénes fueron ni cómo trazaron las líneas de Nazca, pero imaginación no nos falta y cada facción emite sus juicios sin pruebas a la espera de hacer fortuna con la idea, con la frase, con la invención, con lo que está de moda, con lo que es políticamente correcto y, por lo tanto, consensual y aceptable, aunque la verdad y la realidad no tengan nada que ver con todo ello.

La mitología relata, pero no emite juicios ni asegura nada, y tampoco está a la espera de la fama, la gloria, el pago, el reconocimiento o la aceptación, porque es imagen de la imaginación en sí misma que intenta explicar lo inexplicable, y que parte de la aceptación de su propia ignorancia e ingenuidad, de lo que no sabe.

Tampoco se niega a reescribirse, de hecho lo hace constantemente, pues cada relator la revisa y la transforma, la renueva y la reinterpreta cada vez que la escribe e imprime, cada vez que la cuenta, manteniendo la mayoría de las veces

lo más importante, su esencia.

Se podría decir que la academia entera presenta el mismo problema de orgullo y vanidad que le impide admitir errores, revisar preceptos y reescribirlos para que sean más cercanos a la verdad. Las revoluciones del pensamiento no suelen tener muy buena acogida en lo ya establecido, a menos que venga del poder y responda a sus intereses, y aun así suele encontrar resistencia.

La sabiduría popular, que a menudo es poco sabia, también se resiste a la novedad y a la verdad, aceptándolas a menudo a regañadientes, pero manteniendo sus creencias y siguiendo con sus prácticas aunque no sean sabias sino simplemente supersticiosas.

La gente prefiere la posibilidad del milagro a cualquier verdad objetiva.

La fe, las creencias, las ideologías y las emociones superan con creces a cualquier atisbo de razón, y son un arma infalible para manipular y engañar a los pueblos, convirtiendo en tradición lo que sucedió ayer, o lo que nunca existió, y borrando de la faz de la tierra verdaderas tradiciones y culturas enteras.

La idea de dios que tenemos hoy en día, no tiene nada que ver con la idea que se tenía de los dioses, y que aún se tiene, en diversas culturas y pueblos. Los dioses de antaño eran muchos falibles, y ahora pretendemos dioses únicos y perfectos.

A los estados y a los imperios parece interesarles el monoteísmo, el pensamiento único, un suelo común, unas fronteras precisas y un valioso enemigo, algo o alguien contra quien luchar o de quien defenderse, mientras que los pueblos que parecen asumirlo y someterse, no tardan en trasgredir las normas y continuar con sus antiguas creencias secreta o abiertamente.

Las mitologías en general y la inca en particular se encuentran en este terreno con la inestimable ayuda del sincretismo, que sirve tanto al que impone nuevas creencias como al que conserva las suyas bajo la apariencia de las nuevas.

La mitología inca adapta y adopta dioses y creencias de los pueblos conquistados, mientras que las mitologías andinas y costeras disfrazan a sus dioses y creencias con los ropajes de los dioses y las creencias impuestas.

Por si fuera poco, en un territorio tan largo y abrupto, con las barreras del océano por un lado y la profunda selva amazónica por el otro, desiertos imposibles al

lado de valles fértiles, hay cientos, incluso miles, asentamientos arqueológicos maravillosos, cada cual más misterioso y difícil de desentrañar, con vestigios habituales y de orden racional y cronológico, al lado de vestigios que parecen escapar de toda racionalidad por ser ajenos al tiempo y al espacio que la academia les supone.

Dinosaurios tallados en la piedra conviviendo con los hombres.

Momias de cráneos alargados y con extremidades de tres dedos.

Cuentos sobre naves voladoras que surcan los cielos, capaces de sumergirse y de emerger de las aguas.

Leyendas de gigantes y de seres fantásticos.

Huesos y restos humanos que no corresponden a los pueblos que habitan actualmente aquellas zonas.

Palabras similares entre culturas que se supone no coincidieron en el tiempo ni en el espacio.

Presencia de objetos, restos de animales y de plantas que no corresponden ni con las culturas andinas ni con sus cultivos.

Difusión y relación humana de uno a otro lado del orbe en unas épocas en las que se supone que no había comunicaciones ni transportes para lograr tales coincidencias.

Técnicas y tecnologías que nos rebasan a pesar de nuestros avances modernos.

Técnicas y tecnologías que no comprendemos aunque las tengamos ante nuestros ojos y en nuestras manos.

Civilizaciones que involucionaron.

Ciudades imponentes abandonadas sin motivo real o aparente.

Grupos humanos que existieron y construyeron, pero de los cuales nadie tiene memoria, nadie sabe quiénes fueron ni qué fue de ellos.

Investigaciones ocultadas, desechadas o desacreditadas sin más motivo que el orden y mando de los estados y de la academia.

Todo ello debería tener el peso suficiente para que la academia y los estados hicieran un voto de humildad, revisaran e investigaran seriamente y, por qué no, se atrevieran a reescribir la historia para que esta tuviera la dignidad de escribirse Historia, con mayúscula, y así dejar de ser un remedo oficial de la mitología, que ya es digna en sí y cuenta con un territorio propio.

Por supuesto, no deja de ser encomiable el esfuerzo y el trabajo científico de arqueólogos, paleontólogos, geólogos, quienes a menudo sufren más el acoso, dogmatismo y límites de la academia que los diletantes, esoteristas, ufólogos, mitómanos y similares, que campan por sus anchas, de buena o de mala fe, y sacan provecho de las anomalías, los mitos y las leyendas de las diferentes culturas.

Llegamos así al final de la chinkana o laberinto sin haber resuelto nada y sin dar luz a nuevos o antiguos descubrimientos, simplemente exponiendo y compartiendo lo que cuenta la gente, sus mitos y sus leyendas, desde Colombia hasta Chile, pasando por Ecuador, Perú y Bolivia, donde las culturas preincas le dieron base y fundamento a una de las mitologías más complejas de este planeta, la fabulosa e increíble mitología inca.

Bibliografía

Cieza de León, Pedro. Crónica del Perú. Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

de Betanzos, Juan. Suma y narración de los Incas. Ediciones Polifemo, Madrid, 2004.

de la Vega, Garcilaso (el Inca). La Florida del Inca. Cambio 16, Madrid, 1986.

Oviedo y Baños, José. Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela. Fundación Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 2004.

Von Daniken, Erich. El mensaje de los dioses. Martínez Roca, Barcelona, 1987.

Glosbe. Diccionario online multilingüe. Disponible en es.glosbe.com/que/es, vocabulario quechua.

Ministerio de cultura, Perú. Viceministerio de Interculturalidad. Disponible en www.videoteca.cultura.gob.pe

www.wikimedia.com

Índice

[Prefacio: Misterios sin resolver](#)

[Introducción: La noche de los tiempos](#)

[I: Cosmogonía inca](#)

[II: Nacimiento de la humanidad](#)

[III: Mitos y leyendas incas](#)

[IV: Lugares y vestigios inexplicables](#)

[V: Arapa. Cuna de la humanidad](#)

[VI: El quechua y el aimara. La lengua de los hombres y la lengua de los dioses](#)

[VII: Otras humanidades, otros mundos](#)

[Epílogo: Reescribir la historia](#)

[Bibliografía](#)